

GERARDO DENIZ:
VIVISECCIÓN

GONZÁLEZ ROJO:
DOS POEMAS

JEAN RHYS:
LA GROSSE FIFÍ

DUVIGNAUD:
ENRIQUECER
EL AZAR

REVISTA DE LA

UNIVERSIDAD DE MEXICO

CIENCIAS
SOCIALES:
MARTÍNEZ
NATERAS,
VARGAS,
LOZANO,
SILVIA MOLINA

CRÍTICA
SOBRE LÓPEZ
ÁLVAREZ,
LIZALDE,
CASAMADRID,
ADRIANA YÁÑEZ,
CABRERA INFANTE

LA UNIVERSIDAD
Y LA DIFUSIÓN
DE LA CULTURA

PÉREZ CORREA,
GARCÍA TERRÉS,
LEOPOLDO ZEA,
DIEGO VALADEZ,
GERARDO ESTRADA

SUMARIO Volumen XXXIV, número 5, enero de 1980

Gerardo Deniz

Vivisección, 1

Enrique González Rojo

Los actores y En mis huesos, sonrisas de mi madre, 2

Carlos Germán Belli

La última Thule, 4

Arturo Martínez Nateras

La ruta de la rebeldía, 6



Silvia Molina

Sobre el derecho a la información, 13

Jean Rhys

La grosse Fifi, 18

(traducción de Rosario Ferré)

I Fernando Pérez Correa

El eficaz saber de la Universidad

Jaime García Terrés, Leopoldo Zea, Diego Valadés

La Universidad y la cultura: una encuesta

Gerardo Estrada

La UNAM y el INBA

Gabriel Vargas Lozano

Ideología y ciencias sociales, 25

Laurent Aubague

Duvignaud: por un enriquecimiento del azar, 30

Alfredo Bryce Echenique

Desde París, 34

Carlos Illescas

Disparatario, 36

Luis J. Molina Piñeiro

Nueve tesis de la filosofía política y social en Recasens Siches, 38

Libros



Tránsito, de Luis López Álvarez, **40** / Más le queda al tigre cuando envejece. A propósito de *Caza mayor*, de Eduardo Lizalde, **41** / *Juegos de salón*. La nueva moral y el mundo sin valores, **42** / *El movimiento surrealista*, de Adriana Yáñez, **43** / *Arcadia todas las noches*, de Guillermo Cabrera Infante, **43** /

Tercera de forros:

Francisco Cervantes, *Para entender el alfabeto*

Universidad Nacional Autónoma de México

Rector: Dr. Guillermo Soberón Acevedo / Secretario General Académico: Dr. Fernando Pérez Correa

Coordinador de Extensión Universitaria: Arq. Jorge Fernández Varela

Revista de la Universidad de México

Órgano de la Dirección General de Difusión Cultural / Dirección General: Lic. Gerardo Estrada

Director: Arturo Azuela

Jefe editorial: Cristina Pacheco

Jefe de redacción: Guillermo Sheridan / Asistente: Rafael Vargas / Editores: Armida de la Vara y Eduardo Enríquez

Dirección artística: Bernardo Recamier

Administración: Lic. Roberto Damián Arriaga

Edificio de Diseño Industrial, 2o. Piso.

Ciudad Universitaria, México, 20, D. F. Tel. 548-43-52

Todo asunto relacionado con suscripciones y ventas deberá tratarse en la oficina de Distribución de Publicaciones de Difusión Cultural:

Adolfo Prieto No. 133, Col. del Valle, México, 12, D. F. Tel. 523 46 40 y 523 61 77 ext. 28

Los pagos a los colaboradores de la Revista se realizan en el Piso 10 de la Torre de la Rectoría, de lunes a viernes entre las 9 y las 15 horas. Franquicia postal por acuerdo presidencial de 10 de octubre de 1945, publicado en el D. Of. del 28 de octubre del mismo año. Precio del ejemplar sencillo: \$ 20.00 Precio del ejemplar doble: \$ 40.00 Suscripción anual: \$ 200.00 (12.00 Dlls. en el extranjero).

Patrocinadores:

Banco Nacional de Comercio Exterior, S. A.
Unión Nacional de Productores de Azúcar, S. A.
Ingenieros Civiles Asociados (ICA)
Nacional Financiera, S. A.
Instituto Mexicano del Seguro Social
INFONAVIT

GERARDO DENIZ

VIVISECCIÓN

Guapo de Rakotis, ahora sí que delinquiste
(y la justicia helenística es cruel)
por elevar aquel placet fútil
a su sacarreal majestá Tolomeo Fulánez,
que te nombrase pastor de las sonrisas de Berenice.
Será quizá trabajo en las canteras,
quizá será—

Es el día;
las puertas se han abierto entre fanfarrias
—¡¡taratántara taratántara!!—
y (cierta mirada de loco) entra Herófilo
con el bisturí en alto. Agárrate.

Ya no pregunten. El resto
se lo llevó la cuchilla del encuadernador.

LOS ACTORES

Lo confieso: un día (en que mis manos ociosas barajaban y barajaban sus propios dedos) arranqué esta pluma del ala de un ángel rebelde distraído. Preparé amorosamente la redoma de tinta, de una tinta olorosa a madrugada, el caldo de cultivo de pequeñas metáforas que gruñen y mastican su poquito de cielo entre los dientes. Lo confieso: ese día arrojé a la existencia mi criatura.

No sé cuántas arrugas empleará mi frente para describir este camino que nos regala entre la cuna y el sepulcro su incidente de tierra. No sé cuántas jornadas azules empleará este adimículo, este dedo de Dios, en relatar la víspera de mi nacimiento, cuando hacía mi primer océano en dulce barquichuela del vientre de mi madre y escuchaba a lo lejos el canto de sirena del oxígeno. Cuando le pisaba ya los talones al sendero, cuando sintió mi madre, entre sus piernas, mi pronombre, cuando iba paso a paso a ponerle sus zapatos de estambre a mi primera inquietud de vagabundo, cuando partí a colonizar todas mis células, en fin, a tener al aire libre, mecidos por el viento, mis testículos.

No sé cuántas hojas de papel o cuántos cestos de basura mi mano necesite para hablar del síncope del ánimo, del rosario postrero de estertores, de la invasión de polvo a los oídos y del día de fiesta en las entrañas de todos los gusanos.

Dramatis Personae: un poeta, edad cincuenta años, investigador completo del completo tiempo. Un camino, edad indeterminada, contemporáneo de la fuente primera en que brotaban a borbotones las leyes naturales. Un torcido cayado, viejo de los días, que no cargaba ya sino la fronda del cansancio. Por último, un medio, un mundo, una juguetería fantástica de cosas que padecen, con el foco de infección del calendario, la peste de lo efímero y la breve explosión de su tronar de dedos.

Alicia de la Guarda va a mi vera. Caminamos tomados de los sueños, platicando de todas las intimidades del geranio, realizando la autopsia de alguna confidencia, buscándole la sien al asco ambiente o dándole a la luz, que guardo tras el puño, su alimento de voltios.

Nos regalamos cosas. Yo las primeras grabaciones del aleteo de un ángel. Un imán de mariposas y sus correspondientes alfileres de rapiña. Ella un lápiz, con una musa acicular en un extremo y un trozo de autocrítica en el otro. También un paraíso y su cerca de púas. Y a la ternura en punto, sus ojos en persona.

Mi equipaje: un morral de deseos encimados, atados torpemente con la cuerda de alguna excitación extemporánea, una vieja mochila, atestada de olvidos, que pide un psicoanálisis; dos sandalias, la verdadera encrucijada de todos los caminos, un instinto de conservación que es el médico de guardia de mi cuerpo, y unas fosas nasales con las que sin cesar absorbo el aire para llevar mi corazón a la intemperie.

EN MIS HUESOS, SONRISAS DE MI MADRE

Automovilista maquinista aviador o timonel
yo voy de viaje.
Partí de mis pulmones al estómago
de la parte de atmósfera que cargo
en la mochila de la espalda
a la flora y la fauna intestinales
ahí donde se afina
en un claro de bosque mi apetito.
Antes de llegar
hice una escalada en el hígado
y tomé fotografías del paisaje amarillo de mi páncreas.
Pasé mis vacaciones en los testículos
y frecuenté los muchos museos que en ellos han nacido
sobre el arte erótico que el hombre en su historia ha generado.
Leí varios poemas escritos con una pluma fuente cargada de esperma.
Me embarqué en uno de los afluentes de la yugular
en un agua atestada por pirañas anémicas y blancas.
Supe avanzar con mi seguro remo
incluso a la mitad de una hemorragia.
Organicé un safari de microbios
para ornamentar después mi sala con sus pieles.
Y fui a visitar en medio de mi cuerpo
las prehistóricas ruinas de un apéndice.
Después de varios días de navegación en las arterias
y de bajar a la búsqueda de la fuente de la juventud en mis glándulas
arribé a mi corazón
al caballo de Troya que introduce
el tiempo en nuestro organismo.
Llegué pues a una isla donde me salieron a recibir
los nativos de las palpitaciones
el puñado de antropófagos
que se alimentan con mi carne.
No hubo entonces una célula un poro una lágrima
una gota de saliva (en que flotara aún una palabra)
que yo no visitase.
En todas partes hallé rastros conocidos.
En una de mis rodillas unos genes de mi abuela materna.
En mis huesos sonrisas de mi madre.
En mi pecho confidencias de mi tío.
En la mano que actúa consejos de mi abuelo.
Ascendí por mi columna vertebral
como un simio que subiera por un árbol
buscando el fruto humano.
Ascendí poco a poco hasta el cerebro.
¡Al fin materia gris! ¡Al fin espíritu!

CARLOS GERMÁN BELLI

LA ÚLTIMA THULE

La última Thule suele estar a espaldas o de cara a la cosmópolis. La alternativa, entre regionalismo e internacionalidad, constituye moneda corriente en el diario discurrir de América Latina. Sin embargo, el sincretismo de su escena cultural¹ contribuye a abonar y germinar, periódicamente, modalidades supranacionales en las letras y las artes. Esta vocación es asumida por primera vez, generacional y sistemáticamente, por los jóvenes escritores latinoamericanos hace casi una centuria. Es la partida bautismal de la aventura, del encendimiento del hilo de fuego, el tatuaje inaugural sobre el cuerpo de las letras, en resumidas cuentas, la incontinente inspiración hacedora de mundos desconocidos. Pero ¿cosas tan oblicuas cómo alcanzan a materializarse en el terreno de los hechos? Inicialmente, por la refundición del parnasianismo y el simbolismo franceses; luego, en los pasados veinte, mediante los vanguardismos fundacionales, que renacerán en la última posguerra, ciertamente cuando menos se esperaba.

El ejercicio de los estilos internacionales es una tradición literaria en América Latina, que se remonta a la aparición de *Azul...* en 1888. Si bien la vertiente atlántica, por su ubicación geográfica, es más accesible a las novedades europeas, las llamadas literaturas del Pacífico² se singularizan por no enajenarse del aire de tiempo, y entrar a su antojo en el contexto de la internacionalidad, cambiando permanentemente de piel y articulando una historia siempre viva. Así, en Lima —antiguo centro cultural venido a menos—, se comprueba desde los mismos días modernistas, una actitud de recepción de las mutaciones, instintivamente, lo cual se encarna en una ininterrumpida línea hereditaria.

El poeta José María Eguren inicia este proceso en el Perú. Bajo el signo de un continuo infortunio —eclipsado de vivo y de muerto por otros de mayor resonancia—, Eguren resulta tal vez el único latinoamericano, que, en puridad, hace una plena profesión de fe simbolista: denomina su primer libro con el definidor nombre de *Simbólicas* y edifica (o inventa) una obra como un coto cerrado, y cuyo significado central es lo desconocido, suprema meta de su paso por la tierra, como él mismo revela en una entrevista. El acto de penetrar en los arcanos a través del verso, obviamente exige una conducta totalizadora: no es otra cosa que el arte como excluyente actividad, y parejamente la asunción de la realidad visible, por cierto mediante sus aspectos más puros y prestigiosos. Así, sin salir nunca de Lima, Eguren labra una escritura cosmopolitizada en base al pasado universal, el exotismo, el empleo de las voces extranjeras, el alegorismo, la experiencia infantilista y, en particular, el libre curso de la fantasía. No obstante, Eguren es un marginal por partida doble. Lo es tanto con respecto a los modernistas hispanoamericanos, cuanto con los lejanos simbolistas —los verdaderamente suyos.

En el umbral de los vanguardismos cabe observar desde ahora que la internacionalidad tiene una continua correlación local: el indigenismo. Es un caso equiparable al protagonizado entre los elitistas de Florida y los popularistas de Boedo, en Buenos Aires. Claro está, la querella peruana es de ánimos más tumultuosos, porque los contrarios son como el día y la noche, y además porque la confrontación de alguna manera se prolonga hasta la fecha. Sin embargo, en los comienzos, ambas modalidades no sólo eran próximas, sino que se unían en el género poético, donde se troquelaban curiosamente las técnicas europeas más novedosas —metaforismo, tipografía, uso del blanco—, con los sentimientos y el habla autóctonos. La combinación cesa, para dar paso a un estilo anclado en el tradicionalismo, y que alcanza recientemente su manifestación máxima en la narrativa de José María Arguedas quien repugna la modernidad y el casticismo, y sólo pretende ser un indigenista mágico.

La crucial alternativa se plantea nítidamente en el modo como evoluciona el poetizar de César Vallejo. Luego del acento provincial de su primer libro, *Los heraldos negros*, abraza resueltamente las maneras experimentales de la vanguardia, si bien con un personal timbre expresionista, sostenido en la carga emotiva, tan repudiada desde los futuristas, como vil carroña del pasado. Por otra parte, andando el tiempo, el azar se confabula: dos oscuros autores nacidos en la última Thule, son tocados intempestivamente por el rayo del arte elevado. En efecto, en el Perú, Vallejo escribe *Trilce*, en tanto que Malcolm de Chazal en la Isla Mauricio acuña los aforismos esotéricos de *Sens plastique*³. Ello ocurre en antiguos territorios coloniales —uno español y otro francés e inglés—, y, por lo tanto, encrucijadas de la cultura universal. En realidad, dos obras literarias, aunque de un arte del todo distinto, pero caracterizadas por coincidencias externas, como es el hecho de ser escritas lejos de los emporios de Occidente, donde al final llegarán a incrustarse a modo de sendos meteoritos.

El espacio literario del Pacífico registra evidentes simetrías, en la década del treinta, en el seno de la aventura, y no dentro del orden artístico, en que la proporción es desde luego norma absoluta. Hay allí escritores similares unos respecto de otros, en relación al plano de la internacionalidad. Por un lado, fisonomías comunes y por otro, la vigencia de un movimiento: el surrealismo. En primer término, dos raros como los que aparecen en la catalogación dariana: el peruano César Moro y el ecuatoriano Alfredo Gangotena. No sólo la marginalidad los une, sino el designio de escribir en castellano y francés. Además, en este aspecto, poseen un tercer par, que es el chileno Vicente Huidobro, pero en quien el culto de la modernidad es una función pública y polémica. Protagonistas de un fenómeno singular, tal vez sin precedentes en la literatura.

Carlos Germán Belli, poeta peruano, ha reunido la mayor parte de su obra en dos libros: *El pie sobre el cuello* (Montevideo, Editorial Alfa, 1967) y *Sextinas y otros poemas* (Santiago, Editorial Universitaria, 1970).

tura latinoamericana, porque ésta finalmente asume una definitiva carta de ciudadanía ultramundana, en virtud del sincretismo vanguardista de Huidobro; la activa militancia surrealista de Moro y la experiencia culturalista de Gangotena.

No todo se circunscribe a estos sudamericanos afrancesados, sino que la armonía de posición es igualmente con referencia al plano del surrealismo, cuya peculiar atmósfera se incubaba en algunos espíritus. El grupo *Mandrágora*, en Santiago de Chile, converge con Moro y Emilio Adolfo Westphalen —el otro notable poeta limeño afín. Más aún, en el ineludible internacionalismo contemporáneo, una nueva coordenada se puede añadir entonces a la ya

trazada entre Vallejo y Chazal. Es ésta el hilo de fuego que, en el dominio del idioma, se vuelve a encender a la sazón, como en los tiempos modernistas, sincrónica y vorazmente, en peruanos y chilenos; en el bonaerense Aldo Pellegrini y, en latitudes más lejanas, en los surrealistas de Santa Cruz de Tenerife.⁴

En las antípodas del solitario José María Eguren, en el otro extremo del hilo de fuego, y ya en fechas recientes, se ubica Mario Vargas Llosa, cuya vida y obra constituyen el espejo de la internacionalidad, hasta ser hipóstasis de ella. Extremadamente joven y fecundo, comienza estampando los recuerdos aún frescos de su adolescencia, como una maquinal operación catártica. Por primera vez logra que el virtuosismo técnico sea un medio para descubrir el lenguaje, el subconsciente, los infiernos infrahumanos del remoto rincón donde nació. Asimila y amplifica los procedimientos narrativos extremos, creando estructuras laberínticas, en que el espacio y el tiempo se entrecruzan en medio de una devoradora selva lingüística. En esencia, una manera de conciliar (como los móviles de Calder) la sabiduría de la vanguardia con el grueso público, que suele detestarla sin andar con contemplaciones; y, más aún (sobre todo), una feliz demostración de que el arte puede seguir siendo tal, y no otra cosa. ¿Cómo Vargas Llosa alcanza esto? Gracias al recurso simultáneo del control y el furor: lo uno para los procedimientos y lo otro en cuanto al uso de la palabra. Furor ante la página en blanco —repetimos—, pero diferente de la ira de aquel pintor que se suicida lanzándose desde un tercer piso contra un lienzo extendido, como un gesto último de artista.⁵ En consecuencia, un nuevo modo de superar el callejón sin salida y una alternativa a la angustiosa desintegración del objeto estético.

Es el tránsito de la última Thule a la cosmópolis, en el seno de una de las repúblicas literarias del Pacífico. El símil topográfico encarna el refinamiento a contrapelo de la rusticidad, la modernidad en vez del anacronismo y, en suma, la cabal realización del espíritu nuevo. Pero (acaso me equivoque) valga la salvedad final: no es el lirismo de la materia niquelada, el *ready made*, el maquinismo, sino algo más. □

Notas

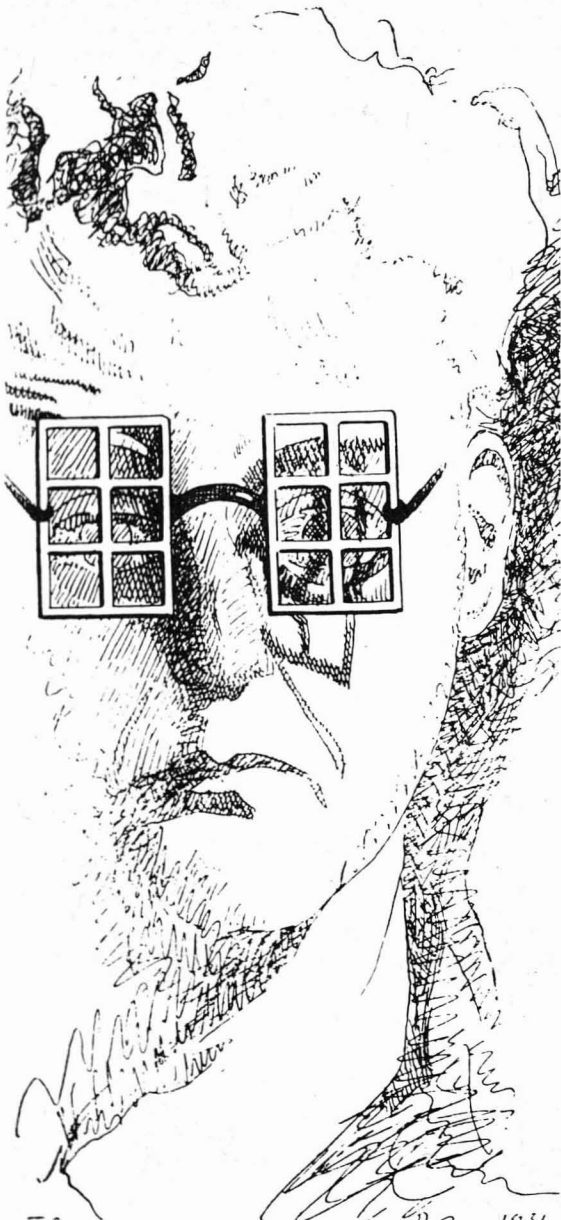
¹ Franco, Jean, *The modern culture of Latin America*. Middlesex, Penguin Books, 1967. p. 192.

² Torre, Guillermo de, *Historia de las literaturas de vanguardia*. Madrid, Ediciones Guadarrama, 1965, pp. 587-589.

³ Chazal, Malcolm de, *Sens Plastique*. Paris, Gallimard, 1948.

⁴ Morris, C. B., "El surrealismo en Tenerife", en *Vicente Huidobro y la vanguardia*. *Revista Iberoamericana*. Enero-junio, 1979, pp. 343-349.

⁵ Ragon, Michel, *Naissance d'un art nouveau*. Paris, Editions Albin Michel, 1963, p. 15.



ARTURO MARTÍNEZ NATERAS

LA RUTA DE LA REBELDÍA*

Razones para abordar de conjunto la historia del movimiento estudiantil a partir de 1956

El movimiento estudiantil, por sus características sociológicas y políticas, por su movilidad y sensibilidad, en no pocos momentos de la historia de los países latinoamericanos ha desempeñado el papel de antena que capta con anticipación las condiciones materiales, políticas y sociales adelantando movimientos que ponen en evidencia crisis cuya magnitud aparece a la luz después de acciones estudiantiles.¹ Por lo menos en México así ha ocurrido en las últimas grandes confrontaciones clasistas. La insurgencia sindical de 1956-60 fue precedida o marchó a la par con la sacudida intelectual y política provocada por las luchas estudiantiles de 1956, año eje en la historia contemporánea de la lucha de clases. Ahora mismo, el proceso de reanimación del movimiento sindical mexicano no se puede caracterizar adecuadamente y con acierto careciendo de una clara concepción de los resultados políticos del 68 y del conflicto del 10 de junio de 1971.

En los últimos años, el movimiento estudiantil nacional ¿quién lo pone en duda?, ha sido el sector del movimiento de masas que ha logrado mayores avances en su construcción democrática. De tal forma, que hoy, cuando la clase obrera se coloca en el centro del escenario político, en un proceso sinuoso, de ascensos y descensos, altas y bajas, es necesario que su núcleo dirigente asimile tanto la historia del movimiento sindical como la de otros sectores del movimiento de masas, particularmente la del movimiento estudiantil que avanzó hasta el máximo conocido en 1968 y después, por la represión, por el aislamiento, por la distancia que lo separó de los demás sectores y por los errores propios, se derrumbó hasta llegar al estado de dispersión organizativa, de postración política y crisis ideológica en el que se encuentra hoy. He aquí la razón principal para conjugar los esfuerzos intelectuales de investigadores y actores directos y escri-

bir la historia de este destacamento del movimiento de masas.

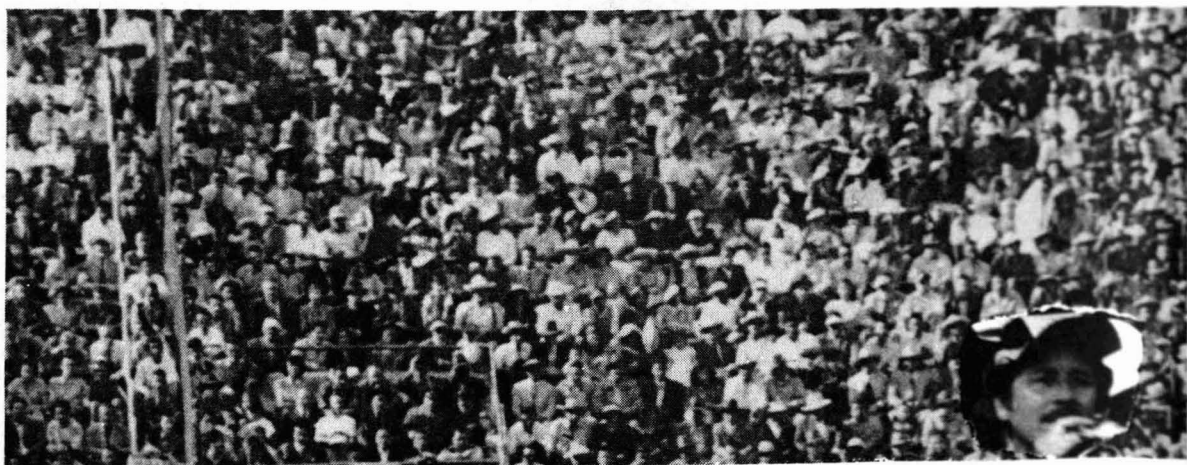
En dos largas décadas, a partir de 1956, con el paréntesis de la insurgencia sindical 56-60, el movimiento estudiantil cargó con el peso principal de la lucha política por la renovación o el viraje democrático hecho que es otra causa fundamental para que todo el movimiento progresista y revolucionario asuma conscientemente las experiencias de años de actuación política de una generación forjada y unida precisamente por el eje que une los episodios del 56-60 con los del 68-71.

Es demostrable que los cuadros formados y surgidos de la generación del 68 están desempeñando un papel destacado en la formación del nuevo estrato dirigente de la sociedad; de los partidos y agrupamientos políticos, del movimiento sindical y social tanto en sus expresiones oficiales como en las de alternativa.

Esta es otra de las razones que encontramos para participar en el esfuerzo de analizar la primera parte de la historia ya escrita por esta generación de mexicanos.

A pesar de tratarse de un movimiento social de la intelectualidad en formación, a diferencia de otros países, hasta hoy no se ha intentado un estudio sistemático y global de los anales del movimiento estudiantil. La literatura política, los artículos, la fantasía y la narrativa del sujeto estudiantil es extraordinariamente abundante pero tiene grandes lagunas. Los libros principales se circunscriben a tal o cual episodio; no son pocos los que deforman los hechos y sus causas por desconocimiento de los procesos reales, por dogmatismo o por una tendencia franca a minimizar o deformar la conducta de una u otra organización o por una concepción idealista de la historia, o para exaltar los méritos del pequeño grupo de iluminados; por diversas razones pero es inculcable que no existe un solo intento globalizador de la historia del movimiento estudiantil mexicano.

Entre 1956 y 1958 transcurre el proceso de for-



mación de una nueva generación política. Durante estos años, millones de mexicanos, jóvenes y adultos, estudiantes, obreros, empleados y en menor medida campesinos, hicieron una insustituible experiencia; su conciencia quedó marcada, especialmente en 1968, tanto por los grandes aciertos como por sus errores. La generación del 68 inició su preparación en 1956, existe como tal y una vez superado el sarampión infantil y los desastrosos efectos de la represión y la derrota se ha recuperado, entrega frutos óptimos en la política, en la producción, en las bellas artes, en la creación intelectual y en la ruptura ideológica.

Esta generación tiene por rasgo principal, la autonomía política e ideológica. El hecho invaluable de no haber sido captada por el estado la hace portadora de un nuevo contenido, de nuevas formas y estilos de comportamiento social, de nuevas concepciones sobre el país y de una nueva moral política. En ella el país sembró la simiente de la renovación y el viraje democrático. La del 68 es una generación política surgida de la lucha de masas y es por lo mismo el enlace histórico y la continuadora directa de las formadas durante la revolución de 1910-17; de la del 29; la de las reformas del 36-39, de la expropiación petrolera, puntos de corte del México del siglo XX. Quien aspire a una visión clara del futuro del país necesita descubrir y asimilar la conexión interna entre los acontecimientos principales de la lucha de clases y de las contribuciones estudiantiles en los años que nos proponemos estudiar. Lapso de un intenso aprendizaje y formación en el cual también se reconoce el destino y la capacidad de las organizaciones políticas existentes, en especial su disposición y aptitud para atraer lo nuevo que surgió. En una investigación como la que intentamos es atractivo el análisis de la conducta de los partidos de izquierda y, en especial del comunista.²

¿Y el papel del estado frente a la intelectualidad? A partir de 1956, con el asalto militar al internado del IPN precisamente el 23 de septiembre, con las

campañas de difamación antiestudiantil se ensayan nuevos métodos y formas de relación del poder público con las masas, los cuales se generalizaron con posterioridad haciendo crisis precisamente el 68.

Existen pues, razones más que justificadas para animar los esfuerzos de quienes intentan investigar de conjunto la historia del movimiento estudiantil mexicano en su período más reciente.

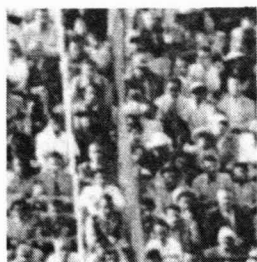
Algunas consideraciones teóricas

Es visible la necesidad y la conveniencia de elaborar un estudio en torno a la historia moderna del movimiento estudiantil mexicano. Sin embargo, puede aparecer como una tarea aislada e inconexa en virtud de la ausencia de una historia general y contemporánea de la lucha de clases y porque aún no se ha generalizado una idea respecto del marco teórico general y de las leyes que caracterizan al actual período de la historia del país. Sin embargo, es posible y válido, desde el punto de vista metodológico, intentar la construcción de uno de los pisos del edificio histórico aún cuando todavía no se terminan los cimientos y la estructura total para usar una paráfrasis de conocida afirmación marxista.

Coincidimos con el doctor Enrique Semo; para toda América Latina existe un ciclo de revoluciones burguesas, que se inició con la independencia, ciclo que en México terminó en 1940 y hoy, en la época mundial del tránsito del capitalismo al socialismo, se inicia la de preparación de una revolución que sólo puede ser dirigida por la clase obrera. Lo determinante en el futuro inmediato es el carácter que tomará el despertar obrero y quien lo dirigirá, pregunta fundamental que reduce a corolarios a todas las demás cuestiones de la lucha política, ideológica y social.³ Por parte nuestra aclaramos que ésta es precisamente la época de la revolución socialista.

Si en 1940 concluye el ciclo de la revolución burguesa quiere decir que se inicia la época de prepa-





ración de la socialista, entendiendo época en el sentido leninista como "sinónimo para designar estudios de desarrollo importantes dentro de una formación socioeconómica o un período de transición."

En estas condiciones generales del país la insurgencia estudiantil, obrera y sindical de los años 56-60 fue la piedra de toque, la condición sine qua non, que permitió a los dirigentes políticos asimilar teóricamente esta situación y formular la tesis de la necesidad de una nueva revolución.

A partir de 1935-1940, el país vive uno de esos puntos decisivos de la historia, entonces se abrió la posibilidad de una vía de desarrollo no capitalista inacida por la insolencia teórica y política de la dirección del movimiento obrero. Véase cómo al término del ciclo de las revoluciones burguesas se inicia el descenso del movimiento obrero y una larga crisis del socialismo en México que se extiende desde 1938, paralelamente con la formación acelerada y el ascenso de la gran burguesía y de su capa oligárquica. El PCM y todos los partidos y grupos de izquierda se van y/o son expulsados del movimiento sindical en un corte histórico entre los portadores potenciales de la teoría y la clase misma. En este lapso la curva de la lucha de clases es de signo negativo: el sindicalismo resiste siempre a la defensiva, carente de una concepción justa de la historia, de una previsión científica del porvenir. De 1940 hasta 1956 transcurre una etapa en la historia moderna caracterizada por el predominio absoluto de la burguesía, la cual, incluso conquista el apoyo de la mayoría del movimiento obrero organizado y de una izquierda encantada en la nostalgia del cardenismo.

Admitiendo la autonomía sectorial, en el caso que nos ocupa y durante esa etapa el movimiento estudiantil sigue la misma suerte del obrero y del campesino con la particularidad de una elevada resistencia por la naturaleza y lo específico de las confrontaciones educativas en nuestro país, de modo que el proceso de control pleno del estudian-

tado y el viraje en el contenido, la filosofía y la política educacional transcurre en un proceso mucho más prolongado y borrascoso y también es precisamente de esta área que surgen los brotes de la recuperación y la insurgencia sindical-estudiantil de 1956-60.

Dentro de la *época* de preparación ideológica, política y organizativa de la revolución socialista, proponemos a estudio la hipótesis: a partir de 1956 se inicia el *período* general de la ruptura ideológica, política y organizativa de la clase obrera que en lo fundamental todavía hoy se encuentra supeditada a la burguesía.⁴

En nuestro estudio utilizaremos los conceptos *época*, *período*, *etapa* o *fase* en su acepción marxista: entendiendo *época* sólo en referencia al período de transición, período por el signo característico de la solución de cuestiones de importancia para la *época* y *etapa* o *fase* para distinguir los ascensos y descensos del período, los tiempos de desarrollo rápido o corto. Por fin, repetimos con Semo que "aunque se refieran a una misma *época* histórica, existen periodizaciones diferentes para la historia económica, la cultural, la historia del arte, la historia militar, etcétera. Sin embargo, esas periodizaciones particulares no deben elaborarse sin tener en cuenta la periodización del proceso histórico general"...

¿Por qué 1956?

Dentro de este período ¿cuál es la situación del movimiento estudiantil y el lapso de tiempo que nos proponemos examinar? Al llegar a 1956 el estudiantado mexicano se agrupaba en torno a la Confederación de Jóvenes Mexicanos (CJM), a la Federación Nacional de Estudiantes Técnicos, a la Federación de Estudiantes Campesinos Socialistas de México (FECSM), existían además importantes organizaciones universitarias como la Federación de Estudiantes de Guadalajara (FEG), la Federación de Estudiantes Universitarios de Michoacán





(FEUM), la de la UNAM, principalmente. Por otra parte, la derecha estudiantil tradicional se mantenía unida en torno a la Confederación Nacional de Estudiantes (CNE) y otras organizaciones menores. Es decir, la dirección del movimiento estudiantil se la disputaban los grupos reaccionarios y la burocracia gubernamental con la sombra que les hacía la influencia del Partido Popular y de los comunistas, principalmente en el IPN, la UNAM y Guadalajara. Sin temor a equívocos es demostrable que el estudiantado estaba sujeto a la cadena de control social, político, organizativo e ideológico tejida por la burguesía para imponer su esquema desarrollista. Se vivían los años de una noche larga y negra.

La situación de la educación media y superior era crítica en todos sentidos. Crítica en cuanto al viraje de filosofía y contenido impuesto con la modificación en 1944 del Artículo Tercero Constitucional; crítica y punto de giro por la ofensiva en contra de los restos del sistema de educación popular y por la inflexión hacia un sistema aristocratizante y, crítica, por la grave situación económica por la cual atravesaba el país que condujo a la reducción de la inversión educativa. Por los años cincuenta los países latinoamericanos y México con ellos resienten los efectos de una orientación económica impuesta por el imperio.⁵ El cuadro era dramático. Quien lo desee imaginar sólo tiene que remontarse a la situación actual. Los prolegómenos de la ruptura se manifiestan aquí y allá. El país se encuentra en una crisis económica como manifestación suprema del proceso de fusión del capital industrial y bancario y del inicio de su ensamblamiento entre el capital estatal y los monopolios privados y de la recesión del capitalismo mundial.

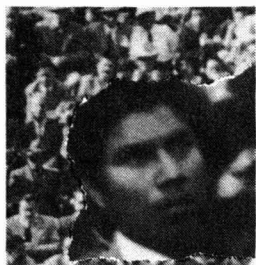
Después de la devaluación de 1954, los precios de los productos de primera necesidad crecen a ritmos agigantados y desconocidos; los salarios pierden poder adquisitivo; después de cierta recuperación en 54 y 55 durante 1956 la gran empresa confecciona el esquema de la productividad e intensifi-

ca la explotación, para 1956 se iniciaba la fase del "desarrollo estabilizador", el capital extranjero lanza su ofensiva para apropiarse de industrias fundamentales como la alimentaria, la petroquímica, la farmacéutica; todo lo cual genera una ola de descontento espontáneo e inconexo que adquiere expresión concreta en el movimiento huelguístico de la clase obrera industrial y de los maestros de educación primaria tanto federales como estatales.

Para 1956 habían pasado ya ocho años del charrazo (1948) golpe de mano contra el sindicalismo clasista de corte tradicional; la clase obrera en lo fundamental había sido despojada de sus organismos de autodefensa, los cuales fueron desnaturalizados y convertidos en punto de apoyo del proyecto desarrollista y de acumulación intensiva. Las organizaciones de izquierda, a pesar de la reciente constitución del Partido Popular (1948) vivían en estado vegetativo por la sumisión ideológica a la burguesía, por las pugnas internas y la desvinculación forzada/voluntaria del movimiento sindical; la CNC era un cascarón vacío y el estudiantado un eslabón más de la cadena de control corporativo. Eran los años finales de la guerra fría, del bracerismo indignante...

En nuestro estudio, como punto de partida y tesis sujeta a una exhaustiva confirmación, sugerimos la existencia de un período en la historia del movimiento estudiantil debidamente diferenciado de los anteriores y del porvenir, el cual, con sus peculiaridades toma parte y contribuye a tipificar al período general de la historia contemporánea de la lucha de clases. Desde 1956 hasta 1976, en los últimos veinte años el rasgo común de la actividad estudiantil son los esfuerzos políticos, ideológicos y organizativos para su construcción como un movimiento con autonomía y libertad respecto del esquema de la capa dirigente de la burguesía y vinculado a las clases populares; son notables los esfuerzos para encontrar una definición científica del papel de este sector social. En este período localizamos tres fases: la primera que comprende los años





1956-63 en la cual se inicia la ruptura y el surgimiento de una generación insurgente; de 1963 hasta 1972 el estudiantado se reorganiza y desempeña el papel principal en la lucha política por la libertad política, la democracia y el antimperialismo y, de 1973 hasta 1976 se vive el naufragio del movimiento que apenas ahora inicia la fase de su reanimación en condiciones en las que el sindicalismo y el movimiento político general se colocan al centro de la lucha de las clases.

En comentarios privados se nos ha hecho la valiosa observación de la necesidad de clarificar las razones por las cuales partimos de 1956. En primera aclaración respondemos que esta referencia nada tiene de caprichosa y menos de azarosa. Hemos llegado a la conclusión de que 1956 es un año de corte precisamente porque entonces ocurre un giro en el sentido de la curva que dibuja la trayectoria del movimiento de masas. Una revisión inicial de los acontecimientos nos indica que lo típico de ese año es que el centro de gravedad de la actividad política fue el movimiento social de las masas, en especial el estudiantil y el popular, centro de gravedad que se desplazó de la capa dominante a los sectores populares. De la primera revisión hemerográfica encontramos que desde enero hasta diciembre no hay mes o semana en la cual no se realice una huelga de algún sector importante del estudiantado o de los trabajadores.

Especialmente a partir de 1956 se ponen de manifiesto una serie de fenómenos internos de significación nacional y algunos otros de alcance universal.

En lo interno la gran burguesía realiza el ajuste económico y se encamina al predominio de los monopolios iniciándose en la cúpula dirigente una lucha sorda, por la hegemonía y el modelo de capitalismo monopolista de estado. Año de agudización de los fenómenos coyunturales de la crisis estructural de la economía y del modelo de desarrollo; de encauzamiento definitivo al desarrollo estabilizador, año de recrudescimiento de la política antiagraria de la gran burguesía y de reforma legales

para estimular jurídicamente el predominio de las formas capitalistas en el campo como la aprobación sorpresiva, en el mes de febrero, de la nueva ley de Crédito Agrícola que desaparece a las Uniones Locales de Crédito y las Sociedades de Interés Colectivo Agrícola. En este lapso de tiempo se manifiesta también el principio del fin de la política nacionalista de agrupamientos empresariales como la CANACINTRA que todavía tiene arrestos para demandar una ley de inversión extranjera que impida la fuga de capitales, también en 1956 se producen las grandes confrontaciones por el mar territorial y la "libertad de mares", aparecen los primeros intentos claros de saquear el uranio y someter al país a la órbita nuclear de los Estados Unidos por la vía de procedimiento y beneficio del metal radiactivo. La inflación según los economistas llegó a un 42% y la ofensiva en los precios de la leche, el huevo, el pan, las tarifas eléctricas, el petróleo, el gas sólo se parece a la que transcurre desde 1973.

En lo político se ensayan las campañas anticomunistas en la prensa y los medios de comunicación; se ponen en juego las provocaciones más diversas para presentar al movimiento de masas como parte de una conjura internacional, año de razias para contentar al imperialismo. Con el despertar del movimiento de masas se reaniman las fuerzas políticas revolucionarias a tal grado que el PCM inicia el proceso de lucha interna para su renovación, y consigue editar como diario su órgano periodístico *La Voz de México* que entonces dirigía el hoy diputado por el PST Manuel Terrazas Guerrero. El propio PCM se alista a la lucha por su registro electoral. En lo político 1956 es un año de resistencia, reanimación y renacimiento del espíritu de lucha de las masas; concentrado en particular en los ayuntamientos, en la actividad sindical y en el estudiantado y en una campaña importante por la desaparición de cuerpos policíacos inconstitucionales como la Dirección Federal de Seguridad (DFS).

En lo internacional 1956 es, sin duda alguna,





una referencia y punto de corte. Recordemos sólo los acontecimientos de mayor significación. En febrero se realiza el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), en el cual se dan los primeros pasos de un proceso inconcluso de desestalinización y desarrollo del movimiento comunista internacional; el PCUS lanza la política de distensión y coexistencia pacífica y la tesis de la diversidad de vías de acceso al socialismo y de la autonomía de cada destacamento del MCI; que se continuarían con la disolución del Buró de Información de los Partidos Comunistas y se vería afectado por los acontecimientos de Hungría y Polonia en los cuales se pusieron de manifiesto los errores de conducción de los dirigentes de los países de las democracias populares al grado que se produjeron levantamientos que tuvieron que ser sofocados mediante la fuerza y, en el caso de Hungría, mediante la intervención soviética. En 1956 el Presidente Nasser nacionaliza el Canal de Suez con la consiguiente resistencia inglesa y las maniobras yanquis israelíes para internacionalizar el canal.

Desde el punto de vista de la relación con los Estados Unidos, consideramos que durante los años cincuenta los signos más característicos son el despliegue de la política de conciliación iniciado por Avila Camacho, consolidado por Alemán, Ruiz Cortines lo asume ya como hecho de una política exterior gris y carente de iniciativa. Otro rasgo determinante es el mito de la libertad cambiaria y la presencia del gran capital en la industria manufacturera, mediante inversiones directas casi sin reglamentación a pesar de las solicitudes de la CANACINTRA, con el consiguiente deterioro del nacionalismo; el presupuesto se financia de manera creciente y preferente de la deuda externa y con una decreciente proporción de los recursos propios; son los años de la brutal operación "Wetback" contra los braceros que se realiza con la complicidad del gobierno mexicano. 1956 además, es un año de dumpingn algodónero de consecuencias económicas y políticas altas.

Aquí en México, Fidel Castro y su grupo son detenidos en el mes de julio y a fines de noviembre logran partir del Puerto de Tuxpan en Veracruz para iniciar la fase final de la guerra contra Batista. En todo América Latina se vive un ascenso de las fuerzas democráticas en lucha contra las dictaduras destacando las que se libran en Venezuela contra Pérez Jiménez, en Cuba contra Batista, en Chile, en Uruguay y Brasil las fuerzas del cambio democrático logran avances significativos... Lázaro Cárdenas acepta y recibe el premio Stalin de la Paz.

En este contexto internacional y nacional los acontecimientos que se producen en el movimiento estudiantil mexicano no dejan duda alguna sobre la necesidad de arrancar precisamente de 1956 como año de inicio de un nuevo período en sus anales. En esta introducción únicamente nos limi-

tamos a describir algunos de los signos y acontecimientos principales.

En el número trece de la revista *Problemas de Latinoamérica* que dirigía Manuel Marcué Pardiñas dedicado a la crisis de la educación, se dibuja el cuadro más ilustrativo. "En este año de 1956 —nos dicen— se han realizado los movimientos estudiantiles más vastos y de mayor duración. Del once de abril al 21 de junio se llevó a cabo la huelga de los 26 mil estudiantes del Instituto Politécnico Nacional. Por el mismo período hubo huelgas en las escuelas Normales Rurales, las Escuelas Prácticas de Agricultura, la Escuela Nacional de Maestros, la Escuela Superior de Educación Física y en centros de Educación Superior de Jalisco, Michoacán, Nayarit, Baja California, Tamaulipas, Veracruz, Yucatán, Oaxaca, Guerrero y otras entidades... En la Universidad Nacional Autónoma, la huelga no llegó a estallar; pero hubo y sigue habiendo manifestaciones de protesta... Junto con estas luchas estudiantiles de amplitud excepcional, los movimientos de protesta y las huelgas de paros de maestros en numerosos Estados y en la Capital de la República, han atraído vigorosamente la atención de la opi-





nión pública sobre los problemas que afectan a la educación.”⁶

Huelgas largas, manifestaciones numerosas y concurridas, soluciones de medio pelo y finalmente la utilización del ejército que ocupó el internado del IPN el 23 de septiembre de 1956 con el encarcelamiento de Nicandro Mendoza el 2 de octubre. Divisionismo en la FNET, aplicación del artículo 145 contra líderes del movimiento estudiantil, siembran la demanda por su derogación y por la libertad de los presos políticos; insurgencia violenta que conduce incluso a los acontecimientos de Morelia en los cuales los universitarios, encabezados por el hoy diputado del PST Adolfo Mejía lapidaron y saquearon las oficinas del Palacio de Gobierno, de la Cámara de Diputados, del PRI y de los diarios *La Voz de Michoacán* y *El Heraldo Michoacano*.

Por la represión germinan las ideas guerrilleras que aparecerían después cuando se hizo sistemática en jefes insurrectos como los hermanos Gamiz, el doctor Pablo Gómez, Florentino Jaimes, Estrada Villa, Lucio Cabañas, Genaro Vázquez, quienes eran estudiantes del IPN, varios de ellos del Comité Central de Huelga, o de las normales rurales y urbanas precisamente en estos años.

Utilización del ejército, presos políticos estudiantiles, cancelación del sistema de servicios asistenciales; persecución, procesos por el delito de disolución social en los marcos de una crisis nacional y de un viraje internacional son los signos que marcan el principio del fin del control del movimiento de masas a la cadena de la clase dominante que se presenta de modo claro en el movimiento estudiantil. Por estas razones tomamos 1956 como punto de partida, como año eje. □

Notas

¹. El tema del papel social del estudiante se puede ver con mayor amplitud en V. I. Lenin. *El movimiento estudiantil*; biblioteca del militante, Ediciones de Cultura Popular. México, 1977 (2a. edición).
Martínez Nateras Arturo. *Ser y función social del estudiante*. Ediciones de la Universidad Autónoma de Puebla. México, 1975 (4a. edición).

². Sobre la intervención del PCM en la construcción y desarrollo del movimiento estudiantil y en especial respecto de la elaboración de sus demandas y orientaciones programáticas es muy poco lo escrito. Contrariamente, la mayoría de los textos están dedicados a deformar el papel de un agrupamiento que ha participado sistemáticamente. Por otro lado en el seno mismo de esa organización todavía está pendiente una evaluación sistemática de una experiencia tan rica.

³. Ver Semo, Enrique, *Historia Mexicana. Economía y lucha de clases*. Serie Popular ERA, México, 1978. Particularmente me parecen de insustituible referencia metodológica los ensayos acerca de la Periodización (p. 139) y acerca del ciclo de las revoluciones burguesas en México (p. 299).

⁴. La certeza en la definición del período de la historia moderna es fundamental desde el punto de vista metodológico incluso si se pretende examinar sólo uno de los sectores del movi-

miento social, pues como dice Semo “la solución de este problema de periodización influye... en la interpretación de toda la historia contemporánea”. El propio Semo añade: Existe un punto intermedio en el cual confluyen la interacción dialéctica entre fuerzas productivas y relaciones de producción, entre base y superestructura, para expresarse como lógica interna de la acción de los hombres. Ese punto es la lucha de clases... la diferencia entre cronología y periodización consiste precisamente en que mientras la primera fija los límites temporales de los sucesos, la segunda debe reflejar los cambios en el proceso interno del desarrollo histórico. Esto significa que siempre hay una diferencia entre los hechos o lapsos para marcar el principio, el fin y los momentos culminantes del movimiento dialéctico de una formación económica de la sociedad y la trayectoria de cada uno de sus elementos.

Y para los efectos de nuestro estudio recordemos también que “la periodización y acción de la formación social constituye el marco de referencia y comprensión de los procesos particulares. Pero a su vez, ésta no puede desvincularse de la periodización de los fenómenos singulares. Los puntos modales, los virajes, las rupturas en la historia del sistema, sólo se manifiestan a través de los sucesos”.

⁵. Sobre la situación de la economía en esos años vea: Solís Leopoldo. *La realidad económica; retrovisión y perspectivas*. Siglo Veintiuno Editores, México, 1973.

⁶. “La crisis de la Educación en México” en *Problemas de Latinoamérica*, Vol. III Núm. 13, noviembre de 1956.

⁷. Disentimos de la caracterización que hacen los autores de *Historia de la Revolución Mexicana* (período 1952-1960... El afianzamiento de la estabilidad política. Tomos 22 y 23, El Colegio de México, 1978.) Los hechos no corresponden, en modo alguno con la interpretación que ellos hacen incluyendo 1956 como años de “tranquilidad obrera.” Menos cierta parece una afirmación de la respetada investigadora Olga Pellicer de Brody: “Entre 1955 y finales de 1957 sólo se registran tres reivindicaciones obreras importantes —dice—: la primera de mediados de 1956 cuando la Federación Nacional de Trabajadores de la Industria y Comunicaciones Eléctricas (que dirigía Rafael Galván) anunciaron que de no concederse un alza del 30% de los salarios declararían la huelga... pocas semanas después el Sindicato... encabezado por Francisco Pérez Ríos emplazó por su parte a huelga... por último, a finales de 1957, la Coalición obrera textil emplazó a huelga”.

En realidad en todo 1956 los conflictos sindicales se sucedieron uno a uno destacando los paros de los maestros de primaria en todo el país, la huelga de una hora de los telefonistas, el conflicto de revisión en el SME, el paro de la sección novena del SNTE y la lucha contra la cancelación del contrato colectivo en los ferrocarrileros... Además es imposible ignorar los acontecimientos estudiantiles de ese año como lamentablemente hacen los historiadores de El Colegio de México, sin incurrir en serios errores.

Carlos Monsiváis por su parte, en el ensayo: *Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX*, en *Historia General de México*, Vol. 4, El Colegio de México. México, 1977, al referirse al contexto nacional que rodea “la confusión de los escritores jóvenes” no toma en cuenta para nada los sucesos del 56.

En cambio, el profesor Iván García Solís, dirigente del Movimiento Revolucionario del Magisterio y miembro del CEN del SNTE en el folleto *Participación política de los trabajadores de la educación*, Ediciones Movimiento, México, 1978; en dos párrafos dibuja otra situación: “En 1956, como resultado del descontento por caciquismo predominante en el Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación y de la precaria situación de los maestros, surgió en la sección 9 del D.F., la más numerosa del país, un fuerte movimiento por aumento de salarios y por la depuración de los órganos del gobierno sindical...” Adelante concluye “la contención y la represión de esas luchas el período 56-60... dio como resultado que un numeroso sector de educadores se radicalizara pasando a posiciones políticas de izquierda” (pp 16 y 17).

En general la historiografía del México contemporáneo ganaría en rigor si toma en cuenta la ruptura estudiantil del 56.

SILVIA MOLINA

SOBRE EL DERECHO A LA INFORMACIÓN

Hace mucho tiempo que la información, la comunicación y la difusión masivas han dejado de ser patrimonio de la intuición y del sentido común para entrar de lleno en el campo científico. Por consiguiente, las negociaciones entre países, el desarrollo de la opinión pública nacional e internacional, la actividad de recibir y dar información, se basan hoy en reglas más precisas, experimentadas en laboratorio y en el campo. Con ello se pretende que operen en situaciones relativamente controladas a partir de las cuales se espera obtener resultados previsibles. La nueva "ciencia de la comunicación" —cuyo origen inmediato se remonta a la Segunda Guerra Mundial— ha empleado desde sus comienzos "la experimentación en el terreno" como eje de sus actividades, mismas que tienden a orientarse hacia fines concretos y relativamente próximos. Debido a estas características, así como al hecho de que la mayor parte de los trabajos de investigación realizados han sido patrocinados por empresas y organizaciones que tenían especial interés en la cuestión, el desarrollo de la problemática del control (para orientar cambios de opiniones y actitudes, motivar la toma de decisiones, oponerse a cierto tipo de transformaciones sociales, etc.) ha crecido desproporcionadamente con respecto a

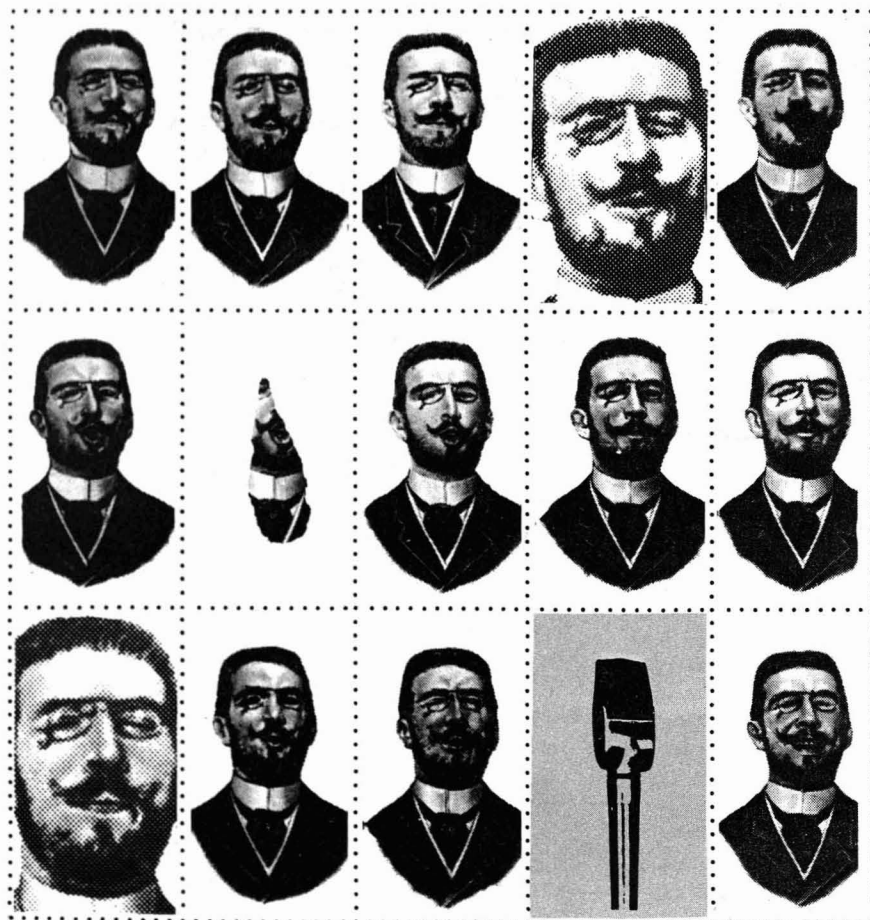
otras alternativas posibles de estudio de la información, la comunicación y la difusión masivas. Vale la pena acotar que un importante campo de experimentación científica en este aspecto son los países del tercer mundo, donde —por ejemplo— las demostraciones de fuerza de los medios de difusión masiva pueden darse con mayor intensidad, aprovechando sus propias contradicciones internas.

Pero los medios de difusión no son más que la parte visible de algo más complejo: el sistema de difusión-información-comunicación. Las características del mismo rebasan con mucho a los medios, aunque éstos se encuentran englobados en él.

Este sistema, que ha incidido de manera determinante en la producción de la "ciencia de la comunicación" tiene un área de influencia internacional: existe a nivel transnacional y opera no sólo en lo que hace a las comunicaciones en sentido genérico, sino en la economía y la política. Está compuesto, tanto por los ya citados medios de difusión masiva como por la industria electrónica y aeroespacial —su infraestructura— que proveen el equipo con que operan los medios, las piezas de reposición, las innovaciones tecnológicas que buscan aumentar su eficiencia y los aparatos receptores o difusores (radios, televisores, tocadiscos, tocacintas, etc.) o los objetos (discos, fonogramas, videodiscos, etc.) que el público requiere para tener acceso a la información.

Además del aparato industrial que posibilita la existencia y el desarrollo del sistema, existen otros componentes significativos que realizan actividades a nivel ideológico, político y económico (en este caso sin la extensión de las industrias electrónica y aeroespacial) tales como: las agencias publicitarias, que organizadas en grandes cadenas contribuyen en la mayoría de los países a solventar las ganancias a la vez que conectan al sistema con empresas transnacionales de todo tipo; las agencias informativas, que nutren los medios de material para sus publicaciones o emisiones, y finalmente, las organizaciones internacionales de propietarios (en algunos casos se puede tratar de países) o concesionarios de los medios interesados primordialmente en el desarrollo y defensa de sus intereses (cuyas prolongaciones han dado lugar en ocasiones a una defensa frontal de los del imperialismo).

Si se dan los nombres de algunos de los componentes del sistema de difusión, información y comunicación cuya interrelación da sentido y permite establecer la coherencia del sistema, éstos pasan de ser entes abstractos a sujetos conocidos y comienzan a identificarse aquellos que son familiares en la vida cotidiana y demuestran, por lo tanto, su importancia en la vida nacional. De este modo, los gigantes que constituyen la infraestructura del sistema junto a los propios medios, son por un lado, empresas electrónicas como las norteamericanas: General Electric, IBM, ITT, Western Electric,





Litton o Westinghouse; las europeas: Philips, General Electric Co.Ltd. y AEG-Telefunken, o las japonesas: Hitachi, Matsushita Electric, Sony, Sanyo y Tokyo Shibaura. Por otro lado, las empresas aeroespaciales McDonell-Douglas, Boeing, General Dinamycs y Hughes Aircraft —todas ellas norteamericanas— son productoras de satélites o partes de satélites.¹

También las principales agencias publicitarias del mundo son las norteamericanas: J. Walter Thompson, McCann Erikson, Leo Burnett, Young and Rubicam, y operan tras fronteras, por ejemplo en México, donde todas ellas tienen filiales.

Del mismo modo, si se observa cuáles son las fuentes de aprovisionamiento de información noticiosa o de contenido elaborado que se difunde a través de los medios, surgen, por un lado las grandes agencias informativas: United Press International (UPI), Associated Press (AP), ambas norteamericanas; Reuter-Latin, inglesa; France Press (FP), francesa, y Deutsche Press Agentur (DPA), alemana. Por el otro lado, aparece una serie de organizaciones productoras de material gráfico (tiras cómicas, artículos para revistas, fotografías e ilustraciones, reportajes, etcétera) que surten a periódicos y revistas del “mundo occidental”, tales como la United Feature Syndicates subsidiaria de la UPI, la citada AP o la Hearst Corporation y su “distribuidora” el Grupo Dearmas.

Finalmente, entre las organizaciones internacionales de empresarios y concesionarios de los medios, resultan bastante conocidas en Latinoamérica la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP) y la Asociación Interamericana de Radiodifusión (AIR), famosas por sus intromisiones en los asuntos internos de los países de la región.

Una vez caracterizado de este modo el sistema de difusión, información y comunicación, se tienen elementos para deducir cuál es la naturaleza de los flujos informativos y noticiosos que en él y a través de él se difunden, así como el interés que ha suscitado su incesante expansión, acelerada en los últimos veintidos años por el impacto de la tecnología espacial y el desarrollo de la comunicación vía satélite.

Pero a medida que ha ido creciendo este sistema, ha aumentado la inquietud de los Estados que se ven —o perciben la posibilidad de verse— invadidos por mensajes ajenos a su realidad, agitados a través de los medios, teniendo que actuar bajo presiones que se manifiestan a nivel nacional pero ignorantes de cuál es el interés nacional.

Asimismo, las Naciones Unidas, y en especial la UNESCO, han observado el problema desde su propia óptica, tratando de evitar fricciones y de proponer soluciones teóricamente equitativas para que los países del Tercer Mundo no resistan tanto el impacto de la dependencia. Finalmente, el centro hegemónico y los imperialismos europeo y japonés también se interesan en la cuestión, ya que

intentan racionalizar sus operaciones a fin de obtener mayores beneficios. Todos coinciden, en fin, en que se está haciendo preciso formular políticas nacionales —y eventualmente internacionales— de comunicación. Desde luego, difieren en cuanto al contenido que habrían de tener tales políticas.

Al respecto, los intereses imperialistas están claramente delineados a través de las declaraciones de sus expertos en comunicación. En algunos casos son expuestos de manera bastante grosera tal como lo hizo el profesor del Instituto Tecnológico de Massachusetts, Ithiel de Sola Pool, quien declaró que la protección de las culturas nacionales frente a la influencia norteamericana es inútil, puesto que la cultura norteamericana es multinacional y, por lo tanto es la cultura más desarrollada del mundo.²

Observaciones más sutiles son —por ejemplo— las de Wilbur Schramm, que reduce las políticas de comunicación a meros envases para políticas de otro tipo (económicas, educativas, religiosas, etcétera) al afirmar que su sentido es el de vehiculizar contenidos de otra índole, haciéndolos asequibles, interesantes o agradables de modo que el público los internalice y haga suyos en la vida cotidiana.³ A esto se suman declaraciones más o menos ambiguas de acuerdo con las cuales los medios de difusión de los países dependientes deberían ser distintos —y también por esto mismo las políticas de comunicación— de las de los países del centro. Esto, según Peter Schenkel, permitiría por ejemplo, la afirmación de valores favorables al desarrollo de los países subdesarrollados. Pero lo que no dice Schenkel ni quienes comparten su postura, es que estos valores son producto de la idea que existe en las metrópolis sobre lo que deben valorar los países subdesarrollados.⁴

Con los intereses norteamericanos se identifican los imperialismos europeos y el japonés, puesto que se produce una compenetración entre ellos, exteriorizada por ejemplo, en la “cooperación entre las empresas norteamericanas de la aeronáutica y sus colegas extranjeros (que) reviste cada vez más la forma de la coproducción que muy a menudo convierte a las empresas extranjeras en meros subcontratistas de la industria norteamericana”⁵ tal como ocurrió en los acuerdos Boeing-Aeritalia, Rockwell-Fuji o el de General Dinamycs con empresas de Bélgica, Holanda, Noruega y Dinamarca. Sin embargo, suelen a veces manifestarse conflictos interimperialistas como el que se expresa a través de la devaluación del dólar, en los que tal identificación se resquebaja y que existe, por lo tanto, oportunidad de celebrar acuerdos algo más favorables para algunos países del Tercer Mundo. Por lo que respecta a las iniciativas de organismos internacionales, y especialmente de la UNESCO, frente al sistema de difusión-información-comunicación, se observa un intento por resolver los problemas mediante políticas de comunicación fragmentarias, aplicadas a las dificultades más inmediatas y senti-



das. De este modo, Marco Ordóñez⁶ —ha dicho que “la adopción de una política internacional de comunicación es una tarea mucho más compleja, por la pluralidad ideológica, por la pluralidad de intereses; por los diferentes objetivos nacionales que se persiguen. Pero la complejidad no es razón suficiente para no intentar un conjunto de normas que sean válidas, como común denominador (en consecuencia), las políticas internacionales de comunicación pueden estar referidas a los siguientes asuntos: a) creación de agencias nacionales de noticias y su integración a un sistema regional; b) determinación de contenidos, tanto en la publicidad como en los entretenimientos; c) aprovechamiento conjunto de mercados potenciales de noticias, de audiencias y de consumidores de productos culturales; d) creación de centros especializados para la producción de mensajes científicos, tecnológicos, educativos y de entretenimiento; e) aprovechamiento conjunto de sistemas de telecomunicación, microonda, o cualquier otra adopción que no implique la transferencia de tecnologías innecesarias, y f) aprovechamiento conjunto de las infraestructuras de comunicación instaladas”⁷. La trampa, y desde otra perspectiva la alternativa, que presenta este enfoque, consiste en que acentúa la importan-

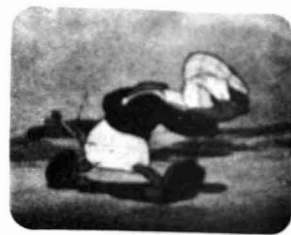
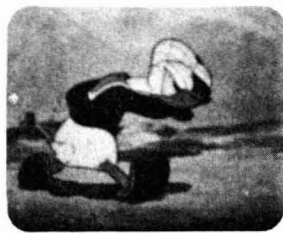
cia con que opera el flujo internacional de noticias olvidando el carácter total del sistema de difusión-información-comunicación. Pero por su propia constitución, este sistema ya no puede reducirse a un mero flujo informativo, puesto que tiene la posibilidad material de coartar los intentos de cada Estado por evadir sus consecuencias negativas, siempre y cuando éstas últimas no vayan acompañadas por una transformación estructural del mismo Estado. Es decir, que el sistema sólo admite la formulación de políticas que acentúan la dependencia, al sustentarse en el consumo de su producción específica, incrementar sus mercados, extender su área de influencia y contribuir a diversificar su producción. Por ejemplo, un caso de coincidencia entre los intereses imperialistas y las recomendaciones de los organismos internacionales fue el plan nacional de comunicación brasileño —todavía en consolidación— cuyos principales motores fueron el Proyecto Radiobras de 1975 —que incluía la coordinación de todas las estaciones públicas de radio y televisión, la capacitación de personal técnico y el suministro de servicios especializados al Estado— y la política oficial del gobierno, tendiente a alcanzar el uso social de los medios a través de su enlace con los objetivos informativos-comunicativos del desarrollo nacional (entendidos por medio de su identificación con los de la iniciativa privada que opera en Brasil).⁸

Sin embargo, el manejo cabal de la postura que plantean estos organismos internacionales ofrece la posibilidad de reglamentar aspectos parciales en la materia que pueden significar una renegociación de los términos de dependencia, configurando reformas útiles, no obstante, al interés nacional.

Aun dada esta última posibilidad, debido a la naturaleza dispersa de sus recomendaciones, la postura de los organismos internacionales en materia de difusión, información y comunicación no ofrece una perspectiva fundamentalmente diferente a la que promueven los intereses imperialistas a través de su voceros más destacados, sino que sus posiciones parecen mantener cierta continuidad con ellos.

Parecería que lo mismo no ocurre con *los planteamientos de los países socialistas*, que abogan por la formulación de una política internacional donde se definen responsabilidades y competencias que, aunque se formulan respecto a cuestiones particulares como el flujo mundial de la información o la comunicación vía satélite, no se quedan en el simple enunciado de recomendaciones, sino que proponen medidas concretas para preservar la soberanía de los Estados. Por ejemplo, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas propuso —ante las Naciones Unidas— que la comunicación vía satélite se ajustara a las siguientes normas: a) todos los Estados deberían gozar de derechos iguales, b) los programas difundidos a través de satélites deberían servir a la causa de la paz, el progreso y el entendi-





miento de los pueblos, c) las emisiones destinadas a otros países tendrían que estar sujetas al consentimiento previo de los estados destinatarios de tales emisiones, y en los casos de difusión no internacional sobre territorios de otros Estados, serían objeto de las debidas aclaraciones, d) los Estados asumirían la plena responsabilidad de todas las emisiones —públicas o privadas— transmitidas desde su territorio, e) tanto las emisiones publicitarias como los programas comerciales sólo deberían ser dirigidos hacia otros Estados cuando existe un acuerdo previo entre el Estado emisor y el Estado receptor, y f) todo Estado tendría derecho a protegerse de las emisiones efectuadas en violación de estos principios por todos los medios reconocidos por el derecho internacional.⁹

A pesar de esto un elemento común entre estas posiciones aparentemente diversas frente a la formulación de políticas de comunicación, es el alejamiento del sistema, de la totalidad que supone, y su observación particularizada dentro de un área —la comunicación— donde no queda clara la importancia de la difusión e información. Esto ocurre tanto cuando se ha contemplado sólo su aptitud de envase, como cuando se las concibe como un yuxtaposición —en el mejor de los casos una suma— de sus elementos.

No obstante, el sistema no admite como alternativas en la práctica más que su sola forma de existencia: la de un complejo total de relaciones económicas, ideológicas y políticas que cobran sentido por tener un contenido propio. La difusión, información y comunicación tienen valor en sí mismas, valor que se deprecia desde el momento en que se las observa como meras formas, pero que se recupera al comprenderlas como relaciones, distribuciones y clasificaciones de contenidos informativos, noticiosos, propagandísticos, etcétera.

Asimismo, se podría afirmar que cualquier tipo de política —al revés del planteo de Schramm— contiene y transmite elementos propios del sistema de difusión-información-comunicación. Desde este nuevo punto de vista, la formulación de políticas de difusión-información-comunicación ha de ser integral, equivalente en su totalidad, complejidad y dinámica al propio sistema, y por ello, capaz de evolucionar con él o de transformarlo. La actual circunstancia internacional en la que, evidentemente, la creciente expansión y transnacionalización de este sistema juega un papel estratégico, está propiciando la formulación de políticas que permitan conjugar los intereses en pugna en una nueva modalidad de lucha. Muchos estados dentro del Tercer Mundo están en este momento tratando de definir su posición al respecto.

En México, la situación coyuntural política-económica-administrativa dentro del contexto internacional antes esbozado ha dado lugar a reformas (como la política y la administrativa) a partir de las cuales se espera restituir la capacidad ejecu-

va del Estado, desgastada tras el fallido intento de liderazgo tercermundista del sexenio 1970-1976 y de la crisis interna, manifiesta a través de la devaluación del peso mexicano, la formación de sindicatos independientes y nuevos partidos políticos, los conflictos campesinos y la campaña de rumores, ocurridos hacia el término del gobierno del presidente Echeverría Álvarez. Pero las condiciones internas para poner en práctica estas reformas sólo pueden darse —para aprovechar al máximo su efecto— en la medida en que se integren a través de una política de difusión-información-comunicación que garantice su comprensión elemental. Esto parece haberse plasmado en el interés concreto del Estado en precisar, a través de su reglamentación, el derecho a la información. El derecho a la información se ha definido como un derecho social. Es el derecho del público a la toma de conciencia, a saber, a participar con pleno conocimiento de las causas en las cuestiones públicas (implicando por lo tanto el derecho a estar informado), cuya vigencia depende de la creación de condiciones que impidan el manejo exclusivo de los medios de difusión y el predominio en éstos de los grandes intereses políticos, económicos y sociales de los núcleos internos y externos del poder.¹⁰

Por su contenido, entonces, el derecho a la información sería —al menos temporalmente— el eje de la política de difusión-información-comunicación. Pero pese a que su tratamiento temático ha ocupado un significativo espacio en la prensa, no parece haber ningún indicio de que haya despertado el interés popular. De hecho, es fundamentalmente entre los intelectuales donde se ha convertido en un tema de gran vigencia. Ellos al tratarlo, atienden principalmente las consecuencias de su aplicación a la información del Estado y la posibilidad de controlar o no a los medios de difusión masiva. Es curioso cómo parecería que la alusión que se hiciera desde el gobierno¹¹ sobre la integración de una organización del público para la defensa de sus intereses a través de un ente popular desde el cual se podría establecer su gestión ante los medios —y quizá ante el propio Estado—, parece haber pasado desapercibida a pesar de que es el mejor recurso del Estado mexicano para negociar desde una posición fuerte, sus intereses en el sistema de difusión-información-comunicación a nivel internacional.

En el Tercer Informe de gobierno el presidente hizo una alusión específica y ofreció una alternativa: la “alianza para la comunicación” que dentro del contexto nacional parecería ser un acuerdo entre Estado, los propietarios y concesionarios de los medios de difusión masiva y “el pueblo”, sin que sus bases aparezcan claramente expuestas. En estas circunstancias tan próximas a la formalización de una alternativa concreta, se perfilan a nivel nacional tendencias en conflicto: están quienes insisten en una reglamentación ideal que no puede hacerse efectiva porque no existen las condiciones objeti-



vas para ello, quienes hacen observaciones limitadas a aspectos parciales del derecho a la información, quienes quieren diferir lo más posible la reglamentación ante la espera de alguna posibilidad circunstancial que favorezca sus intereses, quienes tratan de aprender haciendo y lanzan extensos "rollos" que dicen poco a pesar de que parecen decir mucho, quienes integran su punto de vista a una proposición integrada dentro de una política partidaria, quienes actuando de "francotiradores" lanzan sus comentarios en una u otra dirección, quienes aseguran que no vale la pena legislar porque las leyes no se cumplen.

De todas formas y en este mismo proceso, operan las fuerzas locales del sistema de difusión, información y comunicación, y lo hacen en términos superficialmente contradictorios dado que en apariencia se resisten a la reglamentación del derecho a la información aunque requieren, como integrantes de este sistema, la formulación de políticas de comunicación. ¿En qué se funda lo aparente de esta contradicción? Pues, en el hecho de que la técnica del discurso en pro de la libertad de expresión y opinión esgrimida en el debate no está realmente dirigida contra la reglamentación del derecho a la información, sino a favor del mismo, en términos

equivalentes a los que permitieron evadir impuestos a las radiodifusoras y canales de televisión a través del insólito recurso del uso del 12.5% del tiempo de programación por parte del Estado. En otras palabras, los ataques al derecho a la información que proceden de esta área de interés buscan distraer la atención popular tanto por la vía del discurso como por la de la acción política directa, tergiversando su función social. Su objetivo es plasmar en la reglamentación una vez más su perspectiva de comunicación, información, público y Estado.

Por lo tanto, el problema actual consiste en establecer el derecho a la información como vía de acceso a la eventual formalización de una política nacional en la materia (posibilidad que no hay que dejar de tomar en cuenta) sin dejar de aprovechar, en el interés del Estado en su conjunto, la participación popular posible, a fin de negociar este "derecho a la toma de conciencia" ante los grupos económicos que tratan de manipularlo.

No es posible entonces interpretar esta coyuntura más que en la relación que existe entre las presiones nacionales e internacionales al respecto, aprovechando el margen de autonomía relativa que dentro del *establishment* pueden alcanzar estado y pueblo, si no se quiere perder la oportunidad de dar al derecho a la información un contenido adecuado a su oportunidad social en el contexto nacional. El resultado final del debate abierto será útil para prever el desarrollo ulterior de la estrategia que se adoptará en México en materia de difusión, información y comunicación. □

Notas

¹ Estos datos pueden ser ampliados con la información dada por Armand Mattelart en su obra *Multinacionales y sistemas de comunicación*, Editada por Siglo XXI, México, en 1977.

² Referencia tomada de un artículo de Wolfgang Kleinwächter publicado en *El periodista democrata*, No. 7-8 de 1978, p. 14.

³ Wilbur Schramm, *Communication and Change*, en Daniel Lerner y W. Schramm, *Communication and change in the developing countries*, Honolulu, East-West Center Press, Honolulu, Hawaii, 1967.

⁴ Peter Schenkel, *La radio y la televisión ante la realidad socioeconómica Latinoamericana*, documento del Seminario Sobre la radio y la TV frente a la necesidad cultural en América Latina, San José, Costa Rica, abril-mayo de 1976.

⁵ A. Mattelart, op. cit. p. 54.

⁶ Actual director general del Centro Internacional de Estudios Superiores de Educación para América Latina (CIESPAL), dependiente de UNESCO.

⁷ *Políticas de comunicación, acciones y alternativas*, documento de trabajo presentado en el Seminario sobre la Radio y la TV en Latinoamérica, Costa Rica, 1976.

⁸ Luis Ramiro Beltrán, op. cit.

⁹ Según datos de Wolfgang Kleinwächter, en op. cit.

¹⁰ De acuerdo con la definición que le dio Horacio Labastida en la conferencia que sobre el mismo tema pronunció el 24.II.78 en la F.C.P.yS. de la UNAM.

¹¹ Según el discurso del exsecretario de Gobernación, Jesús Reyes Heróles pronunciado ante la Comisión Federal Electoral el 7/12/78.

¹² Los medios de radiodifusión son los únicos en el país que pueden pagar sus impuestos en especie y no en dinero.



LA GROSSE FIFI

"El mar", dijo Mark Olsen, "tiene exactamente el mismo tono que el azul de Reckett's esta mañana."

Roseau volteó la cabeza para contemplar el liso Mediterráneo.

"Me gusta cuando está así —declaró—, y quisiera que no caminaras tan de prisa. Odio caminar apresuradamente y este camino no está hecho para eso."

"Lo siento", dijo Mark, "es una mala costumbre."

Caminaron en silencio, Mark pensando que la muchacha era excéntrica pero que le gustaría volver a verla. Una pena que a Peggy aparentemente le cayera tan mal —las mujeres eran siempre una lata con sus gustos y disgustos.

"Este es mi hotel", dijo la excéntrica. "¿No se ve horrible?"

"Sabes", le dijo Mark preocupado, "de veras deberías alojarte ahí. Es un lugar desagradable. Nuestra *patronne* dice que tiene mala reputación; acuchillaron a alguien y el patrón fue a dar a la cárcel."

"¿No me digas!", se burló Roseau.

"Sí te digo. Hay una habitación para alquilar en la pensión."

"Odio las pensiones."

"Bueno, pues entonces múdate a Saint Paul o a Jean Les Pins—Peggy me decía ayer..."

"¿Ay por Dios!", interrumpió Roseau algo impacientemente, "mi hotel está bien. Creo que regresaré a París, ya me cansa la Riviera, es demasiado ordenada. ¿No entras a tomar un aperitivo?"

Su tono era tan indiferente que Mark, resentido, aceptó el ofrecimiento, aunque el restaurante del hotel lo deprimía. Era tan oscuro, tan lóbrego, tan lleno de gente rara, franceses excéntricos con voces anormalmente chillonas hasta para los franceses. Un tenue olor a ajo flotaba en el aire.

"Tómame un Deloso", dijo Roseau. "Tiene un gustito a anís", le explicó, viendo que no entendía. "Te pondrá en órbita."

"Gracias", dijo Mark. Colocó sus dibujos cuidadosamente sobre la mesa y entonces, mirando por encima de la cabeza de Roseau, se quedó mirando atónito, algo que le llamaba la atención. Dijo: "¿Dios mío! ¿Qué es eso?"

"Es Fifi", contestó Roseau en voz baja, sonriendo por primera vez.

"¿Fifi! Claro, tenía que ser. ¡Por lo más santo! ¡Fifi!"

Su voz se llenó de asombro. "Es formidable, ¿no crees?"

Fifi no sólo era formidable metafóricamente: fornida, bien encorsetada, su estómago cuidadosamente colocado para que formara parte de sus pechos. Su sombrero era grande y lo llevaba en un ángulo provocador; su colorete daba gritos, y sobre sus ojos saltones, llevaba los párpados pintados de un azul brillante. Lucía unos zarcillos de plata muy largos, pero a pesar de ellos su rostro pare-

cía inmenso, vasto y su voz sonaba ronca aunque en su vaso no había sino agua de Vichy.

Sus manos, pequeñas y regordetas, estaban cubiertas de anillos; y llevaba los pies rollizos diminutos, embutidos en un par de zapatos charolados, de tacón altísimo.

En efecto, Fifi era obvia —imposible equivocarse su propósito en la vida. Un joven de aproximadamente veinticuatro años la acompañaba. Hubiese sido un hombre bien parecido si no se hubiese emplastado la cara con polvos blancos y no se hubiese peinado un copete tan alto sobre la frente.

"Me hace pensar", dijo Mark en voz baja, "en aquel cuadro de Max Beerbohm en el que una dama traviesa contempla el perfil de Eduardo VII sobre una moneda, ya sabes, aquella que dice: 'Ay, pues, para mí él siempre seguirá siendo Tum Tum'. 'Sí', dijo Roseau, "es muy victoriana, ¿verdad?". Por alguna razón inexplicable le desagradaban las puyas contra Fifi, aún más de lo que le desagradaban las puyas en general. Después de todo la dama parecía bonachona, buena gente; su risa le sonaba divertida.

Dijo: "¿No has notado que muchas se ven por aquí? Damas victorianas, quiero decir; hay enjambres de ellas en Niza, ¡montones en Monte Carlo!... El otro día, en el Casino, vi..."

"¿Quién es el caballero?", preguntó Mark, sin dejarse distraer del tema. "¿Su hijo?"

"¿Su hijo?", dijo Roseau. "¿Por supuesto que no. Es su gígolo."

"Su, ¿cómo dijiste?"

"Su gígolo", explicó con frialdad Roseau. "¿No sabes lo que es un gígolo? Existen en Londres, te lo aseguro. Ella lo mantiene, él le hace el amor. Lo sé todo porque su cuarto queda junto al mío."

"¡Oh!", tartamudeó Mark. Comenzó a beber su aperitivo apresuradamente.

"Me agrada mucho tu nombre", dijo, cambiando bruscamente de conversación.

"Te va bien."

"Sí, me va bien, quiere decir junco", dijo Roseau. Tenía una sonrisa extraña, una pequeña sonrisa torcida. Mark no estaba seguro de por qué le gustaba. "Un junco sacudido por el viento. Ese es mi lema, quiero decir —¿Pero ya te vas? Sí, iré a tomar el té pronto, un día de estos: ¡Adiós!"

"Allá va corriendo a donde su mujer a decirle que no se había equivocado en cuanto a mí", pensó Roseau cuando lo vio marcharse. "¿Qué pintorescos son los ingleses! Piden ser sorprendidos, ansían ser sorprendidos, esperan ser sorprendidos, pero cuando se les sorprende... qué sorprendidos se sienten!"

Terminó de beberse melancólicamente su aperitivo. Esperaba una amiga norteamericana que había prometido venir a cenar con ella. Mientras, se dio cuenta de que las voces de Fifi y de su gígolo habían subido de tono.

"Te digo", dijo el gígolo, "que tengo que irme a

Niza esta tarde. Es necesario; me veo obligado a ir."

"Su voz sonaba apologética pero hosca, con un acento ligeramente bravucón. El macho tirando de sus amarras.

"Pero *mon cheri*", imploró Fifi, "¿Por qué no puedo ir contigo? Tomaremos el té en el Negresco."

El gígolo cayó en un mutismo malhumorado. Obviamente, el Negresco con Fifi no le atraía.

Ella cedió enseguida.

"¡Marie!", llamó, "sírvale al señor inmediatamente. Tiene que tomar el tren de la una y media para Niza... Regresarás para la cena, ¿verdad, mi Pierrot?", rogó con voz enronquecida.

"Creo que sí, ya veré", contestó el gígolo airosamente, aprovechando su victoria como todo buen general debe hacerlo —en ese momento la amiga norteamericana de Roseau entró al restaurante.

Comieron en la terraza de una villa, contemplando el paisaje tranquilo y sonriente del mar.

"¡Pero qué azul, qué azul!", suspiró la señorita

Ward, porque así se llamaba la dama norteamericana. "Siempre he dicho que el azul es maravilloso. Le llega a uno al alma. ¿No cree usted, señor Wheeler?"

El señor Wheeler enfocó sus lentes severos, de concha de tortuga, sobre el azul del mar.

"Muy admirable", dijo escuetamente.

"Estoy segura", pensó Roseau, "que está preguntándose en cuánto podría venderlo — embotellado".

Se sorprendió de pronto inventando ingeniosos anuncios: "Pruebe nuestro Azul Embotellado para los males del alma."

Entonces, recapacitando, se dirigió al señor Leroy, el cuarto miembro del grupo, quien se estaba poniendo malhumorado.

El señor Leroy era lo que los franceses llaman un *joli garçon* —era casi, podría decirse, de veras un niño bonito— alto, fornido, bronceado, de facciones bien cortadas, como todo anglosajón. Sin embargo, durante tres cuartos de hora los miembros del sexo femenino no habían notado para nada su presencia. El señor Leroy se sentía confundido, incrédulo. Ahora comenzaba a molestarse.

No obstante, respondió sin dilación a los esfuerzos de Roseau por incluirlo en la conversación.

"Oh Madame", dijo. "Debo reconocer que una emoción fuerte puede ser justificación para casi todo; uno está loco por el momento."

"¡Ahí tienen!", dijo Roseau con voz triunfante, pues el argumento había girado sobre si algo excusaría el quebrantamiento de ciertas reglas.

"¡Tonterías!", dijo el señor Wheeler.

"¿Pero usted sí encuentra justificación para un negocio astuto?"

"Los negocios", dijo el señor Wheeler como si le hablara a un niño ligeramente tarado, "es algo muy distinto, señorita..."

"Usted piensa así", argumentó Roseau, "porque los negocios son su única emoción".

El señor Wheeler se dio por perdido.

"Mauricio", le dijo la señorita Ward al joven francés, "pórtate bien y vé y tráenos el gramófono".

Trajeron el gramófono y la melodía de "Lady, Be Good" flotó sobre el azul.

El hotel le pareció sórdido esa noche a Roseau, poblado de caballeros envueltos en capas y mujeres de risas estridentes. Encontró grandes trozos de ajo en la comida y el vino le supo agrio... se sentía muy cansada, golpeada, adolorida, embotada, como si hubiese perdido una gran batalla.

"¡Ay Dios mío, voy a volver a pensar! ¡No me dejes volver a pensar!", rezó.

Durante dos semanas luchó ferozmente por no pensar. Se bebía otra copa de vino; observaba a Fifi sola, sentada a la mesa frente a un ramo de mimosas, los ojos saltones atornillados a la puerta, y tenía que cambiar la mirada como si aquel espectáculo la aterrorizara. Al terminar de comer, subía siempre a su cuarto, se tomaba tres sobrecitos de





Veronal, se desvestía y se acostaba con la sábana subida más arriba de la cabeza.

Aquella noche tampoco pudo dormir. Se levantó de pronto, tropezó contra una mesa, y dijo "¡Maldita sea!" en la oscuridad. Encendió la luz y comenzó a vestirse callada, muy calladamente. Saldría por la puerta de atrás. ¿Pero por qué se estaba vistiendo? No importa; ya estaba hecho. ¿Y quién demonios esta tocando ahora a su puerta?

Era Fifi. Estaba envuelta en un llamativo camión de dormir color rosa subido, adornado de encajes amarillos. Sobre los hombros se había tirado una bata sucia, amarrándose las mangas alrededor del cuello.

Se quedó mirando a Roseau con los ojos muy abiertos, con una expresión de asombro que resultaba divertida.

"Supongo que no pensará salir a estas horas", le dijo Fifi. Es casi medianoche y usted no luce bien, Madame."

"¿De veras?", preguntó Roseau débilmente. Se sintió mareada y tuvo que agarrarse del borde de la mesa.

Hablaba con una suavidad persuasiva y puso su mano con ternura sobre el brazo de Roseau.

Roseau se derrumbó sobre la cama en un ataque de llanto.

"*Ma petite*", dijo Fifi con decisión, "se sentirá mejor en la cama, créame. ¿Dónde está su chemise de nuit? ¡Ahí!"

La encontró sobre la silla más próxima, la examinó rápidamente y calculó si el encaje que llevaba era bueno, luego puso con firmeza su mano sobre la falda de Roseau para ayudarla a desvestirse.

"La", dijo, dándole un golpecito a la almohada, "y aquí está su pañuelo."

Su actitud no era exagerada, desdeñosa, ni entrometida. Era más bien reconfortante.

"Es bueno llorar", dijo después de un rato. "Pero no demasiado. ¿Puedo traerle algo, pequeña? ¿Un poco de leche caliente con ron?"

"¡Ay no, no!", dijo Roseau, agarrándose a la manga de balleta de su bata, "no se vaya, no me deje sola."

Había hablado en inglés, pero Fifi, respondiendo inmediatamente a su ruego, le contestó: "*Pauvre chou-va*", y luego se inclinó sobre ella para besarla.

A Roseau le pareció el beso más bondadoso, más comprensivo, que había recibido en su vida. Consolada, observó a Fifi sentarse a los pies de la cama y envolverse en su bata de balleta. Entre sueños pensó que era de nuevo una niña y que este enorme ser la protegería y se quedaría allí sentada hasta que ella se durmiera.

La cama crujió amenazadora bajo el peso de la dama.

"¡Maldito colchón!", refunfuñó en voz baja Fifi, "¡Todo en esta casa está roto y luego los precios que cobran! Es una vergüenza..."

"¡Me siento muy desgraciada!", dijo Roseau en una voz delgada, sin ánimo. Tenía los ojos hinchados de tanto llorar.

"¿Cree que no me había dado cuenta?", dijo con cariño Fifi, poniendo su mano regordeta sobre la rodilla de Roseau. "¿Cree que no adivino cuando una mujer se siente desgraciada? Yo. Además, en ti, es muy obvio. Tú miras *avec les yeux d'une biche*. ¿Es por supuesto un hombre quien te hace sentir desgraciada?"

"Sí", dijo Roseau. A Fifi podía decírselo todo. Fifi era un especie de Dios.

"¡Ah le salaud! ¡ah, le monstre! Dijo esto mecánicamente, sin indignación auténtica. "Los hombres no valen nada. ¿Pero por qué ha de hacerte sentir desgraciada? ¿Será que está celoso?"

"¡Oh no!", dijo Roseau.

"Entonces quizá sea *méchant* —hay hombres así— o quizá esté tratando de deshacerse de tí."

"Eso mismo es", dijo Roseau. "Está tratando de deshacerse de mí."

¡Ah!, dijo Fifi con discreción. Se inclinó entonces más cerca. "*Mon cher enfant*", dijo con voz ronca, házlo tu primero. "Pónlo a la puerta con un *coup de pied quelque part*."

"Pero si no tengo puerta", dijo Roseau en inglés; y comenzó a reír alocadamente. "Ni los restos de una puerta tengo, ni casa, ni puerta, ni amigos, ni dinero, nada."

"¿Qué dice?", preguntó Fifi con recelo. Desconfiaba de quienes hablaban lenguas extrañas en su presencia.

"¿Y si lo hiciera, entonces qué?", le preguntó Roseau.

"¿Cómo que 'entonces qué'?", gritó Fifi indignada. "¿Cómo pregunta eso, usted, que es tan bonita? Si yo estuviese en su lugar no preguntaría 'entonces qué', se lo aseguro; me buscaría a un tipo elegante y pronto!"

"¡Oh!" exclamó Roseau. Comenzaba a sentir sueño.

"*Un clou chasse l'autre*", le advirtió Fifi algo sombríamente. "Sí, así es la vida: un clavo saca a otro clavo".

Se puso de pie.

"Así dicen". Tenía una mirada melancólica. "Pero cuando una está atrapada no es tan fácil. No, yo adoro a mi Pierrot. Adoro a ese niño, le daría hasta mi último centavo. ¿Y cómo va él a quererme a mí? Estoy vieja y fea. Sí, ya sé ¡*Regarde-moi ces yeux là!*" Y se señalaba con el dedo las ojeras debajo de los ojos. "¡*Et cal!*" Y se palmeaba el pecho enorme. "Pierrot sólo ama a las mujeres delgadas. ¿*Qué voulez vous?*"

Fifi se encogió de hombros con un gesto impresionante.

"Lo quiero. Por él lo soporto todo. ¡Pero qué vida! ¡Qué vida! Tú pequeña, ten un poco de valor; te buscaremos un tipo chic, un tipo elegante que..."

Se detuvo al ver que Roseau se había quedado dormida. "Alors, —ya me voy— que duermas bien".

Al otro día Roseau, sintiendo la lengua reseca y la cabeza pesada, despertó al escándalo de las voces que se escuchaban en el cuarto contiguo.

Fifi discutía, refunfuñaba, finalmente lloraba —y el gígolo, quien obviamente acababa de llegar, protestaba y se tornaba displicente.

"¡*Menteur, menteur*, estuviste con una mujer!"

"¡Te digo que no! ¡Te pasas inventando cosas!"

Sollozos, besos, reconciliación.

"¡Ay Señor, Señor!", se dijo Roseau. Se cubrió la cabeza con la sábana y se dijo: "Tengo que irme de este lugar."

Pero cuando, algunas horas más tarde, la robusta señora apareció en su puerta, estaba empolvada, sonriente y fresca —casi convencional.

"Espero que haya dormido bien anoche, Madame: espero que se sienta mejor hoy por la mañana. ¿Puedo hacer algo por usted?"

"Si puede. Siéntese y hábleme un rato", le dijo Roseau. "Hoy no me voy a levantar."

"Tiene razón", contestó Fifi. "Eso descansa, un día en cama." Se sentó pesadamente sobre la cama y sonrió una sonrisa radiante. "Y después debe divertirse un poco", aconsejó. "Distráigase. Si lo desea, puedo mostrarle todos los lugares donde uno se divierte en Niza."

Pero Roseau, que veía ya venir al tipo chic detrás de la mirada pícara de Fifi, cambió el tema. Dijo que le hubiese gustado tener algo para leer.

"Le prestaré un libro", dijo Fifi enseguida. "Tengo muchos."

Fue hasta su cuarto y regresó con un volumen delgado.

"¡Oh, poesía!", dijo Roseau. Esperaba una buena novela policiaca. No se sentía para nada con ánimos de leer poesía francesa.

"Yo adoro la poesía", dijo Fifi con mucho sentimiento. "Además, ésta es especialmente bella. ¿Usted entiende el francés perfectamente? Entonces escuche:

y comenzó a leer:

"*Dans le chemin libre de mes années*

Je marchais fière et je me suis arrêtée...

Thou hast bound my ankles with silken cord.

Que j'oublie les mots qui ne disent pas mon amour,

Les gestes qui ne doivent pas t'enlacer,

Que l'horizon se ferme a ton sourire...

Mais je t'en conjure, o Sylvus, comme la plus humble des choses

Qui ont une place dans ta maison — garde moi."

Lo que obviamente quería decir: no vas a portarte más como un canalla conmigo, ¿no es cierto? Haré lo que tú quieras, pero sé bueno conmigo, sé bueno conmigo. Aunque por supuesto, en francés sonaba mucho mejor.

“Y ahora”, prosiguió Fifi:
 “I can walk lightly for I have laid my life in the hands of my lover.
 “¡Chante, chante ma vie, aux mains de mon amant!”

Y así seguía y seguía.
 Roseau se sintió resignada de tener que soportar aquel espectáculo, de tener que esperar a que aquella mujer terminara de verbalizar sus sentimientos, sus pensamientos. Lo encontró horrible.

“Sylvus, que feras-tu à travers les jours de cet être qui t’abandonne sa faiblesse?
 Il peut vivre d’un sourire, mourir d’une parole.
 Sylvus, qu’en feras-tu?”

“¿No tiene novelas policiacas?”, interrumpió de pronto Roseau.
 Ya no podía más.
 Fifi la miró sorprendida pero la complació enseñando. Sí —tenía a Arsenio Lupin, algunas de Gas-

ton Leroux; también tenía a ‘*Sherlock Olmes*.’ Roseau escogió *Le Fantome de L’Operá*, y cuando Fifi salió por fin de la habitación, que quedó largo rato mirando la misma página:

“Sylvus, qu’en feras tu?”

De pronto empezó a reírse y se rio por mucho rato en voz alta, cosa extraña para Roseau, quien tenía una voz muy queda y una risa casi inexistente.

Esta tarde Roseau conoció a Sylvus, alias el gígolo, en el jardín del hotel.

Estaba decidida a detestarlo. ¿Qué excusas podrían ofrecerse en su favor? Ninguna; absolutamente ninguna.

Allí estaba, con una amante en Cannes y otra en Niza. Y Fifi en la rueda del suplicio. Fifi sollozando, sacando billetes de a mil cada vez que el gígolo le ajustaba los tornillos. ¡Horrible gígolo!

Lo miró odiándolo, mientras pensaba en algún comentario desagradable sobre el color de sus polvos faciales. Pero esa tarde llevaba la cara desempolvada y tuvo que reconocer que el tipo era bien parecido. No tenía nada de bestia rubia —era oscuro, delgado, hermoso como un dios latino. Y qué suaves eran sus ojos, qué dulce su boca...

¡Horrible, horrible gígolo!

El no insistió, sino que volvió sorprendido el rostro al ver su gesto y se alejó de allí murmurando: “¡*Alors, Madame!*”

Una semana más tarde desapareció.

Fifi envejeció diez años en diez días. Iba más a menudo a la habitación de Roseau, a ofrecerle ron con leche caliente en lugar de Veronal. Pero más allá de su puerta, tenía que enfrentarse a un mundo hostil que la escarnecía.

“¿Ha tenido alguna noticia del señor Riviere?”, preguntaba la *patronne* del hotel, con una sonrisa maliciosa.

“Por supuesto que sí, está muy bien”, respondía Fifi despreocupada, aunque sabía que la *patronne* había ya fisgoneado sus cartas. “¡Es su abuelita, pobre! Está mucho peor.”

El gígolo había escogido la enfermedad de su abuela para justificar su súbita partida.

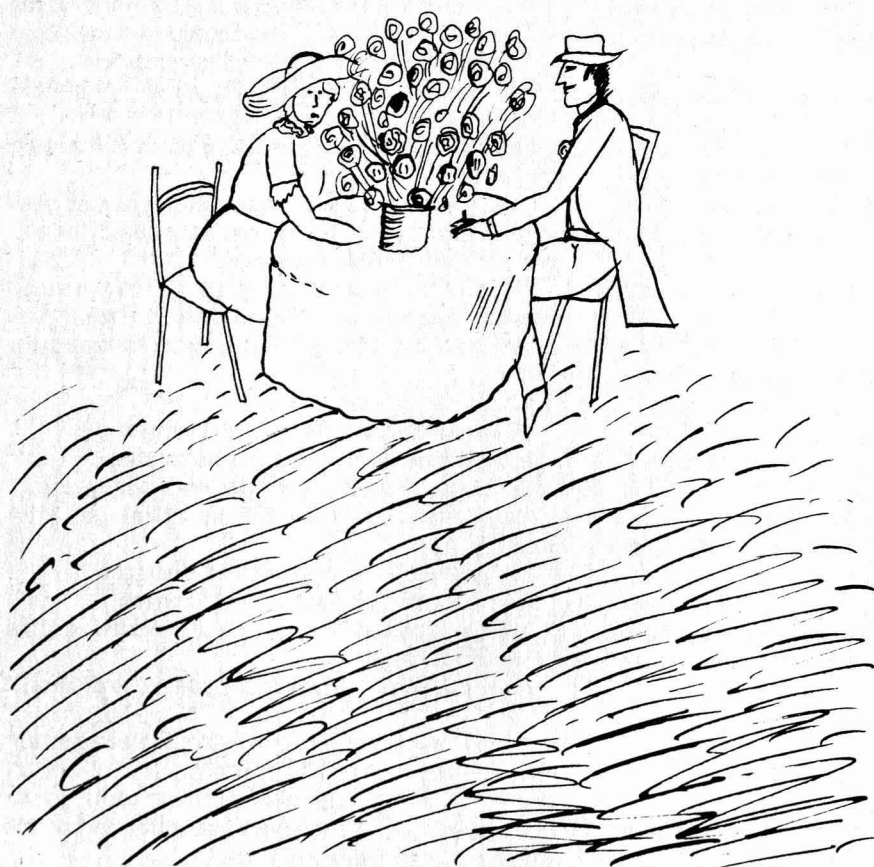
Un día Fifi envió por correo una enorme corona de flores —aparentemente la abuela había pasado a mejor vida.

Entonces silencio. No hubo gracias por las flores.

La risa de Fifi subió otro tono; dejó de beber agua de Vichy y comenzó a beber champaña.

Ya no se sentaba sola a la mesa —de alguna manera, lograba atraer a los hombres— y cuando entraba a una habitación, semejante a un navío con todas las velas enarboladas, había siempre tres, cuatro, cinco hombres que perseguían su estela, haciendo un escándalo insoportable.

“¡Qué horrible criatura!”, dijo Peggy Olsen una noche. “¿Cómo puede coleccionar tantos hombres?”



Mark se rió y dijo: "Ten cuidado, es amiga de Roseau."

"¡Oh! ¿De veras?", dijo la señora Olsen. Le caía mal Roseau y encontraba aquel hotel, con su clientela de choferes y gente de peor calaña aún, más de lo que cualquier señorita inglesa debería soportar.

Estaba allí aquella noche sólo porque su esposo había insistido.

"La muchacha está muy sola Peggy, vamos, no seas aguafiestas."

Y Peggy había ido, con la lengua muy afilada, lista para la lucha.

"La amable señora debe de ser muy rica", dijo. "Al menos, es muy hospitalaria."

"¡Oh! Ella no es la que paga", explicó Roseau, absurdamente ansiosa de que el triunfo de su amiga fuese obvio. "Es el hombre de la barca el que paga. Adora a Fifi."

"¡Es extraordinario!", dijo la señora Olsen en un tono helado.

Roseau pensó: "Eres una bestia despreciable."

¡Fifi vale cincuenta veces más de lo que tu vales!" Pero no dijo nada, contentándose con una de esas sonrisas oblicuas que hacían a la gente comentar "¡Qué extraña es!"

De pronto hubo un corto y las luces se extinguieron.

La sirvienta, delgada y de aspecto cansado, trajo velas. La habitación ya de por sí larga y triste, tomó entonces un aspecto lúgubre, como si algo siniestro y peligroso fuese a suceder: todas aquellas quijadas gruesas y ojos sombríos, manos burdas, voces estridentes y pendencieras...

Fifi también tomó un aspecto siniestro, con su pelo lleno de vida y su garganta arruinada.

"¿Saben una cosa?", dijo Roseau. "Tienen razón; mi hotel es un lugar extraño."

"Extraño es poco", dijo Mark Olsen. "De veras no deberías quedarte."

"No, ahora sí me voy a mudar de aquí. Ha sido pura pereza y porque mi habitación es muy acogedora. Hay un árbol de mimosa frente a mi ventana. Pero sí, voy a marcharme."

Cuando regresó por fin la luz, estaban ya discutiendo los precios de diversos hoteles.

Pero al otro día Roseau, tendida sobre su cama y contemplando el árbol de mimosa, tuvo que enfrentarse al hecho de la falta que le haría Fifi.

Era absurdo, era ridículo, pero así era. De nada más oír su voz ronca ya se sentía consolada; su voz le daba una sensación de estar protegida fortalecida.

"Debo de estar chiflada", se dijo Roseau. "Claro que tenía que tomarle cariño a un ser como ése, debo definitivamente de estar chiflada. No, es que soy tan cobarde, me siento tan aterrada ante la vida, que tengo que apoyarme en alguien — hasta en Fifi..."

Aterrada de la vida vivía Roseau, suspendida sobre un abismo terrible y espantable, el abismo de la pérdida total de dominio sobre sí misma.

"Fifi, se dijo Roseau, es una amiga. Me siento alegre cuando estoy con ella. Por otra parte es una puta vieja, de aspecto repulsivo, y no me hace ningún bien que me vean andar a su lado. ¡Será otro Paso Infalible Hacia Abajo! No hay que dudar!"

Fifi tocó a su puerta.

Estaba radiante, agitada por las buenas noticias.

"Pierrot va a regresar", anunció.

"¡Oh!" dijo Roseau con interés.

"Sí, esta misma tarde voy a reunirme con él a Niza."

"¡Me alegro de veras!", dijo Roseau.

Era imposible no alegrarse ante esa presencia enorme y resplandeciente. Fifi lleva puesto un traje nuevo, negro, con encaje alrededor del cuello y de las muñecas, y también un sombrero nuevo, pequeño.

"¿El sombrero?", preguntó ansiosa. "¿Me hará ver ridícula? ¿Será demasiado pequeño? ¿Me hará ver más vieja?"



"No", dijo Roseau, examinándola cuidadosamente, "me gusta, pero bájate el velito."

Fifi obedeció.

"Ah, bueno", suspiró, "siempre fui fea. Cuando era pequeña mis hermanas me decían la muñeca del diablo. Sí, ese tipo de comentarios es el que recibo siempre. Y ahora, ¡ay de mí! ¿De veras que este sombrero no me hace ver ridícula?"

"No, no", dijo Roseau. "Te ves muy bien."

La cena esa noche fue el triunfo de Fifi —el champán fluía— tres botellas por lo menos. Un enorme ramo de mimosas y claveles casi ocultaba la mesa de los espectadores. La *patronne* miraba de reojo medio envidiando; el *patrón* se reía calladamente y el gígolo parecía satisfecho y afable.

Roseau bebió su café y se fumó un cigarrillo en la mesa festejada, pero se negó a acompañarlos a Niza. Iban a un *boite de nuit*. "Y todo sería de lo más chic."

"¡Ah, no importa!", dijo Fifi, bonachona, "es rara, esta pequeña. Siempre quiere esconderse en un rincón, como un ratoncito."

"Nadie", pensó Fifi cuando algo la despertó a las cuatro de la mañana, "podría acusar a Fifi de comportarse como un ratoncito". De ratoncito no tenía nada, eso era innegable.

"Voy a llevarlo a Monte Carlo", anunció la dama al día siguiente. Lo pronunció Monte Carl.

"¿A Monte Carlo? ¿Por qué?"

"El quiere ir. ¡Ah!, la la. ¡Me costará bastante!" e hizo, al levantarse, un pequeño chasquido con la boca. "Es que Pierrot le da siempre unas propinas tan grandes a los mozos, si supiera, como yo lo sé lo *salauds* que son los *garçons de cafe*..."

"Bueno, que se diviertan", le dijo Roseau riendo.

Al otro día salió temprano del hotel y no regresó hasta la hora de la cena, sintiéndose preocupada.

Al comenzar a comer se fijó en unos hombres que discutían en italiano y pensó que los italianos siempre andaban discutiendo.

El patrón no estaba; la *patronne*, con gesto altivo, le hablaba rápidamente a su *lingere*.

Pero la *bonne* se veía rara, pensó Roseau, como si estuviera atemorizada y a la vez dándose mucha importancia. Al llegar a la cocina llamó a la cocinera con voz chillona: "Está en el *Eclairer*. ¿Lo han visto?"



Roseau terminó de pelar una manzana. Entonces llamó a la *patronne*, se sintió obligada a hacerlo.

"¿Que sucede, Madame? ¿Ha pasado algo?"

La *patronne* titubeó.

"Madame Carly, Madame Fifi ha tenido un accidente", contestó brevemente.

"¿Un accidente? ¿Un accidente automovilístico? Oh, espero que no sea nada serio."

Me temo que es bastante serio *assez grave*", contestó evasiva la *patronne*.

Roseau no quiso indagar más. Tomó el *Eclairer de Nice*, que estaba sobre una mesilla y se puso a hojearlo.

Estaba buscando los titulares "Fatal accidente automovilístico En lugar de ello, leyó:

Otro Drama de Celos

Madame Francine Carly, de 48 años de edad, de la calle Notre Dame des Fleurs 7, Marsellas, fue fatalmente apuñalada anoche por su amante Pierre Rivière, de 24 años de edad, de la calle Madame Tours. Interrogado por la policía declaró que había actuado en defensa propia ya que su amante, quien era de temperamento celoso, lo había atacado con un cuchillo al enterarse de su inminente matrimonio y lo había amenazado con cegarlo. Cuando el propietario del hotel, alarmado por los gritos de la mujer, entró a la habitación en compañía de dos policías, Madame Carly, yacía inerte, la sangre fluyendo de las heridas que había recibido en la garganta. Fue llevada al hospital donde murió sin recobrar el conocimiento. El asesino ha sido arrestado y fue conducido a la estación.

Roseau se quedó mucho rato mirando la página.

"Debo irme de este hotel", fue lo único que pudo pensar y durmió profundamente esa noche, sin temor a los fantasmas. Un asunto sórdido y horrible. ¡Pobre Fifi! Casi se odió a sí misma por sentir tan poco remordimiento. Pero a la mañana siguiente, cuando estaba empacando, abrió el libro de poemas, delgado y manoseado, que estaba todavía sobre la mesa y buscó el verso que Fifi le había leído.

"Maintenant je puis marcher legere,

J'ai mis toute ma vie aux mains de mon amant.

Chante, chante ma vie aux mains de mon amant."

De pronto comenzó a llorar.

¡Oh, pobre Fifi! ¡Pobre Fifi!

En medio del desorden, a medio empacar, lloró amargamente.

Hasta que, en la claridad amarilla que entraba por la ventana, le pareció ver el alma de su amiga, alegre y aniñada, libre de aquel cuerpo grosero y burlándose levemente de sus lágrimas sentimentales.

"¡Está bien!", dijo Roseau.

Y secándose las lágrimas, siguió empacando.

EL EFICAZ SABER DE LA UNIVERSIDAD

POR FERNANDO PÉREZ CORREA

Señor Dr. Guillermo Soberón Acevedo, Rector de la UNAM, Distinguidas personalidades del Presidium, Universitarios:

En 1910 México, una nación rural, analfabeta, sometida a la dictadura, amagada por el extranjero y acosada por sus contradicciones internas, se encontraba en el umbral del movimiento revolucionario y en el proceso de maduración de un proyecto de desarrollo nacional independiente, justo y libre. En ese marco fue restablecida la Universidad Nacional de México.

Don Justo Sierra, animador infatigable de la reapertura, decía imaginarse a la nueva institución así: "un grupo de estudiantes de todas las edades sumadas en una sola, la edad de la plena aptitud intelectual, formando una personalidad real a fuerza de solidaridad y de conciencia de su misión y que, recurriendo a toda fuente de cultura, brote de donde brotare... se propusiera adquirir los medios de nacionalizar la ciencia, de mexicanizar el saber".

Esta tarea se asignaba a la universidad, "cediéndole una suma de poder", por el convencimiento de que "el gobierno de la ciencia en acción debe pertenecer a la ciencia misma".

Como su tarea, la universidad sería nacional realizando una "obra inmensa de cultura y de atracción de todas las energías de la República aptas para la labor científica". Su misión docente era concebida por Sierra así: "Cuando el joven sea hombre, es preciso que la Universidad o lo lance a la lucha por la existencia en un campo social superior, o lo levante a las excelsitudes de la investigación científica; pero sin olvidar nunca que toda contemplación debe ser el preámbulo de la acción; que no es lícito al universitario pensar exclusivamente para sí mismo, y que... no podremos moralmente olvidarnos nunca ni de la humanidad ni de la patria."

El credo que se le asigna a la nueva institución puede esquematizarse diciendo que debe enseñar a investigar y a pensar, que las ideas, substancia de su propósito, deben constituir dinámicos perennemente traducibles en enseñanza y en acción, deben poder llamarse fuerzas; que debe enseñar y educar, es decir, formar sabios y hombres; que el ámbito de la enseñanza es físico, intelectual, ético y estético; finalmente, que con las armas de la ciencia debe asistir a la patria y no ser "nunca una patria ideal de almas sin patria".

Como Justo Sierra lo esperaba, la Casa de Estudios ha sabido cumplir con sus fines.

Nuestra institución es, en primer lugar, una comunidad académica, una empresa científica, inscrita en la tradición cultural de occidente, apropiada de sus principios, fines y libertades. La lucha por la autonomía, primero, y el ejercicio cabal de la misma, después, hacen de la universidad una comunidad académica gobernada por la academia.

Cierto, en la universidad el intercambio humano cobra una forma precisa: se enseña, se desarrolla y se difunde la cultura. Con todo, este intercambio se significa, en principio, por la concertación libre de voluntades como modalidad y por la verdad como objeto de creación y de distribución.

No es que la Universidad sea un proyecto sin constreñimientos, sin encarnación, sin conflictos, sino que su ser profundo permanece oculto a quien olvida que su propósito fundamental está asociado a la verdad y a la libertad en comunidad.

Esto es lo que aproxima a los medioevales de París con los salmantinos del Siglo de Oro, con los renanos del XIX y los universitarios mexicanos de hoy: el cuidado comunitario por la verdad y la libertad. Siendo el objeto al que apuntan las voluntades el saber, el tiempo y la geografía de la actividad univer-

sitaria no podrían ser otros que los del mismo saber. El saber vincula en su progresivo despliegue a pasadas generaciones, acaso ya olvidadas, y que constituyeron los principios de la ciencia y de la cultura, con las generaciones presentes ocupadas en retomar y desarrollar el proyecto de humanizar al mundo por la palabra, por el logos. El saber no reconoce ni razas ni fronteras; crece en la libertad; expresa el modo específicamente humano de apropiarse de la naturaleza por la cultura. De ahí se constituye la distinción entre cultura y natura; ahí se asienta el ideal racionalizador de la universidad. Por ello la universidad, como el saber, es un proyecto en despliegue que se realiza en el diálogo, en el reconocimiento, en el respeto, más que en la tolerancia. Así, la Universidad es también la patria de la palabra que enmudece bajo la coacción, la cancelación del disenso, el atropello a la pluralidad.

Así se entienden las luchas de los universitarios: decisión firme de animar las actividades académicas con los modos y el espíritu libérrimo de la corporación de maestros y alumnos. ¿Cómo explicarse los afanes, las batallas y las penurias de la universidad y de los universitarios sin considerar la decisión, el propósito, el tenaz esfuerzo por enseñar y aprender, investigar y difundir en la verdad y en la libertad?

Claro que la mexicana es una universidad encarnada en su tiempo: bullen en sus aulas jóvenes deseosos de incrementar la calidad de sus vidas; escrutan en sus bibliotecas y laboratorios universitarios entregados a sus pesquisas particulares; penden de su acción propósitos nacionales; surgen de sus trabajos críticas severas; incluso actúan en su seno fuerzas que apetece en su peso en el saber sino su posición estratégica en la sociedad... Pero la fidelidad al propósito, la lealtad al saber, cobran inteligibilidad: se trata de una comunidad académica, de una universidad.

Como Sierra lo deseaba, nuestra institución es *nacional*. Así lo demuestran sus hombres y sus obras. Nuestra institución está presente en la batalla por el desarrollo, lo mismo que en la lucha por la independencia; no es ajena ni a las causas de la justicia ni al ejercicio de las libertades.

De ello dan testimonio las obras de sus egresados lo mismo que el impacto de sus trabajos. Corrientes, tendencias y organizaciones han encontrado clarificación de conflictos y elucidado los términos de contradicciones en sus libros, en sus enseñanzas. Movimientos e instituciones se han nutrido con la labor de profesionistas formados en la universidad. El papel de la Casa de Estudios es grave en todos los rincones: por la investigación científica y sus resultados, la crítica social y sus aportes, las letras y las artes, la labor editorial y las bibliotecas, la dimensión de la Casa de Estudios es nacional.

Cerca de 400,000 pasantes han egresado desde su reinstalación y, de ellos, 160,000 presentaron examen profesional. A penas en los últimos siete años han egresado de sus aulas 130,000 bachilleres, presentado examen profesional 66,000 de sus cerca de 130,000 egresados y concluido estudios de posgrado más de 7,000 egresados de especialización, maestría y doctorado.

La Universidad ha podido asegurar una dimensión nacional a la inspiración e irradiación de sus trabajos: presente en la generación de nuevas instituciones de cultura superior, colaborando con las universidades de las entidades federativas, auspiciando proyectos que se ubican en el país entero.

Ello es posible precisamente porque la institución es universidad y es nacional. La contribución de la universidad debe rebasar el momento de la aflicción impotente y traducirse en saber eficaz. No se conquista mejor la realización de la univer-

* Discurso pronunciado por el Secretario General Académico de la UNAM, Dr. Fernando Pérez Correa, con motivo de la inauguración del Congreso de Docencia Universitaria y el Coloquio Internacional convocados para conmemorar el Cincuentenario de la Autonomía Universitaria.

sidad con un compromiso sin saber que sin un saber sin compromiso.

En el presente, las afinidades entre el ser nacional y el ser universitario de la Casa de Estudios se concretan en el compromiso de la Universidad con la proyección social y la superación académica. Este esfuerzo de la comunidad, convocado por el Rector, pone de manifiesto el carácter complementario de las dimensiones universitarias.

Sin superación académica, es decir, sin competencia fundada en el saber, el ánimo transformador es impotente. El compromiso con el cambio, el afán de incrementar la calidad de la vida de los mexicanos, el celo por la independencia nacional, deben traducirse, en la universidad, para ser más que tareas impracticables, en respeto y compromiso con los ritmos y los modos del saber. Mejor ciencia, mejor arte, mejores humanidades, son la resultante de una vida académica seria, disciplinada, comunitaria, libre.

Inversamente, la superación académica sin dimensiones, sin propósitos, sin ciudadanía, no puede animar tenaz, permanentemente la empresa concertada de la comunidad; es un solipsismo vacuo y efímero.

La Universidad Nacional es autónoma; es decir, a la comunidad académica se le ha confiado el cuidado de su gobierno interno, la definición de sus planes y programas, la gestión de su patrimonio y el ejercicio de sus fines.

Enseñar y educar en el nivel superior han sido considerados como una tarea delicada que no puede estar sometida a otro cuidado que el de quienes realizan la educación enseñando y aprendiendo. La investigación no admite otro rumbo en su desarrollo que el rumbo libre de su propio despliegue. Igual ocurre con la cultura. Reiterémoslo: ha sido confiado al saber el gobierno del saber. La autonomía es hoy un trazo esencial del pacto social entre la nación y la universidad: es la responsabilidad orgánica de enseñar, investigar y difundir el saber libremente.

Ello significa, negativamente, que no pueden intervenir en los proyectos, planes y programas de la universidad, instituciones, fuerzas, organizaciones o movimientos, cualquiera que sean, distintos de la voluntad orgánica de la universidad; y que la universidad no puede abandonar la vía del planteamiento académico en la inscripción de su quehacer con el quehacer nacional. Positivamente, ello significa que la universidad puede y debe irradiar su acción a todos los ámbitos mediante el aporte del saber, que en todo rincón hará presente la fuerza de la razón y nunca la razón de la fuerza.

Es a la comunidad académica orgánicamente constituida, a la corporación de maestros y alumnos a quien se confía la autonomía. Al margen de sus respectivas asociaciones libres que inspiran los más diversos propósitos, los maestros y alumnos se constituyen a través de órganos diversos en la voluntad orgánica de la institución, en la autonomía en ejercicio. Nunca, ante nadie, este perfil esencialísimo de la libertad universitaria será alienado.

La autonomía es pues la atribución de cumplir libre y responsablemente con los fines de la universidad; es el compromiso de no usar la universidad para otro propósito y de no limitar la libertad de los universitarios en dicho ámbito.

Por su constitución orgánica y por sus fines, pues, por sus modos de trabajo y por sus cuidados, nuestra casa de estudios es Universidad, es Nacional, es Autónoma.

Cierto que hoy se expresan en su seno la multiplicidad de sus potenciales y de sus dimensiones. La significación de la universidad es crucial para el desarrollo, para la crítica, para la movilidad social, para la conformación de vocaciones personales y, por qué no decirlo, para la promoción gremial de quienes viven de ella. Pero esos son los ámbitos históricos en los que la universidad se desenvuelve, la trama de su acción. Ello se ha traducido en adaptaciones progresivas a los modos que cobra la proyección social; a la reconciliación entre los intereses de los alumnos por practicar una profesión y los de la universidad por impartir educación; a la reconciliación entre los derechos de la universidad a enseñar y los de sus trabajadores a promover sus intereses. Son precondiciones para el ejercicio comunitario



del libre saber y no alteraciones o enajenaciones de los fines primordiales.

De ahí la importante historia de las estrategias universitarias de la enseñanza que pasan de la escolaridad guiada y juzgada a la evaluación de destrezas para el saber; de ahí el pasaje progresivo de la enseñanza como derecho del aspirante a la enseñanza como responsabilidad que la universidad comparte con el sistema educativo; de ahí el tenaz esfuerzo por actualizar los reglamentos que confieren organicidad a los esfuerzos; de ahí, en suma, el propósito de asegurar en todo momento a la comunidad formas adecuadas de constituirse en la universidad en ejercicio.

La historia reglamentaria de la universidad, como su historia administrativa, constituyen signos inequívocos de la vitalidad de una institución que ejerce con plenitud sus fines empleando el instrumento del saber. Así es también la historia de la conflictiva institucional: disponibilidad para cambiar en lo secundario y decisión de permanecer en lo fundamental: lo académico, lo nacional, lo autónomo, libremente.

Señor Rector:

A partir del día de hoy y hasta el jueves próximo, las escuelas y facultades hacen un alto en el camino para aplicar el saber a la impartición del saber. Se trata de un momento de información y de reflexión que permitirá, seguramente, precisar nuevos avances en los frentes de la superación académica y la proyección social. La Universidad se centrará transitoriamente en una reflexión sobre sus logros y sus fracasos para evaluar el trabajo docente.

Al mismo tiempo, quienes dedican su esfuerzo a la enseñanza y a la investigación sobre la atención a la función educativa, se reunirán con distinguidos colegas extranjeros para presentar un panorama de sus trabajos y discutirlos sometiéndolos al juicio crítico.

En ambos casos se trata de un modo de ejercer la academia autónoma para conmemorarla; de suscitar el tema universitario, con modos universitarios para festejar el cincuentenario de la autonomía, convencidos de que esta prerrogativa debe ejercerse para defenderse.

ENCUESTA SOBRE UNIVERSIDAD Y CULTURA

- 1 Una de las funciones asignadas a las universidades ha sido la de preservar, transmitir y producir la cultura. ¿Cómo cree que estas labores puedan desarrollarse en la realidad enteramente nueva del México de los años ochenta?
- 2 Frente al avance de la ciencia y la tecnología y frente a la politización de la comunidad universitaria, ¿piensa usted que está en crisis la difusión de la cultura?
- 3 ¿Cómo cree usted que puede elevarse el trabajo de la extensión universitaria en lo que ya no es privilegio de unos cuantos sino universidad de masas?
- 4 Ante el nuevo mundo que nadie previó pero que ha crecido ante nuestros ojos, ¿cómo puede crearse un nuevo concepto a la creatividad artística en la universidad?
- 5 En la universidad crítica y autocrítica del presente, ¿qué papel deben desempeñar las actividades vinculadas a la difusión de la cultura?

JAIME GARCÍA TERRÉS

A este cuestionario sólo puedo ofrecer una respuesta global. Durante los largos años que estuvimos en Difusión Cultural nunca llegamos a plantearnos, y menos de manera tan sistemática y burocrática, este tipo de preguntas. Esto por la sencilla razón de que si se pone uno a filosofar sobre el trabajo, en vez de trabajar todo se va en ideas abstractas y en gigantescos planes que no alcanzan nunca su realización.

Tres son las virtudes que deben presidir la difusión de la cultura: imaginación, pasión, cultura suficiente. Si se tienen estas virtudes, y ganas de trabajar, lo demás viene por añadidura. Basta partir de lo que se debe hacer, cotejarlo con lo que se puede hacer, y ponerse en marcha con la mayor elasticidad mental y buena voluntad posibles. Si esas virtudes faltan en cambio, no hay doctrina ni encuestas ni divagaciones filosóficas que ayuden a sustituirlas.

LEOPOLDO ZEA

1) La Universidad, como es sabido, tiene tres funciones, docencia, investigación y difusión de la cultura. En este último aspecto la Universidad no sólo preserva, sino que, como su pregunta lo indica, transmite y produce. Es por la difusión que la Universidad regresa a la sociedad lo que ha recibido de ella reelaborándolo. La sociedad en su más amplio sentido, de la cual toda auténtica universidad ha de nutrirse para transformar lo recibido y regresarlo a su donador que, de esta forma se va enriqueciendo. La Universidad, que se nutre de la sociedad a la vez que nutre a ésta, creando y recreando cultura. Ahora bien, la capacidad de recreación de la cultura recibida, como la capacidad para donar lo enriquecido a la sociedad donadora, descansa en un principio que es vital para esta función, la de la autonomía. La autonomía como expresión de esa ineludible libertad que permite el cambio dentro de la cultura. La autonomía, no frente a la sociedad, sino al servicio de

ella. La autonomía que impide el anquilosamiento, el empacho, y con ello hace posible el permanente rejuvenecimiento de la sociedad de la que la Universidad es expresión y motor.

Respecto a México la capacidad recreativa de su cultura es de especial importancia porque de ella se deriva algo más que la pura recreación cultural, propia de las sociedades llamadas desarrolladas. Se deriva el cambio, el cambio de una situación impuesta a sociedades como la nuestra, a una situación que pretende ser la negación de la situación impuesta y expresión de la anhelada libertad. En este sentido, la realidad que vive el México de los años ochenta, es una realidad en la que sus anhelos de cambio, de libertad, resultan ser comunes con los de otros muchos pueblos. Pueblos que, como el mexicano, hacen de la recreación de su cultura, expresión de su propia recreación, de su cambio; del paso de una relación vertical de dependencia a lo que ha de ser una relación horizontal de solidaridad. El atender a esta ineludible relación de México con otros pueblos de la tierra en situación semejante a la suya; comprenderla y asimilarla a través de la Universidad, será una expresión más del ineludible enriquecimiento de sociedades como la nuestra.

2) Creo que está en crisis la difusión de la cultura en la forma en que ésta era entendida en pasado todavía inmediato. La llamada cultura de elites, desarraigada de sus ineludibles fuentes sociales. Es este tipo de difusión de la cultura el que está ahora cuestionado. Cuestionado por una realidad que ha irrumpido en las universidades y en todos los centros de cultura por excelencia. La tecnología de nuestros días ha abierto posibilidades de difusión cultural nunca imaginadas, anulando falsas prerrogativas. Abriendo un extraordinario abanico de posibilidades culturales que trascienden las de las supuestas elites. Posibilidades de elección que, obviamente, crean nuevas necesidades de selección. Pero selección libre frente a esas posibilidades. Mayor libertad de elección que implica, a su vez, capacidad crítica, discusión previa a toda selección. Expresión de la misma lo es la llamada politización de las universidades. La universidad recibiendo para asimilar y regresar lo asimilado. Asimilación a partir de una actitud crítica que selecciona al recibir y seleccionar al regresar. Que sabe de donde proviene lo que recibe y sabe cómo ha de enriquecer lo recibido. Doble función universitaria que se presenta como politización. Politización en su sentido original, el de la polis, en cuya ágora lo recibido era sometido a la crítica que lo enriquecía. Es en este sentido que está en crisis la vieja idea de difusión cultural de unas elites hacia otras. La universidad actual, por el contrario, puede ahora cumplir con mayor eficacia su función difusora, vista como el regreso a la sociedad de lo que de ella ha recibido, pero enriquecido por la crítica que ha de serle natural.

3) Quienes entienden la cultura como un privilegio elitista han insistido mucho en la llamada cultura de masas y en la cultura popular. Dos formas de cultura que implican dos formas de humanidad: la de los selectos y la de los que no han sido objeto de selección y forman parte del montón. Y es en función de esta doble idea de humanidad que se pretende difundir la cultura. Cultura de elites y cultura de masas o, demagógicamente, popular. La primera difícilmente al alcance de la segunda, por no decir imposible; la segunda como algo naturalmente extraño al selecto y exquisito espíritu de la primera. No se piensa que la masa, como el pueblo, están formadas por individuos concretos, como usted y como yo; por individuos capaces de seleccionar, de elegir, de asimilar múltiples expresiones de la cultura y no sólo las que se supone están a su limitado alcance. Actitud paternalista, expresión de un com-

plejo de superioridad por el que unos individuos se consideran superiores a otros. Sin poder ver en los otros expresiones de individualidades semejantes a las propias.

Una difusión cultural que no descansa en este prejuicio ha de partir de la idea de que la misma tiene que llegar a múltiples individuos concretos, con su ineludible personalidad, con independencia del desarrollo que la misma haya alcanzado. Individuos capaces de recibir y seleccionar lo recibido de acuerdo con esa personalidad. Habrá que pensar en estos individuos, en múltiples, en millones de individuos que, a través de los poderosos medios de difusión de nuestros días, esperan el mensaje cultural para realizarse. No una masa amorfa, sino individuos entre individuos. Es a éstos que habrá que ofrecer el más amplio abanico de expresiones de la cultura, sin prejuzgar sobre su capacidad de recepción de los mismos. Sin pensar que esta o aquella expresión de la cultura, sólo está al alcance de unos cuantos. Abanico de posibilidades culturales que al ser objeto de selección darán origen a múltiples formas culturales a través de los individuos que los reciben. En este sentido, no hablar tanto de universidad de masas como de universidad al servicio de todos y cada uno de los individuos que forman la sociedad de la que es expresión la universidad. Universidad atenta a recibir las expresiones culturales de esos múltiples individuos, reelaborando lo recibido para regresar a las mismas formas enriquecidas de su propia e ineludible actividad cultural.

4) Creo que he contestado esta última pregunta en mis respuestas anteriores. El mundo ha crecido porque ha crecido el número de sus individuos, como ha crecido, igualmente, la posibilidad de comunicación entre ellos sin dejar por ello de ser individuos. El problema de nuestros días, el de las últimas décadas lo es, precisamente, el del respeto que ha de guardarse a estas individualidades, por grandes y múltiples que ellos sean. La idea de masa, en la que se pretende resumir esa multiplicidad de individuos, proviene, precisamente de quienes buscan su manipulación. La masa es lo manipulable, lo que puede ser sometido a ésta o aquella individualidad que, por este motivo se sitúa sobre toda otra posible individualidad. Cultura de masas es, precisamente, aquella con la que se pretende manipular a los múltiples individuos que se supone la forman. Manipulación política y manipulación económica mediante la masificación de los individuos que forman las sociedades. Manipulación que hace que todos los individuos se identifiquen entre sí, consumiendo determinados productos y obedeciendo determinadas consignas. En este sentido difusión cultural para masas, sólo crea hábitos que posibiliten su manipulación.

La Universidad, por ello, si ha de cumplir su misión formadora de individuos creadores y recreadores, ha de enfocar la difusión de la cultura en este sentido, esto es, haciendo de los individuos fuente permanente de recreación cultural, artística, mental, científica. Ofreciendo a cada individuo una amplia gama de posibilidades culturales y artísticas; a través de las cuales estos individuos puedan realizarse como tales. Sin que esta realización implique abstracción o negación de la sociedad de que son parte tales individuos. Haciendo de cada individuo, un receptor y un recreador de lo recibido de los otros. Receptor de las peculiaridades de los otros, sin renunciar a la propia peculiaridad, enriqueciendo esas múltiples expresiones de lo peculiar de otras individualidades tan dignas de atención como la propia.

5) La universidad crítica y autocrítica del presente no es sino expresión de la capacidad crítica y autocrítica de sus múltiples miembros. Crítica y autocrítica que hace hacer de la universidad el punto de partida de la necesaria y permanente recreación de la sociedad de la que es expresión. Por lo que se refiere a la universidad mexicana es el necesario punto de partida para el cambio de la vieja situación de dependencia de que hablamos. Pero no, por supuesto, la universidad beligerante, al servicio de ésta o aquella ideología, de éste o aquel partido político, sino la universidad que somete a crítica el mundo y la sociedad que le rodea para transformarlos, a partir de tal crítica pero sin negar o anular su propia capacidad crítica; sin permitir que esta capacidad pueda ser manipulada. La acción política no es ya función universitaria, aunque la misma pueda

ser hecha por universitarios. En este sentido la difusión de la cultura hecha por la universidad ha de hacer patente esta su función recreadora, de cambio, a partir del conocimiento crítico del mundo y la sociedad de la que es parte. Ha de encarar la problemática de la realidad, de la que ha de partir, mostrando críticamente sus posibilidades e impedimentos de cambio, allí donde el cambio ha de considerarse necesario, para de esta forma recrear lo creado, cambiar lo recibido en un movimiento dialéctico que permita hacer de sociedades como las nuestras, sociedades libres de toda dependencia que le sea extraña, formadora de individuos creadores de tal cambio.

DIEGO VALADÉS

Una de las funciones asignadas a la Universidad ha sido la de preservar, transmitir y producir cultura. ¿Cómo cree que estas labores puedan desarrollarse en la realidad enteramente nueva del México de los años 80?

Es muy difícil predecir cuál será esa "realidad enteramente nueva de México en los años 80". El proceso de difusión cultural en las universidades no puede dissociarse de un marco de referencia más amplio constituido por una política cultural nacional. Y hasta el momento no se ve claramente que exista una política en este sentido, como tampoco la hay —por lo menos en los términos de audacia que las condiciones actuales harían necesario— una política de orden científico. Esto no quiere decir, por supuesto, que estén cerradas las posibilidades para el desarrollo cultural de los mexicanos; todo lo contrario, esas posibilidades están abiertas en México como no lo están en la mayor parte de nuestro hemisferio. Existe un ambiente de verdadera libertad que permite pensar y expresarse sin cortapisas; lo que no existe es una definición de lo que en el orden cultural México quiere y puede. Por lo mismo, los esfuerzos institucionales que se realizan son desiguales e inconexos entre sí.

Lo que se requerirá, y de hecho se requiere hace largo tiempo, es articular, dentro de una política cultural nacional, los esfuerzos que en ese sentido realizan de manera individual diferentes instituciones en la República. Los pasos que se han dado son cortos y pocos; es menester mayor decisión y menores prejuicios; sobre todo menores prejuicios, porque se ha generado la tendencia de creer que una de las formas políticas de proteger el ejercicio de la autonomía es mantenerse al margen de programas que puedan tener implicaciones de carácter general.

En todo caso, habrá que tener mucho cuidado con la marcada proclividad tecnocrática que en muchos lugares comienza a aparecer. Por lo mismo, las tendencias en el sentido de "evaluar o definir parámetros" y hacer planteamientos "dentro del contexto", substituyen a una auténtica política de carácter cultural. En realidad, el impacto que la cultura produzca en el medio social no se puede cuantificar tan alegremente como se quisiera.

Frente al avance de la ciencia y la tecnología y frente a la politización de la comunidad universitaria ¿piensa usted que está en crisis la difusión de la cultura?

La difusión de la cultura hace frente a múltiples problemas, pero no necesariamente por el avance de la ciencia y de la tecnología, ni por la politización de la comunidad universitaria; acaso por esto último menos que por cualquier otra razón. La politización entre los universitarios no es, a decir verdad, un dato característico de la colectividad; es, cuando mucho, una manifestación aislada de pequeños grupos y esto es lamentable, aunque no privativo de la universidad mexicana, ni siquiera de la universidad latinoamericana. Está demostrado que el índice de participación política de los jóvenes universitarios, en el mejor de los casos, apenas alcanza a un pequeño porcentaje del total de la comunidad. De ser otra la actitud de los universitarios,



de elevarse en efecto el índice de politización, las respuestas ante estímulos externos y ante demandas internas, serían mejor articuladas, serían más responsables y se plantearían en términos de mayor comprensión por las realidades sociales.

No creo que la difusión de la cultura esté en crisis; ocurre simplemente que se han venido repitiendo, de manera rutinaria, los procedimientos en vigor hace ya largos años, y a veces se incurre en confusiones de cierta relevancia. Por ejemplo, no siempre se distingue entre cultura e información, entre cultura e ideología o entre cultura e imitación; y así se le da el ropaje de lo cultural a cosas que son sólo uno de sus componentes.

En este sentido —y quizá mi opinión sea muy heterodoxa— también conviene señalar los puntos negativos que nos dejó 1968.

Como casi todos estamos hechos a la complacencia, pocas veces nos atrevemos a disentir, máxime cuando de un acontecimiento hemos hecho tabú. Todos recordamos la fiebre chauvinista que se desató en la segunda mitad de aquel terrible año; fiebre alentada, sobre todo, por el sector oficial mexicano. Fue entonces cuando se dijo que no era necesario pensar en modelos extranjeros ni en héroes de otras nacionalidades, teniendo entre nosotros el modelo revolucionario de 1910 e innumerables y epónimos héroes. La verdad, esa manifestación de xenofobia y chauvinismo, que desde luego no es imputable a los protagonistas del movimiento, pero que sí fue consecuencia del movimiento, generó una triste reacción y, a partir de entonces, hay mexicanos vergonzantes, para quienes lo apropiado es ignorar lo propio. Y es que al querer exponer nuestros valores como un dique político de contención frente al movimiento de 68, ofrecimos tales y tan vulnerables muestras de localismo, que lo nuestro se derrumbó ante un contraste tan innecesario como imposible.

Convendría, por lo mismo, pensar en un nuevo arriago de la

cultura mexicana, sin que esto suponga, desde luego, volver la espalda a la cultura universal. Si viéramos el elevado nivel de ignorancia que acerca de nuestra historia, de nuestro arte y de nuestra filosofía existe aún entre los universitarios, sería fácil aceptar esta proposición.

Y por cuanto hace a la necesidad de difundir la ciencia y la tecnología, particularmente en la década por venir, debe encasarse dentro de un proyecto articulado que lleve a la formulación de un más amplio plan: el del desarrollo científico del país. De otra suerte, al incidir sólo en el capítulo de la actualización por la moda, no haríamos otra cosa sino repetir el curioso papel de Bouvard y Pécuchet, que tan bien describió Flaubert.

¿Cómo cree usted que puede elevarse el trabajo de la extensión universitaria en lo que ya no es privilegio de unos cuantos sino universidad de masas?

A este respecto quiero hacer dos precisiones: una, quizá más que universidad de masas, habría que hablar de universidad masificada, que son conceptos distintos. El primero correspondería a una institución de cultura que se desarrolla dentro de una sociedad de masas; pero no siendo éste el caso de la mexicana, la utilización del término resulta, desde mi punto de vista, inadecuada. La universidad masificada, por el contrario, atiende sólo al volumen desmesurado de la población universitaria.

Una precisión más: el esfuerzo de extensión universitario no se contrae al ámbito interno de la comunidad universitaria; por el contrario, supone la participación —y esto es, quizá, lo más relevante— de elementos ajenos a la propia comunidad. La extensión universitaria constituye una de las formas de interacción entre la sociedad y la universidad; de interacción tan necesaria como fecunda. Por lo mismo, la extensión universitaria, sean cuales fueren sus características intrínsecas, no puede, por definición, ser “privilegio de unos cuantos”.

Con todo, hay un aspecto que debe subrayarse y que si no es contemplado con detenimiento puede ocasionar distorsiones en el proceso de extensión universitaria: no todo lo que se realiza como labor de extensión tiene por objeto propagar formas culturales. En muchas ocasiones todo lo que se pretende, y es legítimo pretenderlo, consiste en alentar la labor creativa de alguno o de algunos. En este caso lo importante de la labor extensionista no es el público ni son los lectores; son los actores y los autores.

Entiendo muy bien que plantear las cosas así expone, a quien lo hace, a que se le llame con muchos nombres; pero la verdad, por lo menos lo que cada quien considera así, no debe ser velada sólo para participar en un proceso general de concesiones verbales. La difusión de la cultura y la extensión universitaria, en un sentido más amplio, tiene mucho que ver con la propagación de las artes y de las ciencias y en este sentido importa el público; pero también tiene que ver con el desarrollo individual de quienes participan en la creación, y en no pocos casos tiene que ver no con un público indeterminado sino con destinatarios muy bien definidos. En esta medida, la extensión universitaria tiene un carácter estrictamente individualizado, aunque no de privilegio, por paradójico que esto parezca.

De acuerdo con eso es posible explicar que en el caso específico de la UNAM, al tiempo que se promueven numerosos ciclos de conferencias, también se ha cultivado el sistema de los talleres, en que no importa el número de los participantes o, para mejor decir, importa que ese número no sea grande.

Por lo mismo, el trabajo de extensión universitaria se puede fortalecer si se tiene tan presente a los protagonistas como a los destinatarios de esa extensión. Ambos representan un binomio imprescindible; binomio que justifica la labor de extensión. La Universidad cumplirá con su labor de extensión aun en aquellos casos en que sólo auspicie el trabajo silencioso y reservado de un artista o de un escritor; aun cuando el objetivo inmediato de ese apoyo no se traduzca ni en publicaciones ni en exposiciones. Por el contrario, no por dirigirse a un gran público la labor de extensión ha de ser necesariamente relevante.

Ante el nuevo mundo que nadie previó pero que ha crecido ante nuestros ojos, ¿cómo puede crearse un nuevo concepto de la creatividad artística en la Universidad?

Quizá ese nuevo mundo no fue previsto, pero seguramente ese nuevo mundo es o será el resultado de lo que hasta aquí se ha hecho. En todo caso, el problema fundamental a que es necesario hacer frente es que el espíritu creativo no se agote; por lo menos, a que no se deje invadir por el conformismo.

Ese es un peligro cierto. Ya se sabe, y bien, que la cultura tipográfica generó una tremenda pasividad; esa pasividad se ve potenciada ahora por los medios electrónicos de difusión. En México estamos entrando en una era de substitución similar a la que ya se ha dejado sentir en los países de mayor desarrollo industrial y cultural —cosas que van muy de la mano— y que consiste justamente en querer utilizar exhaustivamente los medios masivos de comunicación dentro de un proceso de difusión de la cultura. En realidad, si no se tiene cuidado con esto, más que difundir cultura se vulgarizará el saber y más que estimular la creatividad se alimentará la pasividad.

Es evidente, por lo demás, que en México vivimos una peculiar etapa de rezago creativo. Comparada esta década que está por terminar, con la segunda, tercera y cuarta de nuestro siglo, se verá cuán pobre es el contraste que hoy ofrecemos. Algo o mucho del espíritu creativo que resultó después de la revolución mexicana se ha perdido. Basta para ello echar una ojeada a la prensa o a la producción bibliográfica de los últimos años para constatarlo. El impulso merced al cual todos proponían algo, ha sido reemplazado por la actitud de algunos que critican todo.

Quizá el espíritu creativo está aparejado con la historia de nuestras pasiones y hoy, por tener a estas tan acalladas, tampoco poseemos aquél. Esto, en todo caso, no es sino una conjetura. Lo real, lo constatable, es que padecemos una profunda languidez creativa.

La Universidad sólo puede contribuir de una forma para superar ese espasmo nacional: garantizando, mediante la labor que su autonomía permite, el desarrollo incondicionado de todas las manifestaciones artísticas. Y aquí debo hacer una justa referencia a la administración del Rector Guillermo Soberón. Como Director General de Difusión Cultural fui testigo del profundo entusiasmo que para él representó el proyecto del Centro Cultural. Después de haber dejado yo ese cargo, he visto también su decidido apoyo para la construcción del centro del espacio escultórico. Quienes conocen otras universidades saben bien que un Centro Cultural como el de la Universidad Nacional no existe en ninguna otra institución análoga. La empresa universitaria es, ciertamente —y lamento tener que decirlo yo mismo— muy encomiable.

Debo precisar también —aunque esto me lleve a extenderme un poco — que la concepción del Centro Cultural no correspondió a un proyecto aislado y grandilocuente; fue, por el contrario, parte de todo un programa merced al cual fue restaurado el por muchos años abandonado Museo del Chopo; fue construido un nuevo edificio para Radio Universidad; fueron ampliadas las instalaciones de Casa del Lago y se estableció una delegación de difusión cultural en el también recientemente restaurado Palacio de Minería. También se inició el proceso de intercambio con universidades del interior, y se propuso la construcción de una cadena nacional de radiodifusoras universitarias. Así el proyecto se concibió de acuerdo con la necesidad de llevar, tan lejos como para la Universidad era posible, las manifestaciones de culturas generadas en esta Casa de Estudios. El Centro Cultural fue sólo una parte, si bien la más representativa, de este ambicioso programa.

En la universidad crítica y autocrítica del presente, ¿qué papel deben desempeñar las actividades vinculadas a la defensa de la cultura?

El concepto de universidad crítica es uno de los que se han prestado a los mayores fraudes culturales. Si esta afirmación parece grave, la realidad que traduce lo es más. Refugiados en un presunto criticismo, muchos han confundido el *slogan* con



el concepto y el prejuicio con la certidumbre. Amparados en ese criticismo también han querido generar modelos homogéneos de cultura que se oponen virtualmente al ambiente de libertades sin el cual cualquier proyecto creativo es ocioso.

El ejercicio de la crítica, ejercicio necesario en las universidades, debe hacerse a la vera de la cultura y no a la zaga de la política. La Universidad debe formar hombres críticos, vale decir, hombres cultos; de otra manera, hablar de la crítica es algo meramente demagógico.

Todos sabemos que en México hay una profunda necesidad de crítica literaria, política, filosófica, artística. Se quiere que la Universidad sea crítica, pero los universitarios no. Y la verdad, no puede serlo aquélla sin serlo éstos y no pueden serlo éstos sin tener cultura sólida y universal. Así, estamos en un círculo vicioso en el que nuestra cultura es lánguida por carecer de crítica y nuestra crítica es precaria por faltarnos cultura. ¿Dónde romper el eslabón de la rutina?

Existe, por otro lado, una alternativa imposible: *misoneísmo* o *snobismo*, y eso es algo en que tampoco se debe incidir. Algo anda mal cuando muchos ven en lo clásico y en lo arcaico términos sinónimos.

Ahora bien, el número de actividades vinculadas a la difusión de la cultura es muy grande, tanto como el de las cualidades misma del ambiente dentro del cual la cultura nace y crece. En México tenemos realidades paradójicas, para no decir antitéticas; realidades tales como que dentro de la Universidad hablamos de cultura y nos preocupamos por ella a pesar de vivir en un ambiente urbano altamente agresivo para la cultura. Pocas ciudades de la dimensión de la nuestra son tan ajenas al arte y a la cultura. Hablar de ella en este páramo cultural no deja de ser de alguna manera exótico, aunque no deja de ser, por lo mismo, indispensable. Por eso, tampoco se debe incurrir en el error práctico que proviene de que nos representemos como verdadero un mundo que no lo es; y viceversa, neguemos por la abstracción lo que es una entidad real.

Después de todo y de tanto, lo único que se me ocurre reiterar es que debe hacerse una distinción y optar: o una cultura de subordinación o una cultura de liberación. La primera tiene mucho que ver con lo imitativo, la segunda con lo creativo. Quizá, aún a costa de los mayores riesgos, hay que correr el riesgo de ser creativos.

GERARDO ESTRADA

LA UNAM Y EL INBA

La historia de la cultura mexicana ha estado ligada, desde la época colonial, a la historia de sus Universidades. A partir de los regímenes revolucionarios, la Secretaría de Educación y más tarde, desde 1946, el Instituto Nacional de Bellas Artes, ha compartido esta responsabilidad, que hoy, más que nunca, debe ser concebida como una tarea primordial para el logro de los objetivos de un desarrollo social equilibrado, justo y con miras a una mayor integración nacional.

Parece obvio, sobre todo en una reunión como ésta, insistir en la importancia de la cultura dentro de la vida social, pero me parece que hoy, más que nunca, debe destacarse su significado, pues es una cuestión de vital trascendencia para el momento histórico que vive nuestro país.

En un momento en que las crisis sociales, derivadas de las crisis económicas, amenazan con explosiones violentas por parte de las grandes mayorías marginadas de los beneficios económicos y, en consecuencia, de la cultura y de la educación; en momentos en que el desarrollo tecnológico de los medios de comunicación ha fortalecido a quienes persiguen objetivos de manipulación y a la intervención de las grandes potencias en las naciones más débiles; en la situación en que estos mismos intereses presionan para que se desvíen nuestras formas de vivir, nuestras costumbres y nuestra historia en nombre de un proyecto abstracto para el futuro (y como dijera un novelista checoslovaco que recientemente estuvo en México —Milan Kundera— el gran trueque de la historia consiste en venderles a las naciones un futuro a cambio de su pasado); en estos momentos, pues, fortalecer los principios que funden nuestra nacionalidad con nuestra identidad histórica es tarea esencial, y eso es lo que se supone debemos hacer, quienes hemos asumido la responsabilidad de la difusión y extensión de la cultura.

Por otro lado, nunca como ahora, todos aquellos conceptos fundamentales, grandilocuentes, que un día adornaron los discursos políticos, son puestos en tela de juicio. Hay una crisis no sólo conceptual sino real de aquello que entendemos por cultura. A fuerza de identificar la cultura con la vida mundana y frívola de las clases privilegiadas, ésta parece convertirse en un adorno más de la vida multicolor de las páginas de sociales. En sus mejores momentos, la cultura parece ser la expresión folklórica mediante la que ciertos sectores encubren su mala conciencia frente a los grupos marginados.

A esta crisis habría que añadir el sentimiento de frustración, de desencanto que, frente a la actividad intelectual, existe hoy en el mundo. Se cree cada vez menos en que las posibilidades de la razón y del conocimiento científico puedan transformar la realidad que nos circunda. Hoy sabemos que no basta con proclamar el derecho a la educación para que, mágicamente la sociedad se transforme. Hoy sabemos que la lógica del capital, la del poder político, la de la dominación y la explotación rebanan constantemente la razón humana.

Razón esta última que no pretendemos definir en sentido estricto, pero que tampoco quisiéramos se entienda como el llamado a un humanismo abstracto, en el cual se haga tabla rasa de las desigualdades histórico-sociales. Lo que queremos es referirnos, simplemente, a ese intento milenario, objeto de la preocupación de filósofos, políticos, historiadores, etc., de buscar el bienestar de la humanidad.

En este panorama, que algunos calificarían de apocalíptico y al cual podrían sumar ciertamente muchísimos hechos más (que van desde el sentimiento de frustración que parece invadir a los habitantes de las grandes urbes, hasta la destrucción ecológica que a nombre del progreso hacemos) hay, sin embargo, un oasis de tranquilidad y de respiro, de confianza y optimismo que

los hombres encuentran al contemplar la belleza que ellos mismos han sabido construir. Bastaría quizá, con que en el fragor del tránsito cotidiano, el peatón pudiera detenerse a contemplar una hermosa fachada, a oír a un grupo de músicos callejeros interpretar alguna melodía, y pensar en que, de alguna manera, es posible sumar esfuerzos y encontrar nuevos caminos para combatir la fealdad, el desamor que parece rodearnos.

He aquí donde reside el reto y la fascinación frente a la tarea que nos ha sido encomendada.

Difundir la cultura es hoy en México una obligación social que, como ninguna, puede inscribirse en el marco de las decisiones que determinan el sentido de nuestra historia.

Pero precisamente por los problemas y los retos de que hemos hablado al principio, es que esta tarea, hoy complicada y difícil, requiere de toda nuestra imaginación y talento.

Con una población de 60 millones de habitantes, habitantes de los cuales son prácticamente analfabetas el 25% y funcionalmente analfabetas el 75%; con un porcentaje mínimo de población que tiene acceso a los centros de enseñanza superior; con sólo 260 librerías en todo el país, compitiendo con el poder enajenante y mercantil de medios de comunicación, cuyo objetivo único es el consumo, resulta doblemente difícil difundir la cultura. Pareciera, a primera vista, que México es un terreno fértil para estas tareas, debido a sus condiciones casi virginales. Sin embargo, no podemos olvidar que quienes más combaten la cultura, que quienes más la juzgan y la tachan de artículo de ornato son aquéllos que han propiciado, y se han visto favorecidos por estas situaciones de injusticia y quienes encuentran en la cultura un enemigo de sus intereses.

Las ideas y la sensibilidad sólo pueden fortalecerse y desarrollarse ahí, donde existen la libertad y la justicia.

La historia de la cultura está llena de relatos en la literatura y en la vida real, donde las acciones de grupos privilegiados, de dictadores de todo tipo, se oponen a las labores culturales, y que, primero que nada, cierran las universidades, persiguen a los actores y clausuran las imprentas.

Tampoco podemos pecar de ingenuos y olvidar que la cultura puede ser utilizada en un sentido inverso a sí mismo. No hay escenas más evidentes ni más contradictorias que aquéllas que nos muestran a los generales nazis gozando la música de Beethoven y de Wagner, interpretada por prisioneros judíos que pronto serán exterminados.

La obra creativa, a veces, sin ser ese su objetivo, sirve a fines destructores. Esta situación propone varias preguntas, que difícilmente podría yo solo contestar, y cuya respuesta, en última instancia, nos corresponde dar entre todos, pero, sobre todo, debería ser ofrecida por quéllos quienes pretendemos orientar o dirigir en nuestro trabajo.

¿Qué cultura difundir, cómo difundirla, con qué objetivos difundirla, a quienes dirigirla? Es a partir de estas interrogantes, sacadas a la luz en una reunión como ésta, que se comienza a plantear la posibilidad de un hecho que será altamente significativo en la historia cultural de nuestro país. La invitación generosa de Juan José Bremer para que en esta reunión de trabajo participe la UNAM, y el convenio firmado entre ambas instituciones y que comienza ya a dar sus frutos, demuestran el reconocimiento de que en la lucha de estas tareas no puede ni debe existir la competencia entre las instituciones cuya función y objetivos son no sólo compatibles y complementarios, sino hasta idénticos.

A veces, por situaciones que a mí me parecen mezquinas, se ha establecido una feroz competencia entre varias instituciones por presentar un grupo de baile, un concierto o por tener un

mayor número de espectáculos. Esta situación me recuerda mucho esa escena ridícula, si no dramática, que los habitantes de la ciudad de México hemos presenciado varias veces, cuando los socorristas de la Cruz Roja o de la Cruz Verde se disputan el derecho de atender un herido que agoniza.

Yo creo que persisten la ignorancia y la incultura en nuestro país, que hay poco reconocimiento a las tareas y a las labores creativas de millones de mexicanos; yo creo que hay una gran demanda por asistir a conciertos, teatros, conferencias, cines, discusiones; por aprender música, teatro, danza, etc. Luego entonces ¿por qué la competencia?

Esto sólo se explica cuando se pretende utilizar la cultura como un mecanismo de control y manipulación política o cuando se pretende usarla como una forma de relaciones públicas, de ascenso político o cuando lo único que se pretende es convertirse en bufones del príncipe.

Por eso, cuando instituciones como el Instituto Nacional de Bellas Artes y la UNAM, y seguramente esto es válido para las Casas de la Cultura y las universidades de provincia, se reúnen para intercambiar experiencias, para realizar proyectos comunes, estamos precisamente desmistificando la cultura dejando de convertirla en un privilegio y recuperando su sentido original.

La política descentralizadora del INBA, el fortalecimiento de las casas de cultura en provincia, que coincide con el interés de la UNAM por fortalecer su programa de intercambio, siguiendo las instrucciones del Rector de la UNAM, doctor Guillermo Soberón Acevedo, programa que en esta reunión me es grato anunciar que habremos de ampliar para 1980, a estas casas de la cultura, muestra la toma de conciencia de que no es posible pensar más en una cultura QUE SE DIFUNDE Y EXPANDE del centro a las comunidades de provincia, sino que parte de acoger la diversidad y la riqueza de nuestro horizonte cultural; de que no hay una cultura sino que hay diversas formas de expresiones culturales que corresponden a especificidades geográficas e históricas cuya expresión inicial está en los hechos de la vida cotidiana; nuestra forma de comer, de vestir, de construir nuestras casas, de hacer nuestra vida social y que se continúan en nuestras formas de cantar, danzar o utilizar la palabra. Se demuestra que, sin el reconocimiento de estas especificidades, a las cuales en nuestro tiempo habría que sumar los matices y las formas que determinan las vivencias de clase, no puede haber una política cultural moderna y eficaz para el momento histórico en que vivimos.

Pretender, como se ha pretendido en la arquitectura, copiar en las ciudades de provincia las barbaridades que a veces se cometen con la ciudad de México es el resultado de políticas culturales ciegas ante el carácter original y genuino de las otras regiones. Quizás, la tarea más importante de la difusión cultural sea hoy la del reconocimiento de las obras de los demás y de sus valores.

En este sentido, pienso que el trabajo de la UNAM y del INBA pueden enriquecerse mutuamente. La Universidad con sus peculiaridades estructurales puede construir y crear en un clima alejado de vicisitudes sociales y políticas, puede abstraerse del tiempo y dedicarse a tareas y a problemas cuya solución no es para mañana.

Nuestra forma de actuar es un compromiso a largo plazo, la larga tarea de investigar y crear sólo puede ser concebida con el privilegio de la autonomía. Pero, esto mismo que es una ventaja, puede operar en sentido contrario y de hecho a veces nos ha llevado a realizar cosas que están lejos de la realidad, ya no sólo inmediata sino a veces hasta sin un sentido de este desarrollo histórico del cual pretendemos ser los más fieles intérpretes y su vanguardia.

Un organismo como el INBA, en cuya función se inscribe la obligación del Estado de dar educación gratuita a todos los mexicanos y proporcionarles acceso a la cultura, fomentando y estimulando la creación y la investigación artística, así como educando en estas áreas a las nuevas generaciones, como un derivado lógico del Artículo 3o. constitucional, se encuentra enfrentando, todos los días, a demandas concretas, a problemas de solución inmediata, a buscar en su actividad las formas más eficaces de satisfacer las necesidades sociales. A través de sus

casas de la cultura cumple con la tarea de fortalecer y desarrollar estas expresiones a niveles regionales.

El Estado Mexicano ha confiado a dos instituciones estas tareas: a las Universidades y al INBA. Somos los responsables de que se cumplan los objetivos de: extender los beneficios de la cultura a un mayor número de mexicanos; de apoyar y proyectar más expresiones culturales locales; de fomentar y difundir la creación de obras de artistas mexicanos y, sin que esto sea explícito en ningún lado, de garantizar el clima de libertad y posibilidad de estas actividades en el contexto de las leyes que nos rigen. Somos el instrumento que el Estado ha creado para garantizar que todos los mexicanos tengan acceso a la cultura y a la educación.

Si no cumplimos acertada y eficazmente con estas tareas, si las convertimos en mecanismos de ascenso y competencia política y social, o peor aún, en formas de manipulación y control de acumulación económica, estamos desviándonos del objetivo fundamental para el que fueron creados.

Las vicisitudes de la política y de la sociedad, si bien no nos pueden ser ajenas, tampoco podemos permitir que se nos impongan y nos determinen. La creación y la difusión de la obra de arte, entendiendo por ésta, toda creación humana que trasciende los usos utilitaristas temporales, es la misión esencial de quienes difunden la cultura y ella no puede ser más fiel a su valor estético y a su valor social, que cuando esta fidelidad se cumple y no es subsumida a intereses determinados. Garantizar que esto pueda seguir existiendo en nuestro país es tarea que nos compete, porque no podemos caer en el juego de quienes lo usan para fines temporales.

Las Universidades y el INBA tienen ya un largo historial y una larga experiencia que ha producido enormes riquezas para México. Debemos pues, unir nuestros esfuerzos para lograr mejor estos objetivos. Podemos y debemos buscar el apoyo y la colaboración con otras instituciones.

No pretendemos ser los monopolizadores de la vida cultural, pero debemos ser, por nuestras características, quienes garanticemos con nuestra actividad institucional que los recursos económicos y humanos, que la nación genera, no sirvan a un solo interés político y social, sino que garanticen la pluralidad y la diversidad de estas experiencias culturales. La libertad de cátedra y la autonomía universitaria son principios de los cuales se pueden extraer experiencias válidas para estas tareas.

Del enfrentamiento cotidiano a problemas concretos que el INBA y sus Casas de Cultura realizan es necesario aprender, pues son ustedes los que viven de manera más directa las necesidades de los trabajadores, los campesinos, los ciudadanos comunes y corrientes. Cuando la labor de ustedes transforma poco a poco la vida de una comunidad, cuando comienzan a surgir grupos de música, teatro, danza por todos lados, es cuando la política cultural tiene sentido.

Para lograrlo me permito proponer que en el marco de reuniones como ésta, y en la que la semana próxima se llevará a cabo en Hermosillo, Sonora, entre los organismos de Difusión Cultural de las Universidades, se vayan discutiendo algunos temas que permitan que en un futuro próximo junto con otros organismos que hacen las mismas tareas, podamos proponer un modelo de política cultural que sirva de marco de referencia a nuestras actividades.

Paradójicamente, estoy convencido de que sólo habremos cumplido nuestras tareas cuando dejemos de ser necesarios. Cuando cada comunidad, cada grupo o institución social sea una meta generada de cultura.

Cuando cada ciudadano pueda desarrollar todas sus facultades y se cumpla el ideal del hombre que pesca, cultiva y pinta y canta.

Sabemos que el lograrlo depende de muchos factores que nos parecen ajenos, pero hoy, más que nunca, hay que estar convencidos que el poder creador del hombre es todavía superior a su potencialidad destructiva.

En esta lucha entre Eros y Tanatos, nosotros debemos ser combatientes de primera fila para lograr que el ideal del Siglo de las Luces se convierta en nuestros días en una realidad imperecedera.

GABRIEL VARGAS LOZANO

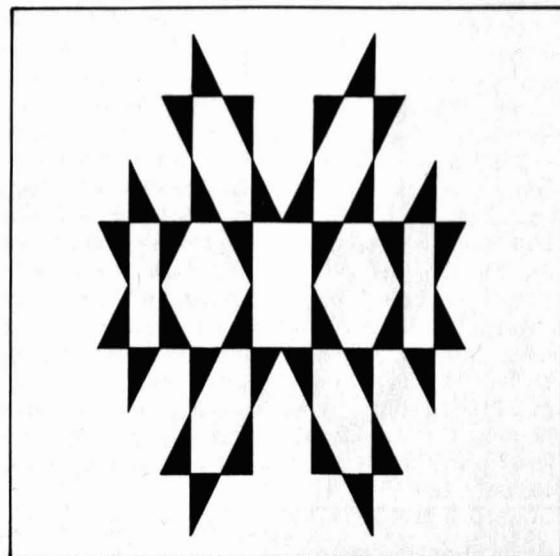
IDEOLOGÍA Y CIENCIAS SOCIALES

UNA PROPOSICIÓN SOBRE LAS RELACIONES
ENTRE LA IDEOLOGÍA Y EL PROCESO CIENTÍFICO SOCIAL

La relación entre la ideología y las ciencias sociales, constituye uno de los temas que mayor interés, pero también mayor controversia, ha despertado en la actualidad entre los estudiosos de la filosofía, la ciencia social y la cultura. La causa de este hecho, no sólo proviene de los problemas teóricos que enfrentan hoy las ciencias sociales en su aún corto y desigual proceso de constitución como tales; sino también de un conjunto de cuestiones derivadas de la función social que cumplen en una estructura social dada. Esta función social nos remite directamente a un problema que enunciado brevemente sería el de las relaciones entre conocimiento social y poder político.

Ahora bien, antes de abordar lo que consideramos son las claves fundamentales de la relación entre la ideología y las ciencias sociales, me parece importante señalar algunos de los grandes enfoques a partir de los cuales se ha examinado esta problemática:

En primer término, la relación entre la ciencia y la ideología ha sido abordada desde la óptica de la sociología. Los dos autores fundadores de esta temática son Karl Mannheim y R. K. Merton. Mannheim, en su *Ideología y utopía* buscó hace ya cuatro décadas, la clave de la especificidad de las ciencias sociales en la posición de clase del investigador. Su punto de partida es genético, perspectivista y relativista. Merton, en cambio, en sus trabajos hoy agrupados bajo el título de *Sociología de la ciencia*, parte ya de la distinción analítica entre la indagación de las condiciones del descubrimiento de la ciencia y las condiciones de validez de ésta. Uno de sus aportes fundamentales fue el de formular el paradigma que serviría para caracterizar el campo de la sociología de la ciencia y que estaría constituido por cinco puntos: 1. ¿Dónde está ubicada la base existencial de las producciones mentales? 2. ¿Qué tipo de producciones mentales se anali-



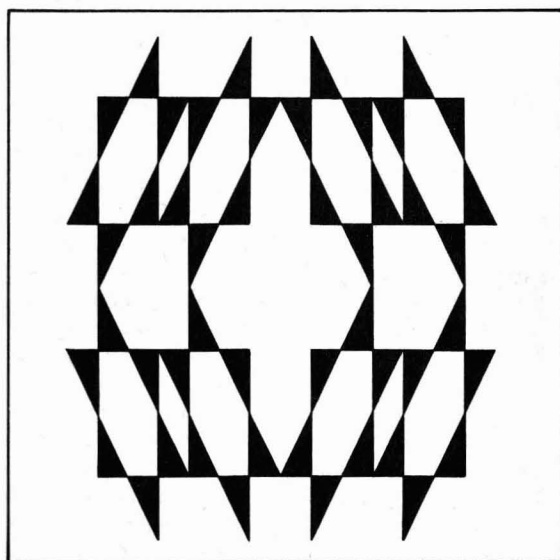
zan sociológicamente? 3. ¿Cómo se relacionan las producciones mentales con las bases existenciales? 4. ¿Cómo se responde a la pregunta de por qué están relacionadas? y 5. ¿Cuándo prevalecen las relaciones afirmadas entre la base existencial y el conocimiento? Merton consideraba asimismo, que los autores que más habían contribuido a elaborar este paradigma eran Marx, Scheler, Durkheim, Mannheim y Sorokin.

El segundo enfoque que consideraremos es el proveniente de la filosofía de la ciencia. Como es sabido, durante mucho tiempo se realizó la distinción entre historia de las ciencias y filosofía de las ciencias. Esta distinción ha venido siendo cada vez menos sostenible a partir de las tesis de Kuhn, Popper, Lecourt y Thackray, entre otros¹. Algunos de los temas que se han abordado son: la filosofía espontánea (ideológica) de los científicos; la construcción de la ciencia a partir de la ruptura con un campo ideológico anterior; las rupturas posteriores a la fundación de la ciencia con la ideología; el proceso de transformación de una explicación científica en ideológica, etc.

Por último, el tercer enfoque está constituido por la concepción semiológica, teoría apenas expuesta en la forma de hipótesis de trabajo. Algunos de sus representantes son M. Fichant, M. Pécheux y Eliseo Verón.

Para los dos primeros, el tema de la historia de las ciencias debe ser abordado a partir de un marco epistemológico constituido por la articulación de tres regiones: 1. El materialismo histórico como teoría de las formaciones sociales y de sus transformaciones, incluyendo la teoría de las ideologías. 2. La lingüística como teoría de los mecanismos sintácticos y de los procesos de enunciación conjunto y 3. La teoría del discurso como teoría de la determinación histórica de los procesos semánticos.

Eliseo Verón, por su lado, en su trabajo titulado



*Hacia una teoría del proceso ideológico*², realiza un análisis de las condiciones de producción, los modelos generativos y la manifestación ideológica. Como se desprende de lo anterior, detrás de la relación ciencia-ideología, se encuentra un universo de problemas que pueden ser abordados desde las perspectivas sociológica, epistemológica o semiológica. Pero más allá de todo este complejo de cuestiones, podríamos decir que los tres enfoques tienen en común la tarea de analizar tres puntos imprescindibles: primero, la definición del concepto de ideología; segundo, la formulación de una hipótesis sobre las posibles relaciones entre la ideología y las ciencias sociales; y tercero, el problema político que subyace en el fondo de toda sociedad y que constituye uno de los asuntos más agudos del debate contemporáneo.

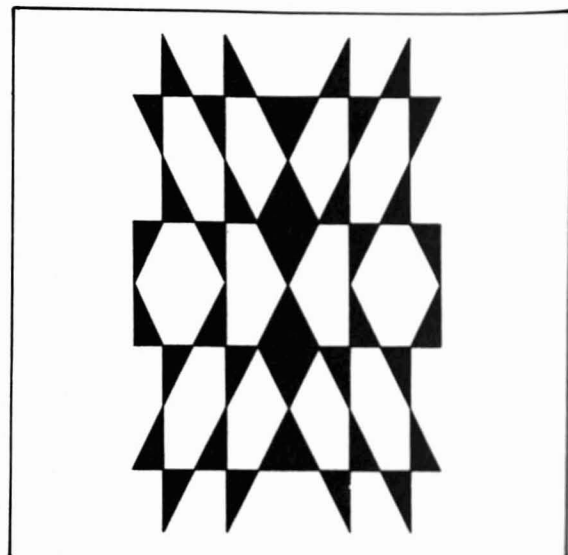
I. La ideología: problemas de definición

En torno a este punto, se han distinguido por lo menos tres teorías: a) aquellas que parten de la tesis de que la ideología implica o contiene una representación falseada del mundo.³

Con esta característica general coincidirían diversos autores clásicos o contemporáneos como Weber, Geiger, Schumpeter, Althusser y entre nosotros, Villoro.

Si quisiéramos resumir en forma apretada los puntos claves de esta corriente, anotaríamos los siguientes: 1. La ideología sería un conjunto de creencias falaces; 2. Su carácter falaz provendría de su función de promoción o legitimación del poder político; y 3. Las ciencias sociales tienen como uno de sus cometidos básicos el librarse de las acechanzas de la ideología, a riesgo de perder su carácter científico.

Como es lógico suponer, dentro de esta misma corriente, cada autor tiene su propia interpretación



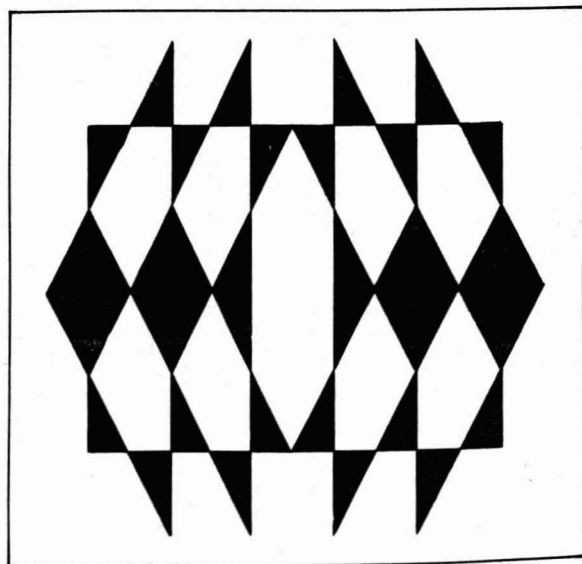
sobre cada uno de los puntos. Por ejemplo, mientras Althusser habla de *falsa representación*,⁴ Geiger se refiere a *juicios de valor* y a Villoro le parece más precisa la noción de *creencias injustificadas teóricamente*. Lo mismo ocurriría con la noción de ciencia o con la forma de relación con la ideología, sin embargo, en última instancia coincidirían en lo antes mencionado.

b) Un segundo grupo de teorías serían aquellas que consideran que la noción de ideología como *falsa representación*, constituiría sólo un caso de la ideología: precisamente aquel sistema de ideas que sostiene las clases dominantes, pero en cambio, las clases dominadas sostendrían una concepción no falaz de la ideología. Esta posición ha sido sostenida, desde diversas perspectivas por Mannheim, Lukács, Lenin, Dobb, Markovic, Schaff y en nuestro país por Sánchez Vázquez. Este último, en su ensayo titulado *La ideología de la "neutralidad ideológica" en las ciencias sociales*, ha considerado que "la ideología es: a) un conjunto de ideas acerca del mundo y la sociedad que: b) responde a intereses, aspiraciones o ideales de una clase social en un contexto social dado y que: c) guía y justifica un comportamiento práctico de los hombres acorde con esos intereses, aspiraciones o ideales".⁵

Para esta corriente: 1. Las ideologías estarían vinculadas a las posiciones de clase; 2. Las ideologías no sólo tendrían la función de legitimar el poder sino también contribuir a su impugnación; y 3. los diversos tipos de ideologías definirían también el carácter mismo de la ciencia social. Ideología y ciencia social no se escindirían sino guardarían relaciones complejas.

Tampoco en este segundo grupo habría unidad. Mannheim sostiene un relacionismo que ninguno de los mencionados acepta. La concepción filosófica de Lukács no es defendida por Schaff, etc.

Respecto de las dos corrientes anteriores, vale la pena mencionar que ya no se parte de una contra-



posición en bloque y sin matices de la relación entre la ciencia y la ideología, sino que se ha profundizado ya mucho en la cuestión. Nadie sostendría hoy una posición como la de Lissenko que hablaba de biología proletaria y biología burguesa. (Si quisiéramos extremar esta posición al absurdo, tendríamos que hablar de átomos capitalistas y átomos socialistas).

c) La tercera corriente que nos interesa señalar es aquella que parte de una noción de ideología equivalente a una concepción del mundo. En este caso, ideología sería sinónimo de filosofía en su sentido tradicional. En esta corriente habría un sin número de representantes que irían desde Hegel a Dilthey y desde Nietzsche a Kolakowski. En esta concepción ya no jugarían un papel fundamental las características de falacia, promoción o legitimación del poder o bien posición de clase, sino un fenómeno más amplio que englobaría todos los conocimientos y las formas de cultura. La ideología configuraría un estilo de pensamiento dominante en una época dada en una generación o en un grupo social.

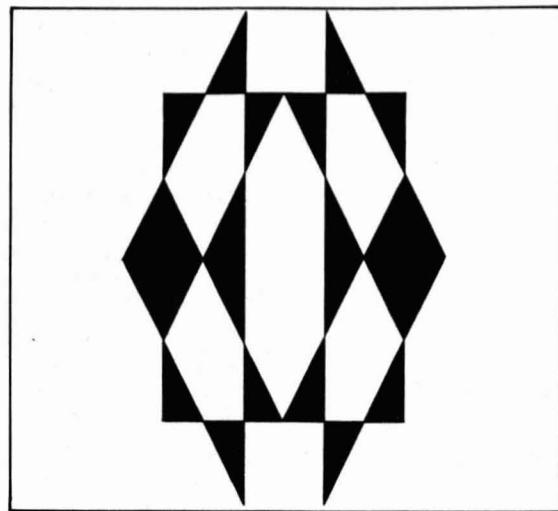
2. Ideología y proceso científico-social

La pregunta que sobreviene inmediatamente es ¿cuál de estas definiciones sería la más satisfactoria, operativa o útil para explicar la relación con las ciencias sociales?

La respuesta sólo puede ser esbozada si pasamos a examinar los problemas concretos de las ciencias sociales.

Para despejar el campo de la discusión, diré desde luego que toda ciencia, sea natural o social debe cumplir en forma mínima lo que Bunge llama los requisitos o síntomas de la verdad como lo son, entre otros, la sistematicidad o unidad conceptual, la exactitud lingüística, la simplicidad semántica, la capacidad explicativa, la capacidad predictiva, la refutabilidad, etc. etc. Asimismo, diría que no pueden reducirse las ciencias sociales a criterios extraídos de la física, como lo hace Hempel en su clásico ensayo sobre la función general de las leyes en la historia o como lo hizo el neopositivismo en sus orígenes. Hoy me parecería innecesario someter a prueba la afirmación de que cada una de las ciencias posee sus propios problemas peculiares, a pesar de que puedan establecerse ciertas notas comunes. Y finalmente, tampoco creo posible sostener hoy una concepción del tipo neokantiano que buscaba oponer las ciencias de la naturaleza con las ciencias de la cultura.

Una vez dicho esto, pasaré a exponer, en forma esquemática, una hipótesis sobre las relaciones posibles entre la ideología y el proceso científico social. Del examen de cada una de las etapas que mencionaremos, se desprenderá alguna crítica a las concepciones de la ideología apuntadas líneas atrás.



En términos generales, cuando se aborda la relación entre la ideología y la ciencia social, se parte de una imagen preestablecida de la ciencia: o bien, la ciencia es considerada como una caja de herramientas, para utilizar la expresión de Schumpeter, es decir, un cuerpo de conceptos, tesis e hipótesis abstractas; o bien se considera que ciencia es una explicación científica específica que asume la forma de análisis económicos, políticos, sociológicos o históricos. Así por ejemplo, cuando Althusser piensa en ciencia se encuentra en el primer caso, y en cambio, cuando Schaff explica la relación entre historia e ideología alude a casos específicos de una explicación. Es por esta razón que me propongo llamar *proceso científico* a todo el ciclo de la investigación y de la exposición de una ciencia, que va desde su formulación original hasta su aplicación concreta. En este proceso podrían distinguirse las siguientes etapas:

1. La etapa del descubrimiento de una problemática. Si tomamos el ejemplo de Marx, pero creo que lo mismo sucedería con Weber, Pareto o Durkheim, esta primera etapa estaría constituida por todo ese período en que Marx decide estudiar la causa de las contradicciones de la sociedad capitalista. En Marx, esta etapa se dividiría en dos fases: una primera, en la que por diversas circunstancias de tipo político se va interesando en los intereses materiales. Es justamente en el *Prólogo a la contribución* de 1859, en donde explica cómo durante los años de 1842-43, siendo redactor de la *Neue Rheinische Zeitung*, empieza a preocuparse por los problemas de la tala furtiva, la parcelación de la propiedad territorial y la situación de los campesinos en Mosela. Fueron estos problemas, sumados a una concepción ética, los que le hicieron abandonar los estudios de jurisprudencia, tomar contacto con el socialismo utópico y trabajar de lleno en problemas de economía y filosofía política.

Si esto es así, ¿puede sostenerse que la ideología democrática sustentada por Marx, constituye una



traba para definir el objetivo de su investigación? Desde mi punto de vista no es posible. La ideología aquí cumple una función positiva: la de constituir un impulso para la investigación.

La segunda fase estaría constituida por el momento de acceso a las tesis originales. Un libro típico de este período es *La ideología alemana*. En ese texto, Marx y Engels realizan la formulación de sus conceptos básicos y de sus proposiciones epistemológicas centrales, a partir de un deslinde crítico con lo que ellos llaman *la ideología alemana*. Aquí sí la ideología sería parcialmente una concepción opuesta a la ciencia de la historia. Esta obra fue tomada como modelo por Louis Althusser para ejemplificar su tesis de que la ciencia se fundaba a partir de un desplazamiento de la problemática ideológica anterior. Pero si bien esto es cierto, Althusser abandona en el saco de la ideología a la filosofía hegeliana en bloque, ignorando el legado lógico y metodológico que proporciona a Marx dicha filosofía. Y por otro lado, la ruptura con la ideología no se presenta en forma pura o solamente efectuada desde la ciencia que se acaba de fundar, sino también con el auxilio de una nueva concepción ideológica, de diferente signo, que Marx y Engels llaman *crítica*.

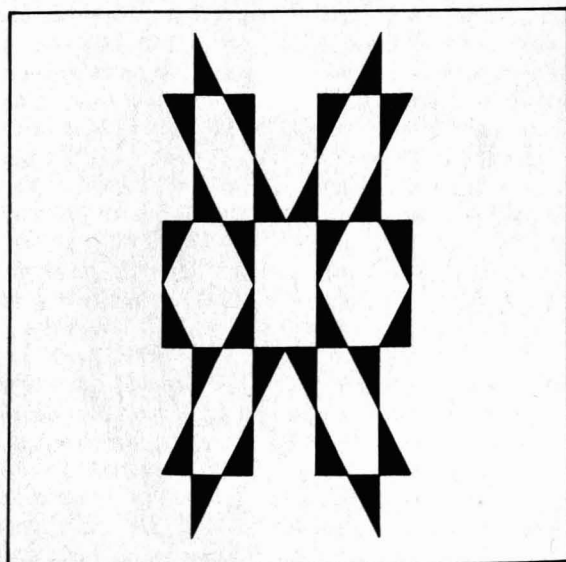
2. La segunda etapa está conformada también por dos fases. Una primera que estaría constituida por el momento de la investigación de un objeto determinado, es decir, el proceso de elaboración teórica que precede a la exposición de obras como *Economía y Sociedad*, *El pensamiento salvaje* o *El Capital*. Marx define a esta fase, como el período en que el autor se apropia pormenorizadamente de su objeto, lo analiza desde sus distintas formas de desarrollo y rastrea su nexo interno. En esta fase, siempre oculta y siempre olvidada, pero que constituye el laboratorio desde el cual se produce el co-

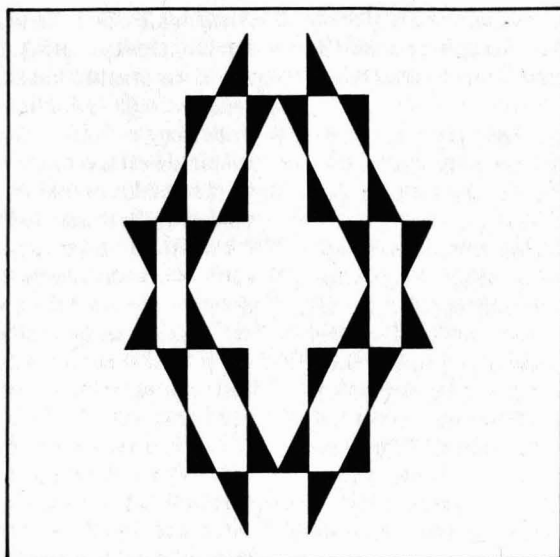
nocimiento, se avanzan concepciones ideológicas, filosóficas o políticas; se esbozan problemas que no aparecerán en la obra ya realizada y se conciben proyectos que después no se realizarán.

La segunda fase está constituida por la *exposición*, es decir, por la parte visible del *iceberg*. La *exposición* puede asumir diversas formas, y entre otras, la de un modelo teórico que permita explicar las características esenciales de diversos tipos de sociedad que compartan una base común. Así Marx dice en su prefacio a *El Capital* fechado en 1867, que su objetivo es analizar el modo de producción capitalista y las relaciones de producción correspondientes, tomando como ejemplo a Inglaterra aunque también se refiera a Alemania o Francia. La obra de Marx se manifiesta como una explicación científica del sistema capitalista, pero ¿dónde se encuentra la ideología en esta explicación? Esquemáticamente diremos que en dos partes: por un lado, en el sentido global de la obra. Esta obra es una explicación científico-crítica, lo cual quiere decir que no sólo desea analizar las relaciones capitalistas por un mero conocimiento sino para buscar su transformación. Es por ello que dice que su crítica de la economía política, no puede *representar* "sino a la clase cuya misión histórica consiste en trastocar el modo de producción capitalista y finalmente abolir las clases: el proletariado". En este sentido podríamos decir que Marx hace coincidir *explicación* con *crítica*, *ciencia* con *revolución*. Un caso de signo contrario sería el de Max Weber, quien como dice A. Cueva en su ensayo sobre la *Intervención ideológica en las ciencias sociales*⁶ aparea teóricamente los términos de racionalidad y capitalismo. No hace falta que Weber realice una apología de la sociedad burguesa, ni que tome partido por ella en forma explícita, basta sólo este hecho para descubrir su concepción ideológica, concepción que no deja de tener consecuencias en otros sectores de su teoría.

Por otro lado, la relación entre explicación y crítica en la obra de Marx se deja sentir en conceptos como los de fetichismo, valor, plusvalía, enajenación y clase social, entre otros.

3. La tercera etapa del proceso científico-social estaría constituida por el conjunto de proposiciones, hipótesis, conceptos, enunciados, que constituirían la estructura lógica de la exposición. Resultará claro que si analizamos cada concepto o inclusive, cada ecuación, en forma separada y abstracta, no encontraríamos a la ideología por ningún lado. En este punto resulta interesante mencionar la polémica entre Schumpeter y Dobb, en torno a la ciencia económica. Dobb considera, frente a la separación que hace Schumpeter entre análisis y visión, que la formalización creciente de la economía se identificó con una neutralización de la influencia ideológica, pero que si se analiza detenidamente ese supuesto cuerpo "neutral", de ninguna manera está desprovisto de contenido fáctico, contenido





que nos remite a una sociedad específica y a una ideología específica. La misma separación entre análisis y visión pre-analítica es, en la opinión de Dobb, ideológica. Lo cual no quiere decir que no pueda haber sectores de la ciencia relativamente independientes del condicionamiento social o de la ideología.

Esta polémica nos reafirma la idea de que la relación entre ideología y ciencia social, no puede examinarse ya, desde una óptica simplista y primitiva.

4. Finalmente, la última etapa sería la del análisis concreto de un hecho histórico, de un fenómeno económico o de un proceso político. En estos análisis encontramos innumerables relaciones entre conocimiento e ideología. Uno de los autores que ha sistematizado en forma más consistente el condicionamiento social del conocimiento en el campo de la historia es Adam Schaff. Independientemente de las discrepancias epistemológicas que pudiéramos tener, Schaff realiza un análisis de la forma de intervención de la ideología en la explicación histórica concreta, para ello recurre al concepto de subjetividad. Habría dos tipos de subjetividades: una que es eliminable mediante la simple conciencia de ella, y que está constituida por las preferencias personales del autor o su escala de valores; y otra que implicaría las tendencias culturales, científicas, sociales o políticas de la época en que se hace una historia dada. Esta última sería ineliminable si examinamos un solo caso, pero eliminable si consideramos que el conocimiento es un proceso social y colectivo.

Por todo lo anterior, podemos concluir que una concepción de la ideología que se cierre en la falsa representación, no contemplaría los aspectos positivos de la ideología en relación a la explicación científica. Una concepción de la ideología como sistema de ideas vinculadas a las posiciones de clase, no puede ser útil si no avanza a la definición de

una tipología de las ideologías. Y por último, una definición de ideología como concepción del mundo sólo nos servirá como una indicación global en los análisis específicos. Y aquí llegamos a un punto nuclear: aunque se ha avanzado ya mucho sobre el concepto de ideología, hace falta una teoría general de las ideologías que comprenda a todos los casos.

3. Ciencia social, ideología y política.

En última instancia, qué se juega en la relación entre la ciencia y la ideología. Como se sabe, si bien el concepto tiene su antecedente más remoto en la teoría de los ídolos de Bacon, el verdadero fundador de esta problemática fue Marx. Lo paradójico fue que Marx, sin tratar de establecer una teoría de la ideología, en realidad dejó en su obra un conjunto de elementos implícitos que pueden ser utilizados en su construcción. Sin embargo, uno de los aspectos más importantes de su teoría en este sentido, fue que consideró que toda forma cultural estaba inscrita en un conjunto de relaciones de poder; y que su producción, distribución, intercambio y consumo jugaban una función específica en la reproducción o crítica del sistema capitalista. Hoy, las ciencias sociales buscan definir su función en un mundo de intensas transformaciones. Es por ello que tras la mayoría de los debates en torno a las relaciones entre ideología y ciencia social, están presentes las relaciones de clase que definen no sólo cómo se utilizará una ciencia sino inclusive desde qué aparato se producirá, con qué sentido y para quién. Es por esto que decíamos al principio que este no era sólo un problema teórico sino también un problema esencialmente político. □

Notas

¹ Sobre estas tesis, puede consultarse el interesante ensayo de Mario H. Otero, titulado *Historia de la ciencia e ideología*, publicado en su antología denominada *Ideología y ciencia social*. Ed. UNAM, México, 1979.

² Varios, *El proceso ideológico*, Ed. Tiempo Contemporáneo. Buenos Aires 1971.

³ La tesis de que la ideología es una falsa conciencia es errónea. En realidad, cierto tipo de ideologías se refieren al carácter falaz de sus afirmaciones. Por ejemplo, decir que los blancos son superiores no es una mentira sino una falacia sostenida con fines de dominación.

⁴ Althusser considera que la ideología tendría los siguientes rasgos: está difundida por todo el cuerpo social; es divisible en dominios distintos; se manifiesta en formas inconscientes o altamente sistematizadas; está destinada a asegurar la dominación de una clase sobre las otras; es una representación necesariamente falseada; representa una relación imaginaria entre los individuos y sus condiciones de existencia; tiene una existencia material; es constituyente de la práctica y existe por y para sujetos.

⁵ A. Sanchez Vázquez, "La ideología de la neutralidad ideológica en las ciencias sociales", en Varios, *La filosofía y las ciencias sociales*. Ed. Grijalbo, México 1976.

⁶ En *Ideología y ciencias sociales*. Ed. cit.

DUVIGNAUD: POR UN ENRIQUECIMIENTO DEL AZAR

POR LAURENT AUBAGUE

— *Usted trabaja desde hace algunos años en lo que se podría llamar una Sociología de lo Imaginario. ¿Se le puede atribuir una identidad cuando se conocen sus pretensiones y objetivos?*

— Creo que no se trata de una investigación nueva. Estas investigaciones son viejas pero dispersas. Lo que se ha intentado últimamente es poner al día ciertos métodos y una epistemología para entender fenómenos que no son reductibles. Me refiero a los fenómenos relacionados con la vida imaginaria — las fiestas, la utopía, las diferentes formas de creación — y que antes correspondían al llamado “Sistema de las Bellas Artes”, pero éste se derrumbó y, por consecuencia, ya no hay referencia absoluta a lo bello, a los valores absolutos sobre los cuales se podría juzgar estas manifestaciones. Es pues en esta proliferación variada y múltiple, y muchas veces tímida, que hay que intentar un análisis que sea, a la vez, un medio para entender y una incitación a la creación.

— *Este camino puede representar el escape de una Sociología que tuvo inclinaciones demasiado estructurales, formales y racionales.*

— No sé si es la palabra “racional” que me molesta, pues los fenómenos de lo imaginario no son

irracionales. Son formas de comunicación no más irracionales que otras. Pero lo que en efecto es diferente, en muchos casos, es que una sociología, una antropología, e incluso una crítica literaria dominadas por el funcionalismo, dominadas por la búsqueda de estructuras, ya no podían captar estos fenómenos. La manera de enfrentarse con los hechos da a estos hechos, muchas veces, su sentido y su coloración. Y precisamente cuando se quiere que todo fenómeno sirva para algo y corresponda al concepto de su fin, es decir, cuando se quiere que sea funcional, que toda manifestación sea explicable por las relaciones que mantiene con otras manifestaciones en un sistema cerrado — como lo piensan los estructuralistas —, en estos dos casos, repito, se deja escapar lo que algunos sociólogos y antropólogos han llamado “manifestaciones aestructurales”, no estructurales. Pienso en Sorokin, Gurvitch y en algunos otros que tuvieron esta intuición pero que no fueron más allá de ella. Actualmente, para entender estos fenómenos se hace necesaria una epistemología nueva. Bachelard en Francia, al escribir su *Epistemología del sueño*, había empezado a presentir que era necesario un nuevo sistema de pensamiento para entender ciertos fenómenos. Tomaba por ejemplo el caso de las Matemáticas y de la Física contemporáneas, que, para captar los fenómenos nuevos, nacidos de la revolución relativista, a partir de Einstein hasta nuestros días, ya no pueden utilizar los métodos de pensamiento de Descartes y de Kant. De la misma manera, ciertas manifestaciones que habían sido hasta ahora calmada y tranquilizadamente circunscritas, por así decirlo, en la institución, necesitan también una actitud y una aprehensión nuevas. Llegando a este punto, diría que la persona que quisiera dedicarse al análisis de los fenómenos imaginarios y que no hubiera practicado de una u otra manera alguna forma de expresión, se condenaría a un vagar continuo y a muchas dificultades. Con esto quiero decir que sólo si se ha experimentado un poco con la pintura, el teatro, la poesía, la actuación o cualquier otra manifestación creativa, se es más apto para buscar fenómenos imaginarios. No hay que dejar el estudio de estos fenómenos a observadores indiferentes. El monstruo frío no tiene nada que ver con eso.

Ahora bien, esta investigación supone, antes que nada, un análisis, una comprensión y una captación. Y pienso que el filósofo más importante, en este sentido, fue Merleau Ponty. Pero volviendo a la investigación, creo que para captar el sentido de los fenómenos imaginarios tenemos que recordar con frecuencia que toda manifestación está en busca de una significación, significación que es, para tomar un tema de la Filosofía, *intencional*. Y es esta intencionalidad la que tenemos que encontrar, sea en unos exvotos esculpidos por campesinos del noreste del Brasil, sea en la proliferación creadora de todos estos objetos que surgen en





el período de las fiestas de aquí de México (pienso en lo que pasa durante la Fiesta de Muertos, en todos estos pequeños objetos de cartón, de papel o de madera y que suponen una creatividad poderosa), sea en las manifestaciones de danza como las que se encuentran en el candombe y la macumba en Africa o, en muchos casos también, en el Maghreb. Cualquier manifestación de lo que llamamos "Artes" —y no se tiene derecho a hablar de alta o baja cultura— todo es creación y todo es imaginario. Si hablamos de alta o baja cultura retrocedemos y lo que hay que hacer, por el contrario, es acostumbrarnos a percibir la significación de estas formas.

—¿Cree que una Sociología del juego, de la fiesta, de la utopía y del teatro puede ofrecer una apertura hacia un nuevo conocimiento de los fenómenos sociales?

—La pregunta es acertada, pero me veo obligado a tomarla al revés. Yo empecé este tipo de trabajo con el estudio del teatro. El teatro está todavía encerrado en el "Sistema de las Bellas Artes". Forma parte de este sistema. Intentó escapar en los años sesentas con esfuerzos como los del "Living Theatre", de Grotowsky, "Bread and Puppets", de Bob Wilson, e incluso, a veces, de ciertos coreógrafos.



No siempre se llegó a la meta, pero no es porque las cosas no alcanzan su meta que dejan de existir y en este mundo que no está hecho sólo de éxitos no es sólo lo que tiene el poder lo que tiene razón: son las tentativas las que son importantes. Pero el teatro sigue siendo un género literario. Este análisis del teatro me llevó a analizar más detenidamente el juego del cuerpo, el juego del actor y rebasé este cuadro para interesarme en los fenómenos que se comprenden bajo el término de "cultura" o el de "arte". Y fue en este momento que me aboqué a fenómenos muy particulares y que constituyen rupturas, discontinuidades en el curso del tiempo. Pienso en la fiesta y pienso, en una cierta medida, en las manifestaciones utópicas y creo que todas, incluso el sueño, suponen que el hombre adopta una actitud lúdica con lo que le es dado y que recibió de sus padres, es decir, el universo funcional, la institución y de hecho, todo lo que ha heredado. Disponemos de una capacidad, muchas veces escondida, enmascarada y diluida para jugar con los elementos que se nos imponen, por así decirlo. Jugamos con la muerte, jugamos con la sexualidad, jugamos con el hambre, jugamos con el trabajo, a través del sueño, a través de esta especie de monólogo que tenemos perennemente con nosotros mismos, a través de esta ensoñación, este vagabundeo mental. Jugamos, es decir, nos abrimos momentáneamente al azar. En un mundo que está cada vez más dominado por la tecnología, lo que nos queda es justamente esta posibilidad de apertura al azar. Defino el juego, aproximadamente, como la cantidad de azar que una sociedad acepta por ella misma. Y diría que para el individuo el fenómeno es homólogo; el juego es la cantidad de azar y de imprevisible que acepta por sí mismo.

—Justamente le quería preguntar lo que se puede decir de la fiesta...

—Es la continuación de la pregunta precedente, ya que se trata de constituir un análisis sociológico o antropológico, o literario que se abra ampliamente a formas, sensaciones, emociones imprevisibles, todavía desconocidas. La fiesta, desde luego tiene dos aspectos: la fiesta ritual y la fiesta explosiva. Todas las fiestas son fiestas explosivas en su principio, pero la sociedad impone inmediatamente un ritual: reintegra a la fiesta en un sistema de regulaciones y así tenemos las fiestas temporales, las cíclicas, las repetitivas... De hecho, se trata de la venganza de la institución contra la imprevisibilidad que conlleva la fiesta. Es bien evidente que no hay ninguna relación entre las ceremonias, tristes, del 14 de julio (Toma de la Bastilla) y la fiesta original que hizo explotar desde el interior un sistema social por primera vez en el mundo. Porque hasta ahora, ninguna sociedad había explotado desde el interior por las acciones de sus propios integrantes, lo había sido por las guerras, por las invasiones, pero desde el interior fue realmente la primera vez... Es bastante sorprendente. Por otra parte, la



Comuna de París fue en cierto aspecto una gran fiesta y, en este caso también, la celebración (conmemoración) ya no tiene vínculo alguno con su origen.

Hay fiestas públicas, colectivas, explosiones del tipo de la Comuna. Hay también explosiones privadas. La felicidad, el placer, etc., son formas de fiesta a nivel individual. Pienso que los análisis políticos realizados al respecto hasta ahora dejan con frecuencia a un lado estos actos. Se olvida que la vida no está hecha solamente de una especie de concertación política, seria y grave, sino también que toda esta cosa imprevisible, de júbilo, de placer, de burla y de diversión existe. Después de todo, no es porque se olvidó que Rabelais había existido, que lo que había hecho posible a Rabelais ha dejado de existir. Hay una especie de explosión continua, posible. Rabelais es un testimonio de eso para Europa. No solamente él, claro, pero pienso que en estas condiciones es muy difícil intentar un acercamiento reductivo de la fiesta para canalizarla, transformarla en ideología, volverla tranquilizadora. La fiesta no es más tranquilizadora que la creación en sí misma: es una subversión simbólica en el sentido de que pone las cosas en un estado que ya

no implica, momentáneamente, el recurso al consenso o a la aceptación de un orden. Pero el carácter fundamental de la fiesta es que es efímera, no dura y eso es algo que no se le puede reprochar, puesto que es su naturaleza misma. La fiesta no dura, como el amor, como el placer, como la vida, como cualquier cosa intensa.

—¿Es por eso que es un Don de la Nada...?

—Sí, porque, además, sirve para nada, en el sentido en que Picasso sirve para nada, Beckett sirve para nada, y el artista sirve para nada. Y es justamente esto que es importante, ésta apertura a algo que enfrenta, esta cosa que, hasta el momento, no ha sido definida... Es quizá por este camino que el hombre va más allá de lo que ha sido, es decir, que de hecho no es una hormiga ni una abeja.

—¿Existe una relación entre la fiesta y el juego?

—El motor de la fiesta es el juego. No olvidemos que hay que distinguir en el juego dos aspectos: el francés no tiene más que una palabra para hablar del juego: la palabra *jeu*. Los ingleses tienen dos palabras y creo que es importante —la palabra *play* que designa el juego sin reglas, y, la palabra *game* que designa el juego con reglas. Hay ciertamente un aspecto lúdico en la fiesta e incluso se podría decir que el juego con reglas es el medio de que se valen las sociedades para canalizar al juego como actividad general, para utilizarlo y mediatizarlo. Por otra parte, el juego sin reglas, *play*, que es el de los niños, el de los amantes y en el cual los surrealistas creyeron tanto tiempo y con tanta pasión —lo que da, a mi parecer, la importancia al movimiento surrealista— este juego, repito, esta apertura nos arranca momentáneamente de lo que se podría llamar el laberinto de la soledad, para retomar el título de Octavio Paz, es decir que nos abre y nos desembaraza de nuestro Yo social confinado en exceso.

—¿Representa la Utopía una alternativa para el pensamiento social y político actual? ¿Se puede decir que en la utopía se tiene, justamente, la oportunidad de observar cómo lo imaginario obra y trabaja lo social y decir que es una política del deseo soñado?

—Es muy difícil contestar brevemente. Porque sobre la utopía ha habido múltiples investigaciones, desde Manheim hasta Ernst Bloch. Por otra parte, no he reflexionado particularmente en los problemas de la utopía. La veo como una anticipación sobre una experiencia todavía no conocida, sobre el descubrimiento de un aspecto todavía no vivido y es en este sentido que la utopía forma parte del hombre. Ernst Bloch decía que hay una apertura del hombre hacia el futuro sin la cual no habría transformaciones políticas ni mutaciones ni nada. Estaríamos dormidos. Es gracias a la utopía que se enfrenta siempre lo novedoso. En el sentido más general de la palabra, utopía significa *anticipar sobre la realidad* y, en consecuencia, puede tener un sentido político, evidentemente. Debe tener incluso un sentido político, es decir, que se debe buscar, en lo que se define de manera discursiva,



cuál es el motor que jala a los hombres hacia un algo que le parece preferible a lo que vive. Porque las verdades de utopía son aquellas por las cuales se puede morir, pero las verdaderas utopías son las que nos ayudan a vivir.

—Duvignaud, creo que el teatro es una de sus más antiguas pasiones. ¿Qué busca ahí el sociólogo que es Ud.?

—Me dediqué a entender lo que es el teatro porque yo mismo había estado mezclado con él. Primero como director; creo que fui el primero en poner en escena el *Woyzeck* de Büchner, hace mucho tiempo, por 1950, bajo la influencia de Paulhan, Artaud y Adamov. Participé en el movimiento que se llamó “Nuevo teatro” —Adamov, Ionesco, Beckett, Genet, Audiberti, etc—. Nuevo o no nuevo... La palabra “nuevo” sirve para vender cualquier cosa, lo que no tiene ya ningún sentido. Digamos que se trataba de un teatro que, en relación al anterior, era diferente en su búsqueda. Además yo mismo tuve la oportunidad de escribir una obra. Esta obra fue puesta en escena por Roger Blin, a quien yo considero como el más grande director y animador de teatro en este momento y tal vez no sólo en Francia sino en toda Europa. Este alumno de Ar-

taud ha puesto en escena todo lo que importa ahora en la creación teatral, desde Beckett hasta Jean-Pierre Faye, incluyendo a Genet; en fin, todo lo que ha podido pasar por sus manos. Blin me enseñó mucho, le debo todo en esta práctica. Pero me pareció que esta práctica, la que yo tenía del teatro, los deseos que tenía de seguir, se toparon desgraciadamente con toda una serie de dificultades materiales en una época en que la creación dramática era cada día más difícil y trasladé a otro plano lo que no podía realizar en la práctica. Empecé esta investigación, tratando de saber por qué los hombres y las mujeres tenían necesidad de la ficción para descubrir su propia existencia, por qué tenían necesidad de este rodeo por lo imaginario para conocerse a sí mismos. Tal vez es por este lado que el teatro se ha vuelto un elemento de importancia vital. Pero una vez más repito que no habría empezado esta reflexión si yo mismo no hubiera tenido una experiencia en la creación dramática y en la práctica.

—Finalmente, ¿nos podría dar algunas sugerencias sobre lo que podría hacer una Sociología de lo imaginario en América Latina? ¿Puede Ud. hablarnos de la experiencia de Freyre —con quien Ud. tiene relaciones— en Brasil?

—Primero hay que constatar cierta dificultad, en el sentido de que la palabra (parole), lo que llamé en otra parte “El lenguaje perdido”, esta palabra que hace emerger la vida y el análisis de lo imaginario no es del gusto de toda la gente porque pone al descubierto necesidades, motivaciones, deseos que no corresponden muchas veces a aquello que los intelectuales, los economistas, los tecnólogos utilizan para definir al hombre. En cierta medida, esta palabra muestra cómo el hombre y la mujer pueden tener orientaciones, aspiraciones —para tomar palabras muy vagas— divergentes de las que la racionalidad económica define como su deber. He ahí una de las dificultades. Por otra parte, reencontrar, a través de las experiencias y de la memoria colectiva, de las experiencias de ficción, las estructuras o la forma, o los grandes conjuntos temáticos de lo imaginario, no quiere decir buscar los estereotipos. Es muy frecuente la moda de buscar grandes arquetipos, como lo decía Jung. Yo, personalmente, no creo en esos arquetipos. Creo que el hombre inventa formas diferentes según el tipo de sociedad en que se encuentra. No hay arquetipos universales. Cada vez que se habla de arquetipos universales se intenta construir un materialismo cultural. Hay que liberarse de este materialismo y pensar que cada grupo es capaz de inventar sus propias formas y que el análisis no debe ir en el sentido de la homogeneización y de la identificación sino al contrario, hacia las diferencias, las divergencias y las complementariedades múltiples. El hombre es, afortunadamente, mucho más rico de lo que se había pensado e incluso de lo que han dicho los filósofos. □

Desde París

ALFREDO BRYCE
ECHENIQUE

EL INCOMPREENSIBLE MUNDO DE GIGÍ EN PARÍS

Para empezar, diré que nada tiene que ver la atmósfera que voy a presentar con *Gigí*, la célebre novela de Colette, escritora de ciudad, campo, amores contrariados, y gatos de esos medio idiotizados que las porteras suelen querer más que a los seres humanos. Voy a hablar de *Chez Gigí*, un restaurante italiano cuyo estilo empieza a darle una nueva fisonomía a cierta zona del Barrio Latino, y que sin ser mejor ni peor que otros restaurantes italianos de los contornos, se llena día tras día y noche tras noche, rompiendo la maldición que parecía existir sobre el local que ocupa.

En efecto, todo restaurante quebraba en aquel local, situado en el corazón de la parte más vieja del Barrio Latino, casi en la esquina de la rue Tournefort y la rue Pot de fer, muy cerca de la célebre placita de la Contrescarpe. Son calles por las que camino diariamente y, a lo largo de los años, había visto abrir optimistamente y cerrar por quiebra restaurantes vietnamitas, chinos, griegos, y hasta un elegante y bien decorado restaurante francés, especializado en pescados y mariscos. Los veía abrir, y recordaba a una vieja tía del pasado familiar, una de esas tías cuyo pesimismo, por ejemplo, deja profundas huellas que se transmiten oralmente de generación en generación, mediante un par de anécdotas que desde niños se nos graban en el alma. Mi tía Herminia, contaba mi abuelo, solía llegar puntualmente a los almuerzos dominicales de la casa de su infancia. Venía trayendo los esperados dulces

comprados en célebres y ya desaparecidas pastelerías de la vieja Lima. La más célebre, por ser la que se transmite en el recuerdo familiar, fue *La do re mi fá*.

—Cada domingo vende más barato *La do re mi fá* —decía invariablemente la tía Herminia, al llegar con su paquetito. Y su frase tenía algo duro, cargado de pesimismo, aunque ocultaba también una cierta satisfacción, una contenida sonrisa de pesimista que desea ver cumplidos sus negros augurios.

Y claro, no tardaba en llegar aquel domingo en que la tía Herminia entraría en casa con la sonrisa ya bien dibujada en los labios:

—Niños: ya quebró *La do re mi fá*.

Fue la anécdota preferida de mi padre, y solía contarla muy a menudo al pasar delante de algún nuevo negocio que se abría optimista en la ciudad. Lo escuchaba desasosegado, angustiado, como negándome a heredar ese maldito don familiar de andar por la ciudad anunciando quiebras. Pero debo reconocer que muchas veces tuvo razón al evocar el espíritu de esa vieja amargada que debió ser la tía Herminia. De su lado, aterrado sin duda por sus negras frases, había huido un esposo inglés cuyo regalo de bodas fue la primera máquina de coser que hubo en Lima. Mi abuela contaba que la vieja casona de adobe del centro de la ciudad temblaba como en temblor cada vez que la tía ponía en movimiento aquel armatoste, pensando sin duda con oculta satisfacción, mientras trabajaba, en tiendas como *La do re mi fá*.

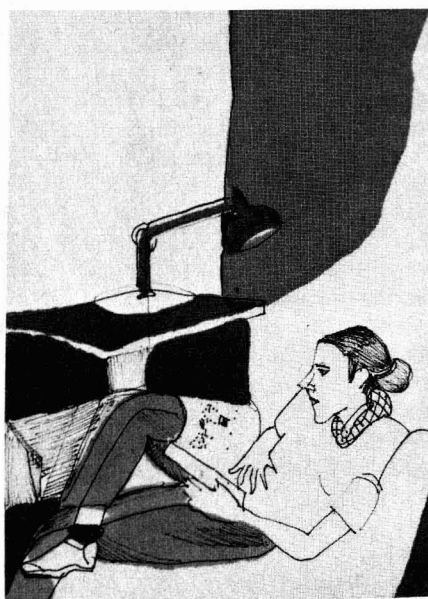
Unos cien años después, lejano de aquel mundo familiar, me encontré de pronto repitiendo la fatídica frase ("Cada semana vende más barato..."), mientras pasaba solo ante

uno de los restaurantes que abrían y, sabe dios por qué, no tardaban en quebrar; o, cuando pasaba acompañado, contando la malvada anécdota y su desenlace ("Ya quebró..."). Era como si el espíritu de la tía Herminia, con su máquina de coser y todo, me hubiesen capturado en la lejana París. Era mi destino familiar. Estaba marcado desde siempre y para siempre. La prueba es que los restaurantes seguían quebrando uno tras otro.

Pero un día apareció un italiano apodado Gigí y abrió *Chez Gigí*, sacó mesas a la calle peatonal que había remplazado la callejuela en que se atracaban los automóviles, puso enormes flores en las mesas, garrafas y botellas de chianti y valpolicella, trajo mozos que jamás he llegado a comprender, y creó una atmósfera que en los días de sol invade la calle para desesperación de los restaurantes vecinos, aquéllos que nunca quebraban y que hoy tratan de imitar el incomprendible mundo de Gigí, en su afán de mantener prósperos sus negocios. Lo más fácil sería decir que Gigí ha "romanizado" un trozo de Barrio Latino, que le ha dado un toque "a lo Trastevere", pero hay más que eso. Hay algo que se añade al decadente encanto romano, algo misteriosamente exitoso, algo que sin duda habría espantado a mi tía Herminia con sus frases santamente premonitorias.

Confieso haber pensado "Cada semana cobra más barato Gigí", pero han pasado ya dos años largos y cada día *Chez Gigí* tarda más en cerrar porque los clientes acuden hasta altas horas de la noche. La atención es alegre y perfecta y los mozos son cada día personajes más extravagantes. En los últimos meses he comido bastante a menudo en *Chez Gigí*. Necesitaba penetrar el misterio de su éxito en un local donde todos sus predecesores habían fracasado; necesitaba comprender el embrujo con el que ha logrado desterrar el espíritu de mi vieja tía bruja, comprender también a los seres que se ocultan tras la farsa permanente de unos mozos que parecen todo menos mozos de restaurante, y al personaje mismo de Gigí que dirige alegre y severamente, al mismo tiempo, el incesante ajeteo que los restaurantes vecinos hoy deben envidiar y que imitan sin lograr parecido alguno.

Fui por primera vez a *Chez Gigí* una noche triste. Me había llamado una buena amiga a contarme desahogándose que acababa de salir del entierro de su padre, viejo solitario a cuya tumba nadie había acudido. Ella se había encargado de todo, por no molestar a nadie, pero ahora necesi-





taba a gritos salir, salir y tratar de olvidar. La invité a comer y le hablé de ese extraño restaurante que no quebraba por más que yo repetía las frases claves del pesimismo familiar, y cuyo misterio me gustaría penetrar. Le dije, incluso, que su llamada era muy oportuna pues un cierto temor hacía que prefiriera ir acompañado.

Esa noche nos tocó ver un espectáculo insólito, que nosotros calificamos de *felliniano*, porque no había otra palabra para calificarlo. Estuve feliz porque mi amiga llegó realmente triste y demacrada, y no tuve que hacer esfuerzo alguno para lograr animarla. A mi lado, y al igual que yo, terminó riendo a carcajadas ante el inefable espectáculo de unos seres vestidos de gala, una familia italiana entera que llegó acompañada de dos jóvenes homosexuales franceses que nada tenían que ver con ella. Los tipos se daban breves pero visibles besos, se acariciaban, y trataban de impresionar a sabe dios quién hablando de la compra de una fuerte cantidad de monedas de oro, ante la perspectiva de una devaluación del franco. Pronto comprendimos que eran unos tontonazos que deseaban impactar hablando de operaciones monetarias que los hicieran aparecer como hombres ricos. Soñaban sueños baratos y nada más. Los italianos, lejos de impresionarse por frases y costumbres que habrían podido aterrizar a un familión tradicional, continuaban viviendo con total naturalidad lo que podía ser una cena familiar en la calle. Pero, ¿y los fracs negros? Hasta el niño con cara de niño viejo llevaba su frac y su corbatita michi y seguía entusiasta la selección de

los platos que iban a pedir. Participaba en todo con conducta de niño del siglo diecinueve y hablaba con admiración con su padre, que a su vez se ocupaba del abuelo, mientras la hija iba perdiendo vanas esperanzas de conquistarse a uno de los dos franceses apolíneos que ante su vista y paciencia estaban resultándole homosexuales. Cosa increíble, la muchacha llevaba también un frac. Mi amiga y yo pensamos que venían de un circo o algo así, pero de pronto recogieron maletines del suelo y empezaron a extraer e intercambiar decenas de horribles artículos de murano que contemplaban exclamando: "¡Guarda, quanto è bello!" Poco a poco la mesa se fue llenando de platos de comida y objetos de murano mientras los dos franceses (¿qué demonios hacían con ellos?) soñaban con antiguas monedas de oro. Inútil tratar de reproducir los mil temas de conversación abordados ante el asombro de mi amiga. Pagamos la cuenta, tras haber llegado, por fin, a una conclusión: esos estereotipados personajes, salidos de una película más Fellini que Fellini, eran miembros de una familia que estaba celebrando la inauguración de alguna tienda de horribles muranos. Y los dos muchachos franceses habían puesto sin duda algún capital. Lo malo es que una semana más tarde tuve que llamar a mi amiga para contarle que la familia entera seguía noche y día en el restaurante siempre con el frac puesto.

Otra noche, cenando con otra amiga, logramos por fin que nos trajeran el menú, y pedimos los platos que deseábamos. Gigí, que esa noche nos atendía con el sombrero de gángster con el que suele llegar cada mañana a su restaurante, y que le queda mucho mejor que a un gángster,

nos trajo platos que no habíamos pedido. Gigí le dijo a mi amiga que yo era del barrio y que él había decidido traernos las especialidades del día porque en su restaurante los viejos amigos del barrio recibían atención especial. Comimos delicioso. No deseábamos postre, no deseábamos cognac, no deseábamos más que la cuenta. Gigí y sus mozos se instalaron en la mesa de al lado, empezaron a comer, y nos obsequiaron una botella de champán porque no podíamos irnos tan temprano. Bebimos el champán obedientemente e insistí por la cuenta "¿Qué cuenta?" ¿Por qué andaba yo hablando siempre de la cuenta y de la cuenta? No los dejaba comer en paz. ¿De qué cuenta hablaba? "*Buona sera, signorina; buona sera, signore.*"

Semanas más tarde llegaron unos amigos salvadoreños. Los llevé a comer a *Chez Gigí* y a mostrarles a los mozos. Había un niño en nuestro grupo. Lo llenaron de regalos y le prepararon comida especial para niño difícil para comer. Los salvadoreños contemplaron admirados la indumentaria de Gigí: pantalones enormemente anchos, chaleco muy ceñido, gruesas cadenas de oro que colgaban de todos los bolsillos. Veían correr con los platos en la mano a un joven andrógino con cara de felino rubio, a los tres italianos más que atienden vestidos de cowboy, de oficial de marina, y de cantante italiano de los años cincuenta (la viva imagen de Domenico Modugno), respectivamente. Y en la puerta, como quien vigila un mundo con leyes propias, la muchacha de la familia del frac, vestida ahora de amazona, siempre estática pero siguiéndolo todo con mirada de látigo. Aquella noche comimos en una de las mesas instaladas en la calle. Los salvadoreños estaban felices y asombrados. Para asombrarlos y deleitarlos más, les dije que uno por uno se dieran su vuelta disimuladamente por el interior del restaurante. Salían diciendo que era realmente increíble: Gigí ha perdido bastante el pelo y en el interior del restaurante cuelgan grandes cuadros de él con abundantes cabelleras de hippie y hasta con una enorme melena de león. Todos dedicados "*al mío caro amico Gigí*". Cuelga también un inmenso cuadro del joven mozo andrógino durmiendo desnudo y sonriente.

Todos estos personajes corren, dialogan, juegan con los clientes, y en los últimos meses se dan de gritos con vecinos que abren ventanas pidiendo menos ruido y sobre todo que bajen el volumen del tocadiscos en el que suenan incesantemente ó-

peras italianas. También es un juego, creo yo, porque las vecinas son italianas y los gritos y pleitos se dan en italiano para encanto de los comensales. Pero, ¿es posible que Gigí haya alquilado departamentos frente a su restaurante sólo para que se armen estos líos que van romanizando este viejo trozo de Barrio Latino? Parece increíble. Pero todo parece increíble y resulta de pronto cierto en el incomprensible mundo de Gigí en París. Hay un mozo (el único francés), por ejemplo, que no participa para nada en los juegos, gritos y pleitos de los demás mozos. Es un hombre alto, delgado, de pelo blanco, extremadamente fino y silencioso. Muy serio. Está como fuera de lugar *Chez Gigí*. Tiene aspecto de millonario y, para atender a las mesas, se viste de negro, decimonónicamente, y se ata a la cintura un mandil blanco que le llega hasta los pies. Lo observé detenidamente muchas veces, hasta convencerme de que en efecto se trataba de un gran señor cuya ruina lo había llevado de mozo nada menos que al incomprensible mundo de *Chez Gigí*, el que nunca quebrará, el que por fin había logrado librarme del maldito pesimismo que pesó sobre mi familia desde el lejanísimo día en que la dura tía Herminia, sin ocultar una péfida sonrisa, le anunció a las generaciones venideras (aun a aquellas que marcharon al extranjero) la quiebra de *La do re mi fá*.

Pero el mundo de *Chez Gigí* habría de darme todavía otra sorpresa (y estoy seguro de que con el tiempo vendrán más). Hace un par de días, al cruzar la calle, vi estacionarse el automóvil más caro, lujoso y elegante que he visto este año en París. Un millonario me hizo un saludo atento desde el interior. No podía ser: era el gran señor cuya ruina lo había llevado de mozo nada menos que al in-

comprensible mundo de *Chez Gigí*. Decidí entonces escribir estas páginas, a ver si así, poniéndolo en blanco y negro, lograba entender algo...

París, agosto 1979

DISPARATARIO

POR
CARLOS ILLESCAS

EN BUSCA DEL TEXTO PERDIDO

"Porque esa luz es creadora,
asimismo de soledad."

El Defensor. Pedro Salinas

La pintora Judith Gutiérrez me pidió un texto de presentación en el catálogo a la exposición que montaría. Con el terror que impone una tarea de tal naturaleza, puse manos a la obra; después de incontables esfuerzos pude terminarla. El fruto fue un escrito no mayor (pero tampoco menor) de una cuartilla y media.

El texto muestra cómo las palabras al parecer nacieron bajo signos diferentes porque todas, puestas de uñas las unas contra las otras, van de la dis-

cordia a la confusión. Al momento de releerlas no supe, ¿debo jurarlo?, qué pretendieron decir, y en qué medidas de espacio y tierra alcancé a expresar la idea motora de que la sinestesia es anarquía en busca del orden.

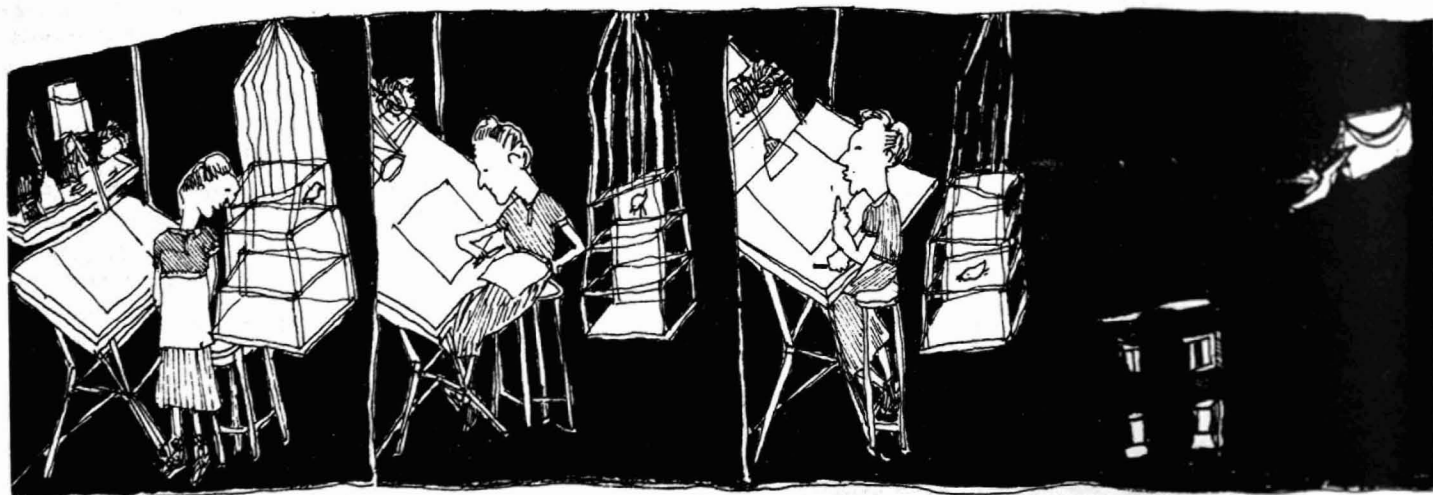
Pronto entendí, sin embargo, que el texto repetía uno de los muchos autorretratos tras cuya ejecución andamos todos, porque consumía elementos rapsódicos que corren desde un cargante romanticismo, pasando por conceptismos deleznales, hasta la atonalidad mental concebida para el caso como desesperación al ver producirse la angustia, ya única respuesta. El tiempo y su carga de otra suerte, viniendo de la contradicción que no tolera la identidad de las cosas que se suicidan frente a nosotros.

Llegado a este extremo deseo someter a ustedes, distinguidos académicos, el texto sobre el cual bordo este verbalizante oficio de tinieblas.

Texto uno

"La pintura de Judith Gutiérrez podría ilustrar lo que muchos imaginamos como primer paraíso. De hecho lo crea. Sus manos saben dar con la aplicación del color lo que muchos aspiramos a vestir con las palabras. La precisión cromática en ella corresponde por analogía a la pericia que el más castizo de los prosistas podría proponer al elegir palabras con las cuales decirnos, mira, aquí los árboles; observa, allá la manzana; todo ello mientras serpiente y personajes permanecen estáticos viéndose hacia sus partes pudendas antes de recurrir al abrazo fatal.

"En muchas circunstancias, sin embargo, conviene eludir la literatura. Esta, en el caso de Judith Gutiérrez entorpecería el paso que va de oír a ver el discurrir interno de los colores. El observador extraerá de este colo-



quío plástico, más aún que palabras, la manera secreta de repetir coloreándolo algún sueño perdido en el primer paraíso bajo árboles de tibia fronda, a la orilla de arroyos todo decididos.

"Y es que la literatura frente a la pintura es menos estricta. Por dicha razón debe aludírsele. Aquí, como quedó dicho, el oído mira en ella. En virtud de magias reverdecidas los ojos están hechos al tacto que precave tentear los motivos de una pintura en la cual no falta nada. Son días domingo de fiestas coloreadas por la comparación de la fiebre. Descritos por el furor dilatado y pungente de abrazarlos, producimos amor y encantamiento mediante los trazos breves. Los sucesivos; las olas. Y tantas puntuaciones de telégrafo emocional. Día domingo y camino llameante, rútilo hasta agotar el aliento de quienes observamos la pintura de Judith Gutiérrez.

"Canciones tradicionales, fragmentos de romances, cantilenas que diluyen su energía en el manchismo. Todo afirmación de las narraciones en las cuales San Jorge y el Dragón, pero asimismo San Miguel Arcángel son dilatación de la pupila de Almanzor observando a la mujer de caderas generosas, con la que disputará minutos después —todo será esperar el hecho— la carrera del goce perpetuado hasta la embriaguez de mundos fornicantes.

"Poesía, eso es. Claro. No literatura. Poesía y transformación, exterminio de la letra y exaltación de la palabra. Extracción del alma yacente en las cosas representadas mediante la oración profesada después de apurar jugos benéficos; yerbas maceradas, raíces en profundos despabilados cercanos a los indios, al mestizo, al criollo. A la homofagia. Poesía que reitera princesas incaicas y huríes exóticas sometidas a las caricias de sanguinarios reyes de *Las mil y una noches*.

"Podría, ¿de hecho no ocurre la metamorfosis? el último convertirse en el primero de los paraísos de que guardamos memoria? Amor aprehendido en la infinitud de la superficie del cuadro en donde matiz y formas nombran a los ojos lo que la lengua modula y enumera como palabra inmensa en la sensualidad dolorosa de regresar al mundo."

Continúa el alegato

Después de leído no conforta saber



que el escritor advenedizo vive desposeído de ideas y sentimientos, pero no así de palabras que se disputan unas y otras la primacía de averiguar a gritos cuál de todas puede oscurecer más el sentido de las cosas que nombra.

A la vista de lo anterior se imponía, pues, la elaboración de otro texto que por lo menos se aproximara sin torturarse tanto a la pintura de la magnífica pintora. Entonces imaginé un discurso que sin ser didáctico cayese tampoco en el romanticismo. De tal manera sería concebido que no tendría de qué avergonzar al autor si incurría en el impresionismo, vale decir en un vanguardismo técnico como solemos ejecutarlo quienes desconfiamos de nuestras potencias de creación literaria y por dicho motivo nos refugiamos en la factura de arduos versos con objeto de trazar un autorretrato tan ajustado al modelo que después nadie y menos nosotros mismos pueda repetir.

El discurso antdidáctico pero inducido hacia el impresionismo es el siguiente.

Texto dos

"La complicidad considerada como necesidad en la aprehensión del color aplicado en toda su plenitud, convida a recuperar la sensualidad perdida en la escritura cromática de la pintora Judith Gutiérrez.

"En efecto, todo conduce al goce pleno en ella porque las instancias temáticas, más aún recurrencias obsesivas, terminan después de largo recorrido adentrándose (adentrándonos) en la sensación de perpetuar un mundo que se insta a sí mismo a ser orden de formas magnificadas por la pasión.

"Todo se produce alejado de la interpretación ingenua (*naïf*) de la realidad. Por lo contrario, las metáforas se producen a manera de conjuntos

suscritos por la búsqueda intelectual; de aquí, pues, que tanto pensamiento como vida enlacen el equilibrio perseguido. Puestos en esta vía, el color es lenguaje de la luz aprisionada y evitada, todo a un tiempo; según los casos. El cromatismo destinado a narrar las medidas de la sensualidad recobrada, requiere, exige, nuestra complicidad; más bien totalidad de la simpatía amorosa. Se efectúa el matrimonio de cuanto poseemos como espectadores y asimismo de creadores en continentes recién iniciados por la felicidad creadora de Judith.

"Sus islas-continentes devienen como si fuesen producto de sucesivos recuerdos; en planos multiplicatorios y alucinantes los veremos (nos veremos). En efecto, aquí los habitantes del Edén nombrando las cosas, allá datos de una infancia avariciosamente acumulada; en otro extremo, el amor y su mitología de oniriasis canibalesca. En fin.

"Cabría reconocer en ella que todo es alimento y síntesis. Lo primero expresado por la desnudez, lo segundo por tropos de sugestión de las formas animadas: historias dichas mediante la pormenorización de lo miniatúresco compulsivo. Mares, tierras, árboles, animales, cosas humanas, conllevan el destino de saber evocar evocándose.

"Las sugestivas obras adquieren calidad de testimonio. Son orbes en movimiento, preñados de coloraciones rituales mientras traducen la concepción musical de la armonía de las partes.

"Arte juglaresco, a ratos producto de viejas memorias provenientes del submundo indígena americano en el marco de conflictos politeístas. Valga la comparación, redes colmadas a reventar con peces vivos mientras la Verde Tierra anima viejos espíritus, testigos de la obra del Sol.

"Manos del Sol sobre la piel de seres revelados en actitudes oferentes hacia el infinito amor. Pero también el pensamiento se desborda; inferido por la brujería deja su impronta en santos colosales en lucha con bestias más colosales aún. Aquí se enfrentan el bien y el mal. Afortunadamente ambos triunfan, por la gracia terrenal de Judith Gutiérrez. Pintora cenital."

Autoabsolución a fin del alegato

Una vez terminado de redactarlo me abstuve, prudentemente, de leerlo a fin de conservar la ilusión de que había hallado en él la plenitud y la eficacia buscadas. Y sin más consideraciones que podrían despeñarme en la redacción de un nuevo texto: el

tercero o cuarto o vigésimo, (*), lo tomé humildemente, confié sobre todo en los dioses del *Popol-Vuh* y lo hice llegar a manos de Judith Gutiérrez quien, a estas horas, gozará ya de los elogios merecidos de todos cuantos admiran sus dotes de gran artista.

* Que sería disparador de muchos, muchísimos más, y tantos que sin esfuerzo darían la vuelta al Mundo, no terminando más que en la locura.

LECTURAS

NUEVE TESIS DE LA FILOSOFÍA POLÍTICA Y SOCIAL EN RECASENS SICHES

POR LUIS J. MOLINA PIÑEIRO

Las nueve tesis que presento no pretenden ser una acumulación de ideas filosófico-políticas o sociales entresacadas de la obra escrita de Luis Recasens Siches, sino la explicación de algunos puntos a los cuales dio especial importancia en sus cátedras, conferencias y pláticas privadas, durante el período de 1964-1968, años de gran actividad docente y cultural de Recasens Siches, y durante los cuales fui su Asistente en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional Autónoma de México y acompañante fraterno en las Universidades de España y Alemania Federal.

Recasens Siches afirma que la libertad ha sido y será, mientras la persona esté consciente de su dignidad, el principio rector en la creación de las conductas y los modos colectivos de vida.

Ahora bien, la libertad al igual que todos los valores, al concretizarse en realidades sociales, puede presentar conflictos ideológicos y políticos prácticos. Todos somos solidarios en lo relacionado a que la libertad es inherente a la calidad humana de la persona individual, sin embargo, no todos pensamos ni sentimos de manera semejante cuando nos proponemos aplicar los principios axiológicos a realidades sociales concretas.

En la actualidad parece mentira, señala Recasens Siches, que entre algunos grupos el concepto de libertad se encuentre en descrédito, considerándose como algo intrascendente a la vida comunitaria, generador de prejuicios individualistas contrarios a la realidad y a los conceptos teóricos contemporáneos. Por ello, los filósofos sociales y políticos deben mostrar que el dilema no está en escoger entre un régimen económico liberal, sino entre un régimen que respete la dignidad de la persona o uno que la niegue so pretexto de defender valores independientes al individuo.

O se acepta que el hombre debe servir a las instituciones, tesis totalitaria; o por el contrario se considera al hombre como el único ser con finalidades propias, tesis humanista.

Cada hombre es incanjeable, diferente a todos los demás porque tiene conciencia de su dignidad, esta unicidad obliga al hombre a hacer su propia vida, a tejer su existencia. Pensamiento que, llevado al plano político, genera regímenes que consideran los objetos culturales, uno de los cuales es el Estado, como medios al servicio del ser humano en el cum-



plimiento de su destino singular e intransferible.

No se discute, si las instituciones son valiosas o no; en tal grado lo son, que sin Estado, por ejemplo, no habría orden social. La pregunta es clara, ¿qué vale más, el individuo o los entes colectivos?, entendiendo por individuo a todos y cada uno de los miembros de una colectividad; y por colectivo, a las figuras impersonales, cuya máxima manifestación la encontramos en el poder coercitivo del Estado.

Hasta el advenimiento de la filosofía de la vida, existió una polémica a nivel filosófico entre la razón y la historia. O se explicaba por medio de la experiencia el sentido de la acción del hombre en el mundo, afirmando que sólo existe lo que aparece como real a los sentidos — limitación empírica—; o se entendía al hombre y al mundo como objetos predeterminados hacia el cumplimiento de valores — mistificación racionalista—. Corrientes que crearon arquetipos inexistentes que fueron superadas al armonizar al hombre con su mundo.

El hombre es el único ser que piensa, pero piensa con relación al mundo que le rodea. Los demás hombres se le presentan al igual que los objetos, como dificultades o facilidades en la realización de su existencia. Sujeto y objeto no son antagónicos, sino partes de un todo: la vida humana, como lo explica José Ortega y Gasset, "Yo soy yo y mi circunstancia", pienso dentro de mí en mi conciencia, pero lo que pienso no es algo ajeno a lo que me rodea sino una conclusión de lo que me han enseñado los demás hombres, tanto aquellos con los que convivo — razón vital—, como aquellos que llegan a mí a través de la cristalización de su pensamiento en los objetos culturales



—razón histórica— y del contacto con la naturaleza —ecología.

El hombre es también el único ser que se preocupa por su vida, ya que está no se le da preconstituida, sino que tiene que ir haciéndola de acuerdo con su libre albedrío y las limitaciones o facilidades de las circunstancias. Situaciones que atemorizan al hombre y lo condicionan para su acción.

El miedo a la naturaleza exige que el individuo, haciendo uso de su inteligencia cree las técnicas y las ciencias, para someterla. El hombre teme además a los demás hombres; para asegurarse frente a ellos, crea el derecho; por ello la libertad absoluta no es posible que exista, pues mi libertad para convivir con la libertad de los demás, ha de ser limitada, pero esa limitación nunca podrá atentar contra la dignidad humana.

Toda organización social exige una serie de instituciones que regulen las acciones de los individuos y los entes que en ella se encuentran, a fin de poder cumplir, tanto con el destino individual, base de la dignidad, como con los intereses de la colectividad a través de la realización de la igualdad y la justicia social.

Recasens Siches afirma que las instituciones encargadas de ejercer los controles sociales, especialmente el Estado, deberán encontrar una fórmula que armonice estos dos principios axiológicos, de no hacerlo, se establecerían sistemas políticos que al atacar la libertad generarían regiones inhumanas transpersonalistas,

que convertirían al hombre en medio negándole su dignidad; por el contrario, si se olvidan de las acciones de justicia social, atentarían contra el fundamento de las instituciones y el Estado. Proporcionan los medios necesarios al individuo para el cumplimiento de su destino individual.

Para Recasens Siches la idea de la dignidad humana ha sido el fundamento del pensamiento filosófico, con algunas excepciones como son a saber: el alma nacional del romanticismo alemán, el espíritu objetivo de Hegel, el materialismo histórico de Marx, la escuela contrarrevolucionaria francesa de la Restauración y las tesis monistas de segunda categoría científica, ideas del siglo XIX que provocaron las concepciones unitarias sobre el desarrollo de la sociedad, la historia y la cultura. Recasens Siches afirma que en los últimos veinte años tras la amarga experiencia del establecimiento de regímenes totalitarios y los crímenes de la segunda guerra mundial la idea de los derechos humanos ha adquirido nuevo brío, no sólo en el plano filosófico, sino en todas las actividades políticas, tanto de índole nacional como internacional.

En primer término, están los valores que se dan en la conciencia individual, valores morales que elevan y afirman el espíritu del individuo; en niveles secundarios, están los que se materializan en bienes y los que se realizan en las instituciones sociales —Derecho, Estado— los cuales sólo se justifican cuando sirven de instru-

mento o medio para el perfeccionamiento espiritual del hombre.

Recasens Siches señala que este respeto por el individuo nada tiene que ver con sus intereses y egoísmos. Hablo de valores morales, espirituales, no de intereses; por lógica elemental, sobre el interés del individuo se levanta el interés de la mayoría y el bien común. O sea, para Recasens Siches no existe incompatibilidad entre los valores de la libertad individual y los del bienestar general que se dan en la comunidad. La libertad es inherente al cumplimiento de la dignidad; el bien común, es la meta que deben tratar de alcanzar todas las instituciones, especialmente el Estado, ya que sin él la certeza y la seguridad, funciones que justifican su existencia, serían imposibles.

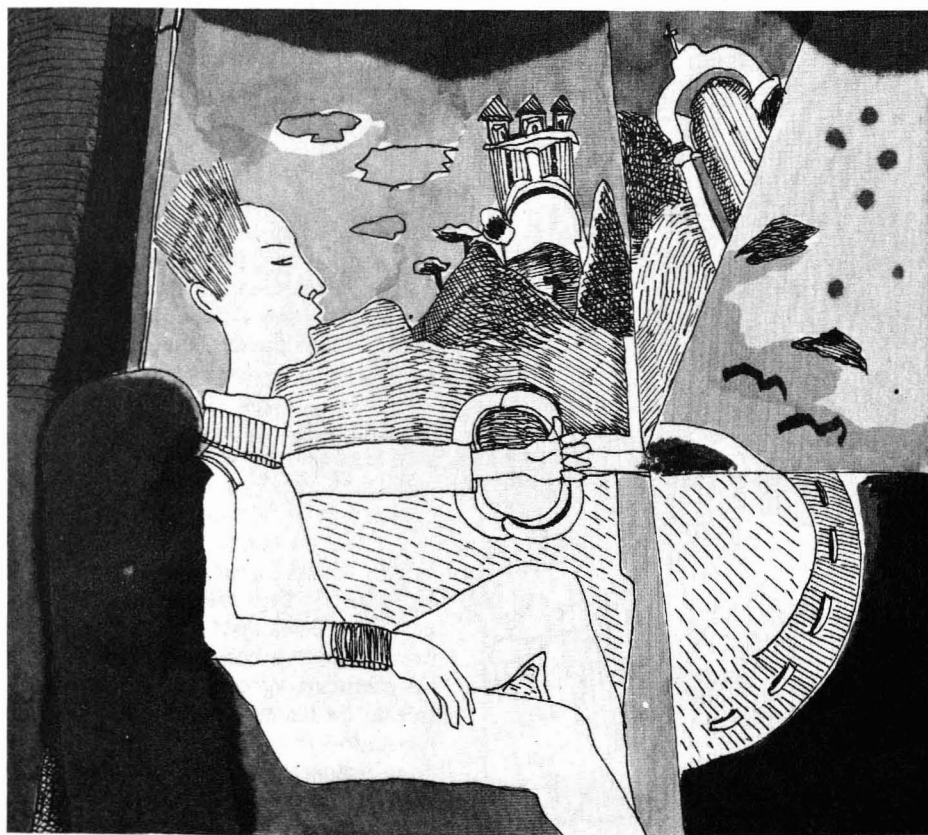
Recasens Siches señala los siguientes puntos para diferenciar claramente ambos sistemas.

Para el humanismo la política, el Estado, el Derecho y todas las demás instituciones, han sido creadas como instrumentos para la realización de los fines de la persona humana. Por el contrario, para el Estado totalitario, transpersonalista, el hombre es un utensilio que sirve al engrandecimiento del Estado, la raza o algún otro ente. En los regímenes humanistas, los valores sociales están subordinados a los valores que se realizan en la conciencia individual; por el contrario, los regímenes transpersonalistas son totalitarios, pues imponen las normas sociales, políticas, religiosas, científicas, artísticas, etc., que deben regir las diversas facetas de la vida humana.

El autoritarismo para Recasens Siches encuentra su origen en la lucha entre los hombres o las naciones, por ello carece de ética y moralidad. La democracia, por el contrario, trata de racionalizar, por medio de la discusión, los conflictos humanos; por ello, para Recasens, el sistema político democrático, es el único capaz de equilibrar la libertad y el orden, impidiendo la tiranía y la anarquía, por medio de la obtención del bienestar colectivo a base de la fraternidad y cooperación humanas y no de luchas entre los hombres y los pueblos.

Nótese que el texto precedente carece de comentarios críticos, directos o indirectos, a las ideas de Recasens Siches, pues sólo se ha intentado hacer una exposición sistemática de ellos.

Creo necesario, finalmente, aclarar que en lo personal en mi calidad de científico social, difiero de la posición ideológica y sus consecuencias políticas prácticas de las tesis avaladas a un nivel filosófico por Recasens Siches.



LIBROS

DEL TRANSITO AL EMBOTELLE

Luis López Alvarez, *Tránsito*.
Ed. Joaquín Mortiz. México 1979, 57 pp.

POR GUILLERMO SHERIDAN

En las páginas de su diario, Gide recomienda que no haya música en el cuarto de trabajo, ni pinturas ni ventanas. Por supuesto, dice, lo que menos debe haber ahí es libros o, cuando sea inevitable, apenas algo "ligero" (él recomienda *La Enciclopedia*). Lo que sí debe estar siempre sobre el escritorio, insiste, es muchos diccionarios. Parecería que Luis López Alvarez sigue a pie juntillas esa sugerencia. La primera parte de su *Tránsito*, fechado por cierto en La Habana y en París entre 1975 y 1977, le merece el deseo al lector, en momentos, de que sea, en efecto, transitoria. Es tal el cúmulo de palabras extrañas, locales si no es que privadas, tales las enumeraciones surgidas del Sainz de Robles, que en momentos se antoja haberse levantado sufriendo una suerte de incurable dislexia:

Tú ten prestos los adrales del carro
y presta la tartana
aun si las aceñas no muelen
y de nada sirven cárcavos, de nada las
borigas.

Incurable porque en varios casos ni los más egregios diccionarios pueden sanar al (limitado) lector. A buen entendedor, pocos glosarios, esta leve basura en la perla de López Alvarez se encuentra peligrosamente cercana a la epidermis de la joya y lastimosamente lejana de la solvencia de las palabras-maleta de Sousa Andrade, de Vallejo o de Gironde. Lo mismo vale decir del placer nervioso que López Alvarez ejerce sobre la aliteración:

tarántula de taumaturgia tántrica
que tálamo de tántalo es amar,
amar, amor, borujo, barredura, borra,
amor borrón y cuenta en agua de borra-
jas.

Llega un momento en casi todos estos primeros poemas del libro en que lo poético se rinde y se inmola en lo fático y su énfasis

trueca lo discursivo en ruido. La originalidad limita a veces y se hace inhabitable si volcada en su artificio termina por cerrarse: es entonces cuando la escritura ya no colabora a delinear un rostro sino el rostro de nuestras ocurrencias.

Todo lo cual no deja de ser lastimoso si se considera la extraordinaria habilidad y la agresiva belleza de varios poemas en el libro. Se trata de una poesía meritoria que no excluye el balbuceo, el placer de acchar las ideas con el lenguaje, la irreverencia y la autoparodia que no deja de ser ocasionalmente la parodia de todos. En este sentido el lector piensa en la justicia del título del poemario: trátase más del tránsito entre las cosas que de las cosas mismas. Poesía molecular, la de López Alvarez, descabellada y todo, encuentra su propia voz en una especie de automatismo asociativo que realiza entre las ideas algo parecido a lo que logran la precipitación aliterante que se mencionó arriba. Es decir, sus virajes incontenibles aparecen indiscriminadamente entre los átomos que forman la molécula de cada poema. Eso es lo que permite que en algunos de ellos, los mejores, se puedan reunir campos de misi-

les avencindados con tierras de labranza o con selvas que devienen "amable musgo, cabello/ tomelloso de mujer...". De ahí que en principio se tenga a veces la impresión de estar leyendo párrafos empastados con otros de otro poema, cuando en realidad se debe a minuciosos *shifters*, a delicados giros de la peonza, el pasar de un asunto a otro por arte sólo de intrigante divagación. López Alvarez no discrimina su escritura, se deja llevar por el antojo, por la mano dadivosa de lo poético hacia, donde esta quiera, hacia otro poema dentro del que le dio origen. Entre el genitor y el vástago hay un tránsito verbal que de continuo forma el sentido del poema:

Hay lo que reflejamos y aquello
que a su guisa
nos atraviesa de continuo,
poco, en fin,
lo retenido.
Puerta somos,
dosel
que una espada atraviesa
que alguien
asesina a través nuestro
lo que quisimos proteger.
En dóciles avenales
grávidas oscilan las mieses
vibrando cual voz
que aún antes de pronunciada
dibujó ya la palabra
se hizo
molde de lo que iba a moldear.

Pero este tránsito entre lo que el poema es y lo que sugiere y lo que se dice o toca al querer agotar su sugerencia en el poema mismo, también se encarna, se escritura, en la relación entre el mundo y los diccionarios, entre la realidad y sus inventarios. Las diferentes instancias que provoca el poema al encadenarse con la volátil celeridad de quien lo escribe, las diferentes narrativas que pueden desglosarse en cada poema y que suelen obedecer casi siempre a este esquema (reflexión-ilustración-digestión) significan otro tránsito no menos interesante, aquel que es parte de nuestra naturaleza misma, el que nos es consustancial: "tránsito eres y en tránsito/ te habrás de convertir". El tránsito de López Alvarez abarca y habita diversas y complementarias categorías: desea colarse en el tren de la historia junto a "los hombres", observa con singular ironía desde las minucias agronómicas hasta la dancsidental de las esferas, enumera lo experimentado y lo experimentable, la jabalina y el holocausto atómico, recorre toda la escala social desde cóncavas princesas de ojos borceguíes hasta "hombres en querencia de tierra", su atomismo sentimental lo



hace poner sobre la mesa de disección humor, cultismo, ironía junto a una máquina excesiva de poetizar; su sintaxis retorcida corre entre madrigueras empapeladas de diccionarios y rostros sometidos al imperio del azar, de un azar (y este es un tema recurrente en todo el libro) impuesto sobre la proliferación de la realidad por la proliferación de armas nucleares entre selvas, nostalgias y comportamientos cotidianos:

Como un aeróstato se alza el hongo atómico,
tras él
la ráfaga de la onda explosiva
y se llevan las manos a la boca, las manos a
la nuca
cual si fueran sus únicas partes
vulnerables.
Barro,
barro aplicas en la picadura de la avispa,
enjambre de amarillas,
desazón de existir.

Entre su afán apocalíptico y sus momentos de gran ternura, este tránsito une y separa, evoca y sugiere con todo y su notable irregularidad en lo que toca al uso del lenguaje. Espera el lector que el tránsito entre éste y el próximo poemario sea breve y que ayude a limar las asperezas que resultan de un poeta tan preocupado por la poesía que corre el peligro de caer en el prosaísmo, de un poeta capaz de unir una extraña originalidad a un abrumador desencanto retórico.

MÁS LE QUEDA AL TIGRE CUANDO ENVEJECE

Eduardo Lizalde, *Caza mayor*, México, UNAM, 1979, 62 pp., Col. Cuadernos de poesía.

POR JAIME MORENO VILLARREAL

Eduardo Lizalde, la zorra política y vitalmente enferma ("La perfecta salud, dijo, estorba el pensamiento y anexas corrupciones"), vuelve a ser el tigre, y como felino es una astuta zorra y un feroz poeta.

Es astuta zorra que no permite que su *Caza mayor* imite como nunca buena segunda parte a *El tigre en la casa* (Universidad de Guanajuato, 1969), sino que traza en su nuevo libro una obra basada en la diferencia que un escritor ha de guardar siempre con respecto a su producción anterior para no caer en el autorrefrito; y es feroz poeta que roe sus palabras para pulir hasta el hueso no el poema —pues el tigre es elegante pero tosco— sino la poesía carnosa. Por esto, el libro de Lizalde es antes un libro de poesía que un libro de poemas.

Caza mayor entrega en su título dos sugerencias. La primera en cuanto a que puede ser el reconocimiento que el propio autor hace a una obra mayor dentro de su producción; mas por otra parte puede considerarse también —y esto especifica-

mente en referencia a los temas y el tono del libro— como una alusión a la obra de un hombre de edad. Lizalde cumplió cincuenta años en 1979 y el tigre comienza a hablar de su vejez, pero habla como el que canta en arte mayor.

Diez años más tarde, el tigre es otro. Teme a la muerte y se deja rondar por ella. La muerte es el tigre de los tigres que sorprende, arrebatada y extermina a la especie. Ya el gran felino no es aquél de *El tigre en la casa*, más portentoso y al mismo tiempo menos asible que hacía intuir con terror: "hay un tigre encerrado en todo esto", y propiciaba la mayor precaución: "ni siquiera lo huelo para que no me mate". La bestia carnívora, el "gran perverso" es visto ahora de cerca por Lizalde como "una criatura patética y enferma", y en el destino de su especie sólo se vislumbra la extinción. Como triste premonición del cercano futuro del tigre, se muestra al lobo envejecido cuya decadencia lo deja inerte ante coyotes y hienas carroñeras, lo hace alimentarse de los restos abandonados por los animales de rapiña aunque "él sueña en la luz de unos filetes de venado a la inglesa".

El tigre puede envejecer, pero la poesía aún madura. Lizalde recupera y sintetiza elementos de sus libros anteriores. Su queja por el dolor de la pérdida de tanto amor que se acumula para desvanecerse (en *El tigre en la casa*) así como su azoro ante la luz que, como el amor, "arrastra en su desastre todo lo que ilumina" (en *La zorra enferma*, Joaquín Mortiz, 1975), se vuelven a fundir en *Caza mayor*: "Qué desperdicio, luz, qué desperdicio", porque para el tigre que envejece es evidente el próximo advenimiento de las pérdidas.

Madurar para la poesía es cuajar sus intenciones. En *El tigre en la casa*, el autor mostraba intenciones de contundencia que a veces eran un fracaso: "El odio es la sola prueba indudable de la existencia", y a veces quejaban sin rebasar la sugerencia: "Pero el amor es todo lo contrario del amor". En uno y otro caso Lizalde se constreñía a la búsqueda de una definición luminosa. Sólo cuando rompía el esquema de la definición su lenguaje creaba libremente: "El miedo hace existir a la tarántula". En *Caza mayor* desaparece la definición y triunfa la contundencia menos buscada pero, al fin, más brillante:

El Universo ha sido pensado por un niño
—eso, se sabe—
y un tigre lo gobierna.

Blake preguntaba si el creador del cordero y del tigre era el mismo y si acaso había sonreído al contemplar su obra rayada. Lizalde adelanta la respuesta afirmativa a la duda de Blake. Para gusto de Jehová, lo creado se destruye. El mismo destructor creado por Dios se destruirá al aniquilar al destructor creado por el hombre y que "ya patrulla las ciudades", un irónico Fiat tigris. Y en el festín de la aniquilación no serán ni el hombre ni el tigre los que sobrevivan; todo el festín será para las ratas. Si el mismo Dios creó al cordero y al tigre y sonrió complacido de su obra, la destrucción es su signo y el mundo será el pan de



los roedores. Cadáveres de animales y ciudades serán cubiertos por el mar de pelo de las ratas,

Y a distancia, la Tierra será un blanco, bello ovoide, una madeja de huesos, como ciertas rosas o esferas de marfil talladas finamente por los chinos.

Para el poeta, la muerte se presta menos para el homenaje póstumo que para la ironía presente. Sabines, también tigre, interviene:

Jaime, poeta, le decimos, oye,
no dejaremos que nos hagan parque,
como a Rosario tu paisana,
sino cantina, piquera o bar,
si quieren.

Si la muerte es ciertamente el destino del tigre, la rebelión ante ella debe ser la lucha. El tigre y el niño, gobernador y pensador del Universo, son baluartes para oponerse a la "muerte cuervo", que no deja de recordar a Poe cuando a ella se enfrenta la consigna: "Nunca a una muerte".

El tigre se defiende bien todavía. Por más que se diga viejo, en esa afirmación hay argucias de zorra y empecinamiento de poeta.

JUEGOS DE SALÓN LA NUEVA MORAL Y EL MUNDO SIN VALORES

Raúl Casamadrid, *Juegos de salón*. Premiá Editores, Colección "Los brazos de Lucas", 89 pp. México, 1979.

POR AGUSTÍN DE ITURBIDE

NOTA: estoy secuestrado por treintaitrés cristeros que me obligan a escribir estas líneas porque, aunque con dudosa calidad,¹ resulta imposible no celebrar la aparición de un nuevo libro en los mercados culturales del país. El lector ha adivinado (¿o todavía no?) que, por supuesto, nos referimos a *Juegos de salón* del todavía no célebre Raúl Casamadrid, apodado así por su notable aptitud para los trabalenguas.

LIBROS



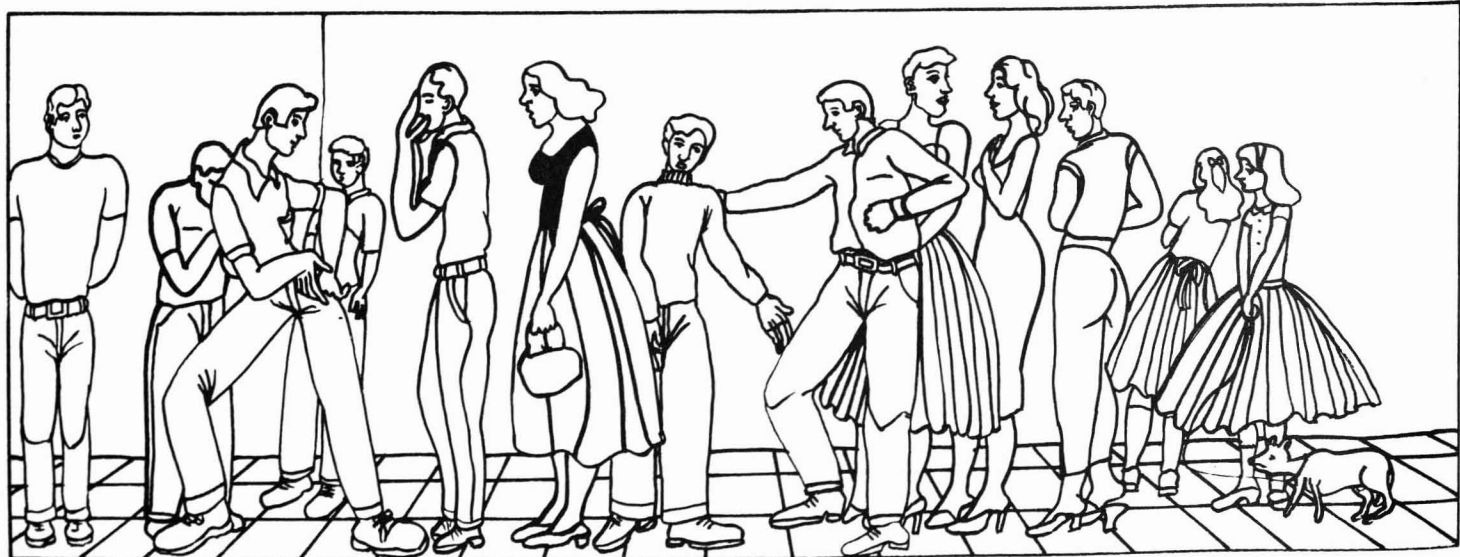
Raúl, de escasos 21 años, ha pergeñado este libro, fruto del más sano esparcimiento —y del aprendizaje somero y lúcido de los cánones literarios—, que ahora llega a nuestras manos —indirectamente, como queda asentado líneas arriba— y en días pasados tuvimos oportunidad de hojear. Alguien ha dicho: "Cuando la escritura agota los temas de la realidad, comienza la fantasía." Y aunque tal aseveración sea muy discutible, nada podría servirnos tanto para ubicar al libro en cuestión porque, precisamente, tratamos de interrogarnos, no sólo sobre lo que parece decirnos, sino sobre lo que en el fondo nos dice, que no es poco —aunque sí un poco exagerado (tampoco queremos que el lector se imagine que se trata de un libro de fantasías, no). Pero decíamos, he aquí, por fin, un libro que vale la pena leer.

Emparentado con Lautréamont, Bataille y Diego Rivera —porque se trata de un mural de experiencias— este libro describe los hábitos y las costumbres de una sociedad a punto de extinguirse (no por decadente, sino por falta de fondos) en la que cotidianamente se mueve una serie de personajes tan cercanos a nosotros que bien podríamos ser nosotros mismos —tú, yo, aquél, vayan ustedes a saber. Burla satírica e imprescindible contribución a los espacios morales de nuestro tiempo, *Juegos de salón* es un plato fuerte con el que muchos

podrían infectarse la lengua —si no por voluntad, sí por el contagio mismo contenido en el estilo del autor. "Sólo ruinas —parece decirnos el libro— quedan de los días de ayer." Hoy los padres traicionan a sus hijas, y las hijas corren, despechadas, a refugiarse a los brazos del primer mozalbete que encuentran a la salida del cine. Pero no nos desviemos del tema.

Tratándose de un autor joven, conviene referirnos, sobre todo, a sus intrínsecas virtudes. Para no abundar en inaccesibles y desgastadas fórmulas críticas, dejemos que el lector lleve a cabo su propio desglosamiento: "Ahora voy a matar a mi mami con este filoso puñal. Digo ahora, porque hace diez minutos maté a mi agüelita. Ya está. Ahora voy a dormir." (pág. 87.) En estas líneas podemos encontrar algunos de los rasgos esenciales que distinguirían, entre otros, la diferencia que existe entre la generación inmediatamente anterior a la de Casamadrid, y la de Casamadrid mismo, quién sabe si él esté de acuerdo (para el caso bastaría echar un telefonazo). A la misma distancia de José Agustín y de Agustín Lazo, Casamadrid instaaura una nueva brecha para contar el transcurrir del mundo. "Lo peligroso es la realidad." De manera espontánea, sin aviso, pero alevosamente premeditada, la realidad se deja atrapar en estos textos, y nos muestra nuestra moral y las caries que la corroen. No es este, sin embargo, su único mérito. Algún escritor clásico ha dicho —no sin regocijo— que los escritores jóvenes no saben lo que quieren y que, generalmente, carecen de oficio. No es este el caso del autor que nos ocupa, y la excepción nuevamente vuelve a confirmar la regla. Disciplina, voluntad, experiencia, trabajo y una interpretación no por delirante menos certera (de los hechos), se exponen abiertamente detrás de cada línea que Casamadrid nos ofrece. Gusto por el lenguaje, juegos de palabras, filología, en fin, una *summa* que en Casamadrid se convierte en algo más, un elemento fundamental y necesario en estos días de reinante improvisación: la chacota. Y es que el uso mesurado y deliberadamente irresponsable de las palabras, conduce a nuestro autor a entregarnos pistas insospechadas que se desprenden del discurso mismo de la narración.

Pero hablemos ahora de las fallas, me-



nores en comparación con los aciertos, que también caracterizan al libro ya que se encuentran a pasto. La principal de ellas, es el nombre de los personajes (¿por qué esos nombres?). Desdeñando una amplia tradición nacionalista, Casamadrid ha preferido bautizarlos con nombres tan irreales y pretensiosos como "las hermanitas Crimson"—es obvia la influencia colonialista del rock, y por ello mejor no abundemos en el tema. Otra: algunos de los diálogos son inverosímiles (pág. 37) y no acaban de convencernos, aunque se les logra apoyar con el atinado tratamiento de las situaciones (sin embargo es necesario añadir que a veces las situaciones mismas no acaban de lograrse).

Es necesario que los jóvenes escritores se desprendan de esa serie de vicios que la narrativa hispánica arrastra desde sus orígenes (por ejemplo, el uso inmoderado de las voces pasiva y transitiva) pero, con todo, el libro de Raúl Casamadrid es realmente elogiado por sus facultades y su desbordante talento. Sobre todo cuando lee en voz alta. Esperemos.²

Notas

¹. El redactor se refiere a su reseña.

². "que estos malditos cristeros me suelten pronto", dice el resto de la frase, ilegible por una mancha de chocolate. (la R.)

LA REALIDAD EN EL DELIRIO

El movimiento surrealista, de Adriana Yáñez, Editorial Joaquín Mortiz, serie del volador, 1979, 95 pp.

POR MANUEL CAPETILLO

En general, criticar es prejuizar, tomar el punto de vista de eso que se critica, para reconstruirlo o para desarmarlo apasionadamente, a fin de formar parte de ese objeto del que nuestra atención se ocupa. Al leer los escritos de Adriana Yáñez reunidos bajo el título de *El movimiento surrealista*, me queda la impresión de que esa ha sido la actitud de la escritora: mirar desde fuera el motivo de su observación —fríamente, incluso quizás con un tono y un orden relativamente escolares—, pero después de todo comprometiéndose con el Movimiento, a través de la distancia de esa observación metódica propia de quien algo estudia, hasta empaparse un poco en el pequeño mar de la admiración, no ya respecto al surrealismo, sino siendo surrealistas la misma admiración y la propia admiradora, en la medida en que la tercera parte del libro busca precipitarse rumbo a la experiencia del delirio, aquella en la que la realidad es cierta porque es libre.

En esta tercera parte, titulada "Eros y poesía", en la que Adriana Yáñez se entretiene especialmente en el tema del deseo,

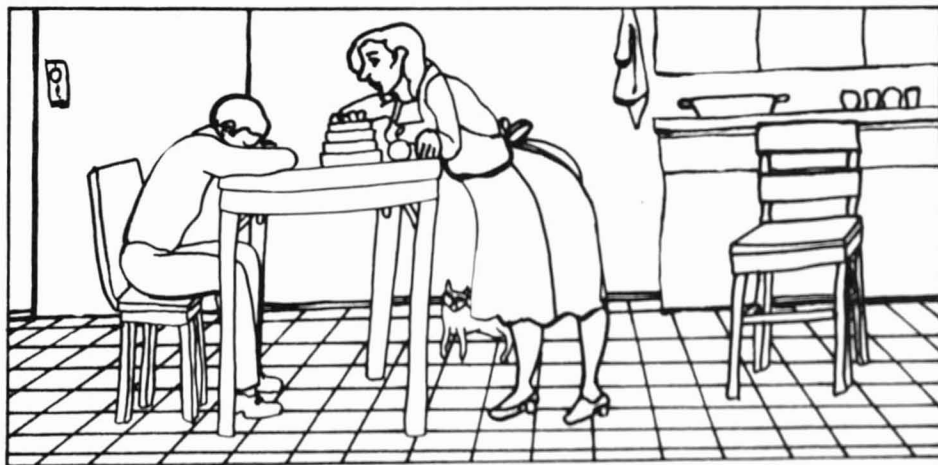
LIBROS

bajo su condición eficaz que todo lo atrapa en el límite de lo vivido, el libro substituye el procedimiento que supongo analítico histórico de los Antecedentes (I) y de la Concepción de hombre y del mundo (II) propuesta por el terror de los románticos "autores del mal" y por su consecuencia inmediata: ese grupo de hombres entregados al escándalo, a la revolución humana, a soñarse a sí mismos y a la locura, punto no de fuga sino de encuentro de la libertad predicada y practicada por quienes integraron el movimiento surrealista.

El libro substituye su método de análisis, porque Eros y poesía (III) es medio del que la autora se vale para paticipar más directamente en lo que dice, atrapada por el

se sólo como de paso a los autores pictóricos del Movimiento. Sin embargo esto es de importancia menor, dado que la pretensión principal del libro consiste en establecer la estrecha relación entre la búsqueda y la práctica, entre las ideas y las acciones: los integrantes del surrealismo fueron en su momento, porque entonces el surrealismo para ellos fue toda su existencia: la persecución y el ejercicio de la libertad hasta el límite de la razón, hasta el límite de la existencia.

Magia, misterio, sueño, deseo, visión de la realidad "desde la otra orilla", según informa Adriana Yáñez en la forma detalladamente subjetiva y sin novedades de su libro, hacen de la voluntad surrealista un movimiento intransigente que se opone a toda imposición. Por eso tuvieron lugar las simpatías y las rupturas, la ineficacia ante un mundo dominante considerado por sí mismo como estructura acabada y



sueño y por la noche y por el amor deseado, y se diría que esto sucede, además, gracias a las contradicciones de esa suerte de escritura automática a la que Adriana Yáñez termina por entregarse, así como a un olvido sustancial en que las últimas páginas, al contrario de lo que ocurre con el recuerdo insistente en las primeras partes: frente a la conclusión —"La imaginación enferma cantó dolores de inconciencia a alguna divinidad oscura..."—, resalta la esperanza humana, la luz, la unidad, la libertad, "las condiciones necesarias que hagan posible la vivencia del instante privilegiado", como la propia Adriana Yáñez lo indica.

Se trata del instante en que las puertas de ese estado de vigilia que es el sueño se abran a fin de que conozcamos la realidad "otra", lo cotidiano experimentado en su dimensión absoluta. Atrás del horror, del insulto, del espectáculo surrealista, que atenta contra lo que el hombre cree ser, está el hombre verdaderamente libre: el suicidio, el asesinato, las manifestaciones repugnantes creadas a manera de obra revolucionaria y vividas por los surrealistas y sus predecesores aparecen en este libro como la denuncia que busca la transformación del mundo: la transformación social mediante el encuentro que los individuos tengan con la libertad, con lo deseado.

Tal vez haya una especie de omisión al subrayarse sobre todo la obra literaria de determinados surrealistas, mencionando-

perfecta, conocido, y enemigo de abrir las posibilidades de la vida: "Y empezaron los críticos a teorizar (al margen de Marx) estableciendo diferencias entre arte puro y arte comprometido... La función militante no puede ejercerse a costa de la función crítica... los surrealistas no supieron o no quisieron someterse a la disciplina del Partido..."

"Sólo ahondando en la propia existencia se puede llegar a lo Uno universal... (los surrealistas) abrieron las puertas de la esencia de la poesía, la misma que encontramos en los grandes mitos, la que cantan los grandes poetas", dice Adriana Yáñez, porque si bien el movimiento surrealista se dio en un período de este siglo, lo maravilloso, el sueño y el deseo han existido y existirán siempre, mientras seres humanos vivan en la tierra de nuestra realidad.

ARCADIA TODAS LAS NOCHES

Guillermo Cabrera Infante. *Arcadia todas las noches*. Seix Barral (Biblioteca Breve, 438), Barcelona, 1978.

POR ALBERTO PAREDES

Guillermo Cabrera Infante a los 29 días de edad "va al cine por primera vez con su madre, a ver *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* ('reprise')." A lo que pudo ser fruto del azar y olvidarse aun como anécdota biográfica, se le concedió la categoría de

ser la cifra que contiene toda una vida. La relación desde entonces de Cabrera Infante con el cinematógrafo ha sido constante, fructífera e íntima. Lo cual (aunque ya es bastante conocido: no hay pasiones ocultas, así pertenezcan a la noche de la sala cinematográfica) no siempre es tenido presente en el momento de hablar de G. C. I. y su obra. Pero él sí lo sabe y se ha encargado de repetirlo con persistencia. Si es cierto que lo más perdurable de él se encuentra en su aporte a la literatura hispánica, también lo es que vive tanto para y por la literatura como para y por el cine. Incluso sus ingresos provienen, significativamente, de este doble trato y comercio:

“Vivo principalmente del cine, de los royalties que obtengo de *Vanishing Point*, que yo escribí, de guiones de encargo ... y de lo que dan mis libros.”²

El bebé que su madre llevó al cine se convirtió, a la vuelta del tiempo, en el creador de la Cinemateca de Cuba, que presidió de 1951 a 1956, año en que “tratando de usar la *Cinemateca* como plataforma política, la mata.”³ En 1959 al triunfo de la Revolución Cubana, fue ejecutivo del Instituto de Cine. Fue el autor, además, de la columna cinematográfica de *Carteles* (1954-60) y, en su tiempo, *Revolución* (1959-60). Esas crónicas de cine no deben perderse de vista pues representaron la postura más lúcida en la crítica cinematográfica de su época (en mucho coincidente con la de los jóvenes franceses que darían el golpe en 1959). Lucidez obtenida por la sola presencia de un espectador atento, culto y perspicaz (las tres cosas en grado sumo).

LIBROS



Su amistad con el cine lo llevó en 1962 a dictar 24 conferencias sobre cinco de los grandes directores de Hollywood: Howard Hawks, Alfred Hitchcock, John Huston, Vicent Minnelli y Orson Welles; la recopilación de esas conferencias es *Arcadia todas las noches*, se mantienen a 17 años de distancia tan joviales, frescas y acertadas como entonces. Leerlas ahora es corroborar, en una suerte de profecía *a posteriori*, la calidad crítica de G. C. I.

El primer gran acierto es que G. C. I. haga su análisis a partir de la figura del director y de sus películas como un todo homogéneo. A mediados de los cincuenta Truffaut conmocionó con su *Politique des*

auteurs, siendo inmediatamente secundado por el grupo de *Cahiers du Cinema* y apoyado desde U.S.A. por Andrew Sarris. G. C. I. en estas conferencias se adhería con buen tino a esa postura hoy inobjetable. Sus cinco ensayos son sendas muestras de cómo desentrañar el misterio de un *auteur*. Considera el conjunto de películas de un director como los elementos de la obra general de un artista (aunque desliza una sugerencia novedosa y fértil, según Néstor Almendros —y él está de acuerdo—. “Es evidente que la personalidad del actor opera un cambio en la película en que actúa. Es así que una cinta de Brigitte Bardot dirigida por Vadim es muy diferente de un film de Vadim actuado por Jeanne Moreau.” — 142 de *Arcadia*—), acude para ello tanto como lo necesite a la biografía del autor para husmear y comprender peculiaridades formales o temáticas de su obra siempre guardándose a buen recaudo de la falacia biográfica: “Quiero decir que me interesa más la realidad de las obras de Shakespeare que la realidad del autor de las obras de Shakespeare” (p. 55).

Excelente muestra de lo anterior es el capítulo —el más largo, por cierto— sobre “un ave fénix llamada Orson Welles”. Ahí queda bien dicho cómo las obsesiones personales del ex *enfant terrible* y siempre genio unidas a la más rigurosa pericia técnica han prohiado la obra cinematográfica impecable que trasunta una poesía sin par. El crítico cubano se detiene, moroso, en anécdotas célebres y otras no tanto, en las fobias —a las alturas y espacios abiertos— de Welles, en su natural nostálgico, para llegar al cine gótico de este “genio demasiado frecuente”. Evoca paso a paso la aventura que Welles emprendió en 1940 para filmar *El ciudadano Kane*. Al concluir con la génesis, sigue algunas de las pistas de la película: innovaciones técnicas, organización formal, algunos de los sentidos implicados, su posición en la historia del cine.

Hitchcock fue la punta de lanza para la justa y definitiva reivindicación de Hollywood. La emprendieron, como es sabido, los ya aludidos cineastas de *Cahiers du Cinema* (Truffaut, Godard, Astruc, Bazin, etc.) G. C. I. es otro de los convencidos que aunque “el cine —de Hollywood especialmente—, a menudo, es más una moda que un arte”, buena parte de Hollywood sobrevive la fugacidad de la diversión gratuita. Hitchcock fue también su carta fuerte, allá por los cincuenta y sesenta todavía, cuando desde La Habana se unió a la cruzada. De lo mejor de *Arcadia* es su erudita, apasionada y mítica interpretación de *Vértigo* (en las pp. 71 a 83), la obra maestra de Hitchcock desatendida comúnmente. G. C. I. fue de los primeros en entender que Hitchcock no es “el mago del suspense” sino el valioso autor de un cine teológico de irreprochable factura y belleza plástica.

Arcadia es, en gran medida, defensa y glorificación de Hollywood. Ya que su autor ha dicho a las claras que vale por sus heterodoxias (Orson Welles, por supuesto) y rarezas (Alfred Hitchcock) se aplica a defenderlo por sus productos arquetípicos. Tal el caso de Vicent Minnelli y la comedia musical. Un *musical* es todo lo divertido y despreocupado que se quiera,



sostiene G. C. I., pero es ante todo, si el que empuña el megáfono es un Minnelli, arte, creación sólida.

Creo ... que nada dentro del cine como la comedia musical para expresar este sortilegio creador, para animar la belleza de la vida y poner en juego al alma y al cuerpo como las fiestas dionisiacas ponían en juego el cuerpo y el alma del antiguo: la comedia musical es un cine pagano en el sentido que Nietzsche le dio a esa expresión (p. 181).

G. C. I. señala la coherencia y complejidad inherentes a estas películas tan menospreciadas, su calidad profesional y estética. Va más allá y, a manera de hipótesis, devela la cosmovisión del *auteur* Minnelli:

¿Querrá decir el aparentemente frívolo, aparentemente superficial, aparentemente sensiblero de Vincent Minnelli que no somos más que huéspedes no invitados de una fiesta fingida en la que falsas caras sonríen sonrisas ficticias o risas acrílicas o carcajadas de utilería, donde labios pintados dicen frases mentirosas, en que bocas de dientes postizos cuentan historias inventadas, donde cuerpos rellenos de engaños gesticulan muecas y gestos pomposos, vacíos, viven vidas inauténticas bajo cielorrasos de fantasía y se embriagan de mentiras, de invenciones, o sufren por calumnias y gozan por mentidas alabanzas y pretenden divertirse, pasarla bien, gozar la ocasión, "vivir el momento", antes de desaparecer todos de golpe porque la fiesta de vanidades que es la vida ha terminado en la única y última y universal verdad de la muerte? (p. 174)

El libro lo completan otros dos ensayos. Uno sobre el cine duro, violento y de viril ternura de Howard Hawks (*Caracortada, Tener y no tener, Al borde del abismo, Vitaminas para el amor*). Recuerda la personalidad y el estilo del autor que trabó contacto con géneros tan diversos como el cine negro, el western y las *screwball comedies*, con personalidades como Paul Muni, Humphrey Bogart, Marilyn Monroe y Cary Grant. Parte especial le dedica a su larga, compleja fructífera en ambos sentidos amistad con William Faulkner. Todo ello para introducir a su auditorio y público lector al "cine limpio, directo, funcional, que es quizá el más distintivo en el cine norteamericano" como dijera Andrew Sarris en *El cine norteamericano*.

A John Huston (que "no es un genio del cine", pero sí un cineasta interesante) lo enfoca certeramente como el artista de un solo tema, de una sola obsesión: "Huston siente pasión por el fracaso." El fracaso en manos de este director (quien se aproxima a Welles en sus tormentosas y disparejas relaciones con Hollywood) es una filosofía de vida y fuente de un arte inquietante. Cabrera Infante sabe cuál es el meollo de

LIBROS



su obra y su íntima simpatía con la *Lost Generation*.

El cine de John Huston no es un cine pesimista ni de derrube moral: Huston, como un nuevo estoico, cree que lo verdaderamente importante no es ganar sino competir, y que el fracaso no dice nada acerca de la pelea porque ganar o perder no es una acción sino un fin, y lo importante para él es luchar y ganar las diversas escaramuzas del destino y al mismo tiempo ignorar que el fracaso es una confrontación con la nada. Así, sus héroes y sus villanos toman los fracasos como una peripecia más y por lo general muestran un valeroso humor



frente a la adversidad y a los golpes bajos de la suerte. En su obra —para parafrasear a un maestro de Huston— se habla de fracasos muchas veces, pero jamás se habla de derrota. (p. 130 y s.)

G. C. I. se detiene bastante, en modo similar a la pareja Hawks-Faulkner, en la relación Huston-Hemingway, vidas paralelas a la manera de algún Plutarco. Valiéndose de su veta libresca deja caer más nombres de la familia espiritual del cineasta del fracaso (siempre en miras de calar hondo en su obra): los griegos Epicuro, Zenón y Solón y los americanos Stephen Crane, Orson Welles y Humphrey Bogart.

Hay ciertas características que impregnan *Arcadia* en su conjunto y la vuelven un texto memorable más allá de su naturaleza de crítica cinematográfica. La obra está escrita a partir de un trasfondo cultural enorme y espléndido, abunda, en delirio barroco, en citas, referencias, paráfrasis y paralelismos culturales. Welles es un nuevo Shakespeare, *Vértigo* en los mitos de Orfeo y Tristán e Isolda, Huston un cinico al modo griego, etc. Esto que podría dar una obra pedante y monolítica, no lo hace, pues la información cultural no es gratuita, acude en el momento indicado para iluminar una película y la inserta, con legítimo orgullo, en la tradición cultural. Así, ver una cinta de Hitchcock es una experiencia estética paralela a presenciar un drama isabelino o una ópera wagneriana. Y la cultura, lo sabemos por G. C. I., es una experiencia personal entrañable, vital.

Junto a esto campea el buen humor de *Arcadia*. En ningún momento ceden el terreno los juegos de palabras, las fábulas bufas, las parodias cómicas. Además de agraciarse la lectura, ello muestra la felicidad, la fiesta que es ver cine y escribir sobre éste (pero también algo más simple y más rotundo: la fiesta que es escribir).

Cuando en 1962 G.C.I. "prepara un libro con sus críticas de cine y escribe para ellas un prólogo, un epílogo y un interludio, para convertir a *Un oficio del siglo XX* en una pieza de ficción ligeramente subversiva", crea en definitiva a su pseudónimo como un personaje verídico: G. Caín. Ese personaje vive (vivía) fundamentalmente por el cine. Es un "ser en la cultura"; sus acciones centrales, merced a las que existe, son ver cine y escribir sobre cine. Así, cuando G. C. I. tomó a su cuenta una columna cinematográfica, esa experiencia cultural lo afectaría de raíz creándolo nuevamente como G. Caín. Ahora ha vuelto a publicar sobre cine y sus ensayos volvieron a crear, es posible advertirlo en la lectura, su imagen: Guillermo Cabrera Infante, el cubano culto, cultísimo, crítico acertado de cine, creativo, escritor sagaz, bienhumorado y, sobre todo, apasionado de Hollywood.

Notas

1 Cita tomada de su autobiografía en broma "Orígenes (Cronología a la manera de Laurence Sterne)", aparecida en *O* (Seix Barral, 1975).

2 Entrevista concedida a José Kozar, "Guillermo Cabrera Infante en blanco y negro", *Hombre de Mundo*, sept. 1978, p.6.

3 Cita también de "Orígenes".

4 Ibidem.

difusión cultural/UNAM

LOS UNIVERSITARIOS

Periódico crítico de
actualidades políticas
sociales y culturales.

TEATRO/LITERATURA
CINE/ARTES PLASTICAS

Suscripciones:

DIFUSION CULTURAL
10o. piso, Torre de Rectoría
Ciudad Universitaria

Suscripción anual \$ 50.00



Librerías de Cristal

VLADIMIR NABOKOV
LA DADIVA

MAGU
MAGU TE VE

ALFREDO JUAN ALVAREZ
LA MUJER JOVEN EN MEXICO

MARTIN L. GROSS
LA FALACIA DE FREUD

ADRIANA YAÑEZ
EL MOVIMIENTO SURREALISTA

MARCO ANTONIO MONTES DE OCA
EN HONOR DE LAS PALABRAS

ALMANAQUE DE LA MUJER

GABRIEL ZAID
EL PROGRESO IMPRODUCTIVO

1939-1979 40 ANIVERSARIO
DE LIBRERIAS DE CRISTAL

DIALOGOS

Artes / Letras / Ciencias humanas

Contenido del número 86 (marzo-abril 1979)

IGNACIO CHÁVEZ: *Morir digno y decisión médica*;
SOLEDAD LOAEZA: *¿Guerra fría, segunda parte?*; JOSÉ
HIERRO: *La casa*; JOSÉ LUIS MARTÍNEZ: *Los estudios
norteamericanos sobre México*; ALBERTO DALLAL:
Morir es pensar todo de nuevo; JEAN-PAUL DOLLÉ:
Ríamos en griego; SALVADOR OJEDA: *Panorama del
Canto Nuevo en México*; CARLOS ISLA: *Tres poemas*;
CARLOS FUENTES: *La lectura épica del poder*

Artes, Lectura, Comentario

Ilustraciones: Eugenio Servín

DIALOGOS

Revista bimensual de El Colegio de México

Precio \$20.00
Dls. \$1.08

Suscripción anual: \$10.00
Dls. \$5.46

El Colegio de México. Departamento de Publicaciones.
Camino al Ajusco 20, México 20, D. F. Tel. 568-60-33 Exts.
364, 365 y 367



GACETA UNAM

ORGANO INFORMATIVO DE LA
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA
DE MEXICO

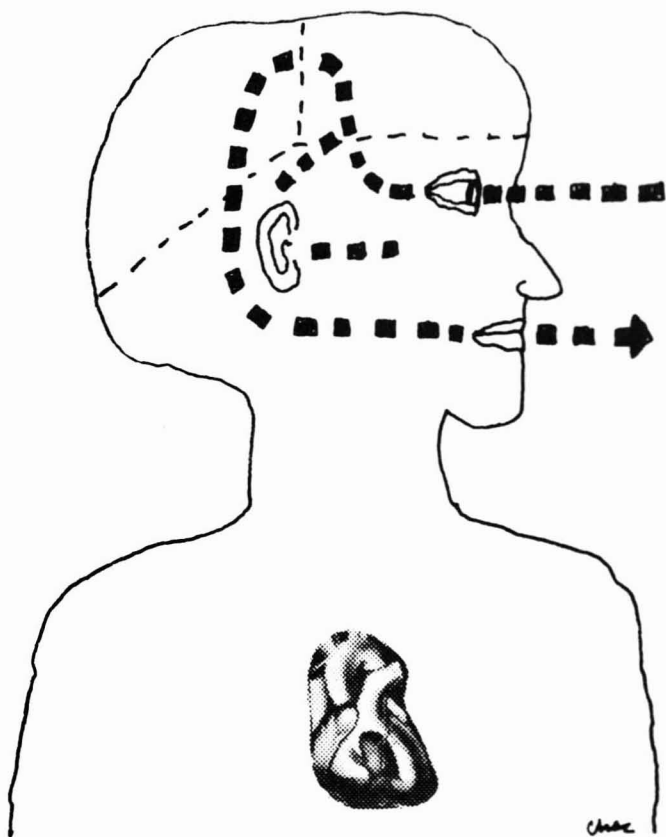
¡¡SOLICITALA LUNES Y JUEVES!!



suscripciones

nombre _____
domicilio _____
colonia _____
zona postal _____ telefono _____
mil doscientos pesos. por un año ☐ giro postal ☐
seiscientos pesos. por seis meses ☐ cheque ☐
fecha _____

CORREGIO 12 MEXICO 19, D.F. / TELEFONO 563-99-11



HACER
PENSAR
ESO ES
LO QUE
QUEREMOS
HACER
PENSAR

TVOTV



La crisis: 1974-1980.
 Un libro de impresionante actualidad.
 Un libro llamado a convertirse en lectura obligatoria, no sólo para los estudiosos, sino para todos los interesados en seguir, desde una perspectiva crítica, el acontecer del agitado mundo en que vivimos.

CÓDICE BORBÓNICO

El más valioso testimonio pictórico de los antiguos mexicanos

- 36 láminas a todo color en forma de biombo.
- Anexo al Códice, el estudio más completo sobre él realizado:
Descripción, historia y exposición del Códice Pictórico de los antiguos náhuas, obra del investigador mexicano Francisco del Paso y Troncoso.
 Edición facsimilar de la publicada en Florencia en 1899.
- Las dos obras están encuadradas a la mestiza con lomo de piel y percalina.



En su próxima edición la

REVISTA DE LA

UNIVERSIDAD DE MEXICO

Presenta un número doble especial dedicado a ser orgullosa atalaya desde la cual una nueva generación de escritores mexicanos futura flor de las letras nacionales venero indiscutible de las juveniles aspiraciones que en la árida senda del quehacer literario cuyas aún imberbes plumas iniciadas temprano en la prolífera misión de recoger los sueños y aspiraciones de una generación que labora

incansable

por la coyuntura los lauros ceñirse del triunfo en las impolutas sienas y abrogarse a los nuevos cronistas a los nuevos formadores de las esencias más destiladas de idiosincrasia trocadas en aligeros poemas y en viriles prosas espejo que nuestra serán de una realidad atribulada que los ha elegido para de ellos extraer los perfiles numinosos de esta historia que en la brega feraz de su camino ha visto

sus

escritores la

linterna

FRANCISCO CERVANTES

PARA ENTENDER EL ALFABETO

El animal piensa: "*Nada nuevo;
Pensaré lo ya pensado muchas veces*".
Y en su cansancio se dirá: "*Debo
Indiferencia al triunfo y sus reveses*".

Escribirá algunas letras, luego,
Como para entender el alfabeto
Y lo que en él parece ruego
O imprecación, canto, esqueleto.

Algo amarillo o sólo amarillento.
Anota entonces, simuladamente,
Palabras que son el mismo intento
De toda su vida y de su mente.

Mas algo no repite y no lo sabe.
Por eso es lo que es, y añade:

"*Las letras protegieron un secreto
Que hoy no se comprende.
Lo protegen aún, ¿ya sin objeto
O ellas son el objeto que protegen?*"

"*En el énfasis agotaron su existencia
Y fueron una nada vehemente.
Son lo que fueron: El juez, la audiencia
Y la efigie de acusado ausente*".

Francisco Cervantes (Querétaro, 1938) ha publicado el volumen de poemas *Los varones señalados*. Su próximo libro aparecerá publicado en Joaquín Mortiz.



Imprenta Madero, s. a.

